

La creación del antioqueño moderno:
Estudio de la identidad antioqueña desde literatura, 1845-1910

Santiago Jaramillo Morales

Universidad Pontificia Bolivariana
Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades
Programa de Historia
Medellín
2018

La creación del antioqueño moderno:
Estudio de la identidad antioqueña desde literatura, 1845-1910

Santiago Jaramillo Morales

Asesor

Carlos Gustavo Hinestroza

Historiador

Universidad Pontificia Bolivariana
Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades

Programa de Historia

Medellín

2018

05 de Febrero de 2018

Santiago Jaramillo Morales:

“Declaro que esta tesis no ha sido presentada para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad” Art 82 Régimen Discente de Formación Avanzada.

Firma:

Santiago Jlo M

Contenido

Resumen:.....	6
Introducción	8
Capítulo I: El problema de la identidad en la historia.....	14
1.1 La identidad como concepto histórico:	14
1.1.1 La identidad y la sociabilidad:	15
1.1.2 Identidades yuxtapuestas y ambiguas:	17
1.1.3 La otredad o los límites simbólicos:	19
1.1.4 Sujeto, utopía y lenguaje:	20
1.1.5 Política e identidad:	23
1.1.6 Génesis y materialidad de las identidades ¿de dónde surgen, hacia dónde van?	27
1.2 Identidad en la historiografía regional:	29
1.3 Conceptos para la comprensión de la identidad en Antioquia en el siglo XIX:	44
1.4 La literatura y la identidad:	49
Capítulo II: Antioquia en el periodo del liberalismo Radical 1845-1880.....	55
2.1 La República y Antioquia:	59
2.2 Redes intelectuales:	73
2.3 Validación de la verdad e identidad:	83
2.3.1 La Geografía como ámbito mítico:	85
2.3.2 La historia como antagonista:	89
2.3.3 EL <i>hombre nuevo</i> y la <i>raza</i> :	97
2.4 Comentarios finales:.....	101
Capítulo III: Modernidad y Regeneración, 1880-1910.....	103
3.1 Antioquia en la Regeneración y el cambio de siglo:.....	105

3.2 Los intelectuales y la Antioqueñidad “solitaria”:	127
3.3 La antioqueñidad en la literatura:	143
3.4 Comentarios finales:	158
Conclusiones:	162
Fuentes primarias:	168
Fuentes secundarias:	169

Resumen:

Este texto se enfoca en mostrar el desarrollo de la identidad antioqueña en el periodo 1845-1910 desde las representaciones literarias de la época. Para esto, analiza dos periodos desde los cuales empieza la creación de una percepción del antioqueño como un actor moderno. El primero, de 1845 a 1880, relata como las reformas de los liberales radicales de medio siglo y el advenimiento de los Estados Unidos de Colombia, inicia en la región antioqueña un replanteamiento de los valores heredados de la primera época republicana, por parte de las élites mineras y comerciantes que expanden su influencia por todo el país. El segundo, de 1880 a 1910, muestra cómo los procesos industriales empiezan a entrar a la región, y causan una segunda revalidación de estas representaciones, impulsados estos cambios por las élites cafeteras e industriales que ven en las nuevas dinámicas económicas la necesidad de adaptar los valores de la sociedad antioqueña para mejor cumplir sus planes de modernidad. El punto principal de este estudio es el análisis de estos cambios en la narración literaria y de cómo esta sirve a los intereses de estas élites cambiantes, de manera que se convierte en una herramienta que sintetiza las expectativas de toda la sociedad sobre la forma en que Antioquia se debe “comportar” para ser moderna. El texto, entonces, muestra como el aparato literario se convierte en un validador de las jerarquías sociales, que justifica las relaciones sociales cambiantes entre estos periodos, creando, desde la narración ficticia, una expectativa tanto de lo que significa *ser antioqueño*, como del futuro de esta identidad.

PALABRAS CLAVE: Historia Cultural, Literatura antioqueña, Identidad antioqueña, Redes intelectuales, Representación, Siglo XIX.

Abstract:

This text focus on showing the development of the identity in Antioquia in the period 1845-1910, using literature of the time as the source. For this purpose it analyses two periods from where the *antioqueño* starts being seen as a modern actor. The first one, from 1845 to 1880, shows how the liberals reforms and the creation of the *Estados Unidos de Colombia*, starts in the antioquean region a reevaluation of the values held by the first republican period (1820-1840). This process guided by the commercial and miners elite, who start to expand their influence in all the country. The second one, from 1880 to 1910, analyses how the industrial process get to the region, and the way this changes promote a new restructure of the values of the *antioqueños*. As with the other period, the changes are guided by a new elite, the coffee owners and the capitalist industrialists, who see the necessity to adapt and expand the concept of identity amidst the new economic rules, and as a part to better “guide their society to progress”. This study emphasizes the dynamic change in the content of the literature that is produced in this period, and the way this narrations serve the purpose of incarnate the interest of the regional elite (who keeps changing). This way, the literature takes the role of a tool that synthesizes the expectations on how the antioquian society is supposed to behave to achieve his modern character. This thesis concludes showing how the stories in this works of fiction serve as a means of validating the hierarchical structures of the antioquean society, all the while it creates a fixed look upon the future, and past, of this identity.

Key words: Cultural history, Antioquian literature, Antioquian identity, Intellectual networks, Representation, XIX century.

Introducción

La narración es inescapable y todas son, en mayor o menor medida, ficticias. Si entendemos la realidad como un entramado de percepciones, por hombres en el tiempo, la posibilidad de recuperar o revivir esta (cuasi-infinitud) de percepciones es imposible en términos de una “verdad total”. La narración, entonces, es la respuesta a esta imposibilidad. Siendo el pasado inconmensurable, ya que cada segundo de percepciones pasadas necesitaría ser recuperado equivalentemente, el análisis histórico se convierte en la reducción de ese pasado a generalizaciones basadas en las huellas, parciales e incompletas, de este. Esto no significa, sin embargo, que el análisis histórico sea inútil. Su utilidad reside, en mi opinión, en la capacidad de ser un motor de cambio para el presente, apoyada desde una crítica teórica que permita reevaluar las narraciones más nocivas. Como menciona Lefebvre:

La teoría no permite abolir la representación, sino resistir a las que fascinan y quizá escoger las representaciones que permiten explorar lo posible contra las que lo bloquean, que fijan al fijarse.¹

La historia, entonces, no debe ser percibida socialmente como una disciplina que tramita en certezas y verdades, sino ser una herramienta de análisis que posibilita al autor para modificar el presente, contra las representaciones más totalitarias y más nocivas, precisamente las que se fijan bajo argumentos de certeza y verdades absolutas. Para lograr este fin se requiere, como punto inicial del análisis, la sinceridad del narrador respecto a sus motivos y sus aspiraciones. Sin esta, el texto quedaría amarrado a una pretensión implícita de verdad, reproduciendo una vez más dogmas y violencias. De acuerdo con esto, paso a explicar mi interés por tanto el tema de la identidad antioqueña como mi intención con este texto.

En tanto el interés, la identidad antioqueña me fascinó desde el inicio de mi formación como historiador por la facilidad como nuestra sociedad acepta atributos “innatos” sin mayor crítica; la manera como estos atributos influyen de manera clara en nuestras decisiones como

¹ Henri Lefebvre, *La presencia y la ausencia*, (México, Fondo de Cultura Económica: 2006), 29

sociedad, en nuestra percepción del espacio; y, sobre todo, en la forma como nos relacionamos con otras secciones del país y sociedades del mundo. Transitando este problema, y basado en la pregunta ¿qué es la identidad y por qué nos determina?, textos como el de Juan Camilo Escobar Villegas, *Progresar y Civilizar*,² me mostraron cómo esta dinámica social transita constantemente la barrera entre lo inmaterial (las ideas, los conceptos y las representaciones) y lo material (las obras, los objetos y los actos), de manera que el problema de la identidad se convierte en un vínculo fácil de reconocer, pero difícil de explicar. Es decir, hace parte de nuestra forma de hablar, lo reconocemos en la arquitectura de los pueblos, lo vemos todos los años en eventos como la feria de las flores y lo sentimos en nuestra comida *típica*. En el núcleo de estas asociaciones tan ordinarias yace la misma idea de identidad, lo que *somos*, que dentro de nuestro día a día pasa desapercibido como un natural inmutable, como un elemento más de nuestra biología, como la vista o el tacto. La *vemos*, entonces, como objeto material representado, pero nuestra asociación con ella pasa por una relación inmaterial, el de un sentimiento, una idea o un instinto. Trasmutada en *sentido natural*, la identidad nos deja entonces el sinsabor de no poder escapar de ella; nos podemos sentir orgullosos de ella, o nos podemos frustrar por las limitaciones que nos impone, pero, al final, la determinación de ser *antioqueño* permanece.

En el transcurso de mi formación como historiador, sin embargo, la “mística” de esta determinación absoluta fue perdiendo peso. Primero con el análisis de textos como *Introducción a la historia*, de Marc Bloch, me sirvieron para comprender el propósito de la historia como el análisis de los hombres en el tiempo. Posición quizás bastante obvia, pero que lleva a pensar en el carácter *humano*, y por tanto cambiante y falible de las relaciones que estos tienen tanto con sus contemporáneos en el presente, como con los hombres del pasado. El segundo momento que fomentó la duda por esta *naturaleza de lo antioqueño*, gracias al contacto con los pensadores del posestructuralismo y el giro lingüístico, como los textos de Michael Foucault, Jacques Derrida y Hayden White, me obligaron a pensar esta identidad como una relación mediada por el lenguaje, el cual varía sus sentidos en el uso y el

² Juan Camilo Escobar Villegas, *Progresar y Civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920* (Medellín: Editorial EAFIT, 2009)

tiempo, lo que acaba con la posibilidad de enunciar *verdades absolutas*. El tercer momento, y estructurante de todo el proceso, fue mi acercamiento a la obra de Karl Marx, y las de algunos de sus lectores, como los autores de la escuela de Frankfurt o los pensadores de los estudios subalternos. Estas me enseñaron que las relaciones lingüísticas entre los hombres están además mediadas por una relación social de poder, donde se domina, se aliena y se suplanta a los subalternos de una sociedad. Bajo esta perspectiva, la identidad antioqueña la he intentado examinar como: una *creación humana*, porque es una relación que los antioqueños hacen con su presente y su pasado; *lingüística* porque enuncia sentidos cambiantes que no son representantes de una *verdad absoluta*; y, finalmente, una *relación social de poder* porque se impone y excluye a secciones enteras de nuestra sociedad, como los indígenas y los negros.

La fuente para explorar estos tres aspectos de la identidad antioqueña que escogí fue la literatura, pues esta me daba la posibilidad de mostrar ese tránsito “místico” donde lo inmaterial de las ideas se convierte en objetos y acciones. Esto precisamente porque la literatura, en su calidad de narración ficticia, encarna las ideas, sentimientos y esperanzas de una sociedad, clase o grupo social, por medio de una puesta en escena que integra lo material de sus relaciones sociales y lo inmaterial de sus expectativas y sueños. Este tránsito narrativo encarna el aspecto ausente de la identidad en un objeto posible, lo que a su vez se convierte en espejo de repetición de conductas y acciones para la sociedad que lee, interpreta y reproduce estos objetos. Un ejemplo aclara esta encarnación de la narración en la sociedad:

Entre Antioquia y Sopetrán, en las orillas del río Cauca, estaba yo fundando una hacienda. Me acompañaba, en calidad de mayordomo, Simón Pérez, que era todo un hombre, pues ya tenía treinta años, y veinte de ellos los había pasado en lucha tenaz y bravía con la naturaleza, sin sufrir jamás grave derrota. Ni siquiera el paludismo había logrado hincarle el diente, a pesar de que Simón siempre anduvo entre zancudos y demás bichos agresivos.

*Para él no había dificultades, y cuando se le proponía que hiciera algo difícil que él no había hecho nunca, siempre contestaba con esta frase alegre y alentadora: «vamos a ver; más arriesga la pava que el que le tira, y el mico come chumbimba en tiempo de necesidad».*³

Este cuento de Jesús del Corral de 1914 sintetiza el contenido de una identidad antioqueña que se asume sin crítica. En este, *Simón Pérez*, el mayordomo del autor le cuenta a este la manera en que se convirtió en capataz de un aserradero, solo con su ingenio, sin conocimientos previos y escapando del reclutamiento forzoso de los ejércitos de las guerras civiles de finales del siglo XIX. La narración, que se sitúa al final del periodo que estudia esta monografía, es una reproducción magistral de todos los estereotipos que desde 1850 se empiezan a construir como definatorios de la identidad antioqueña: el trabajo incansable, la lucha con la naturaleza y el ingenio. Estereotipos todavía vivos en nuestra sociedad, claro que modificados y adaptados a las nuevas circunstancias contemporáneas.

Mi intención con esta monografía está marcada por el problema fundamental de la duda sistemática y la acción no reflexiva. La primera como una crítica, que raya en el cinismo de todo y, sobre todo, que da como resultado un estado permanente de inacción, ya que esta requiere de un cierto grado de certeza que esta duda sistemática impide. La segunda está marcada por una acción frenética por cambiar el presente sin ninguna consideración a las condiciones que le dan forma a ese presente, y que generalmente termina por reproducir las peores condiciones de una sociedad: alienación, pobreza y dominación, muy a pesar de las buenas intenciones que inspiren estas acciones. En algún punto medio entre estas posiciones se encuentra mi intención con este texto. Ni en la aceptación ciega de un devenir representado por la determinación de *ser antioqueño*, ni en la duda sistemática y existencial que niega la posibilidad de cualquier cambio. El análisis de la identidad antioqueña, considero, debe pasar por ambas posiciones: como un devenir que de alguna manera nos determina (pues su calidad de aspecto relevante para nuestra cultura está fuera de toda duda), pero que como construcción humana se puede modificar. Y aunque la dirección que esta modificación tome no pueda ser predecible, la intención de este texto sería que, amarrado a las buenas

³ Jesús del Corral, *¡Que pase el aserrador!*, disponible en: http://www.xn--elsantafereokhb.com/index.php?option=com_content&view=article&id=240:que-pase-el-aserrador-el-cuento-de-jesus-del-coral-cumple-100-anos-de-haberse-escrito&catid=21&Itemid=160 (consultado: 10/01/2018)

intenciones, se trabaje por desprender a la representación de la identidad de sus características más totalitarias, que nuestra sociedad se acepte como lo que es, un proceso humano, cambiante y continuo, y que puede deshacerse de las características más violentas de esa representación: la discriminación sobre los otros, las justificaciones de la dominación, y las “pruebas” naturales de privilegios heredados. Siempre cabe la posibilidad de que estas modificaciones creen en el futuro nuevas violencias, pero dando la prioridad a mejorar las sociedades en el presente solo se puede actuar a conciencia y con la mayor información posible; el futuro se encargará de su propio bienestar.

En el aspecto más estructural de esta introducción, el texto intenta responder dos preguntas sobre la identidad antioqueña para el periodo 1845-1910: ¿cómo se crea esta identidad moderna? y ¿cómo se reproduce y se modifica? Y para responderlas la monografía está dividida en tres capítulos. El primero intenta determinar una definición de identidad antioqueña desde el aspecto teórico, empezando con un análisis de la identidad en general, pasando por una revisión historiográfica de este concepto en Colombia y Antioquia, y, finalmente, determinando los límites que el concepto tiene para este texto. El segundo capítulo intenta desarrollar la génesis del proceso en el que se crea esta identidad para el periodo 1845-1880, en el que los grandes cambios dentro del país con las reformas liberales de medio siglo llevan a una nueva conceptualización de lo significa *ser antioqueño*, transformando la región, de una zona fronteriza y pobre (tanto por su territorio, como por su gente) a un actor cada vez más preminente de la vida económica, social y cultural del país. El tercero, y ultimo, muestra como esta identidad se consolida en el periodo de 1880-1910, donde el movimiento de la Regeneración y sus reformas crearán las condiciones en las que esto objeto termina por plasmarse de manera clara en la literatura y, con esta, en las mentes de toda la sociedad, como conclusión de una identidad que se termina por asumir como “natural”.⁴ Finalmente se presentarán unas conclusiones que cierran el texto con una

⁴ Desde este punto se debe hacer la aclaración, desarrollada en las conclusiones de que estos puntos de “inicio” (1845) y “cierre” (1910) que operan en esta monografía son solo maneras narrativas de empezar y terminar un escrito que por definición tiene que ser limitado. La identidad, sin embargo, no inicia, aleatoriamente en 1845, ni se define estática hacia 1910, antes y después tendrá procesos de construcción y revalidación constantes que, por la extensión de este texto, no se tienen en cuenta.

recapitulación y un análisis de tanto el contenido de esta monografía, como los problemas que presenta este tipo de estudio.

Capítulo I: El problema de la identidad en la historia

Este capítulo intentará responder a la pregunta ¿cómo se ha estudiado el concepto de identidad en Antioquia en el siglo XIX? Para poder responderla el capítulo se abordará en cuatro partes: la primera es una exploración de las teorías generales de la identidad como parte de los estudios culturales, subalternos y lingüísticos; de manera que se pueda establecer un marco teórico común sobre el cual desarrollar la identidad antioqueña. La segunda analiza las obras que, en mi opinión, tratan el tema desde el general caso latinoamericano, pasando por el colombiano, y finalmente el antioqueño; esto con el fin de trazar y compilar las perspectivas que se han dado hasta ahora sobre el tema. El tercero problematiza y sintetiza los dos apartados anteriores para establecer lo que en esta monografía se entenderá por *proceso de identidad en Antioquia*. Finalmente, el cuarto trata a la literatura como herramienta para ver estos procesos de identidad, y las ventajas y problemas que esta presenta al respecto. Todos estos apartados guiados hacia la necesidad de clarificar y concretar las bases teóricas, sobre las que se inicia la exploración de dicho proceso en los dos periodos que abarcan los capítulos posteriores: 1845-1880 y 1880-1910.

1.1 La identidad como concepto histórico:

En este apartado, desarrollaré un análisis que abarca desde los años 1960, con el surgimiento de los estudios culturales, hasta las problemáticas de la alteridad, los estudios subalternos y las dinámicas lingüísticas contemporáneas. Se inicia en esta época porque es este el momento en que se crea la posibilidad, desde los llamados *estudios de área*, de conocer y proponer una historia fragmentada, particular y contextualmente sensible.⁵ Esto como dos rupturas con la historia monolítica y teleológica anterior: la primera porque permite un campo de exploración a dinámicas alternativas de experiencia humana, *la cultura*, como estudio no accesorio de los

⁵ Que, con la necesidad de describir otros contextos diferentes al europeo y estadounidense, llevará a una crítica de lo Wallerstein llama el *parroquialismo de las ciencias sociales*. Como una pretensión de universalidad que se ve desafiada por la exploración de ámbitos alternativos de experiencia, como el feminismo o los estudios subalternos. Emmanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales* (México: Siglo XXI, 2006), 59

estudios históricos tradicionales (basados en la economía, la política, o incluso, la biología). Y la segunda, porque esta ruptura abre paso al estudio de *historias alternativas*, de acuerdo con sus contextos específicos; ya no es entonces, el estudio de una *modernidad* monolítica y homogénea, sino que se exploran las dinámicas de apropiación y adaptación de estos procesos de acuerdo con los contextos específicos; como es el caso de la *modernidad india*, o de *las repúblicas latinoamericanas* (no como versiones menores de una modernidad total, sino como modernidades diferentes en contextos diferentes) . De acuerdo con esto, este apartado irá desde los problemas más sencillos del estudio identitario, como dinámica de sociabilidad, hasta las corrientes y problemáticas contemporáneas, muchas veces contradictorias, de manera que se pueda establecer cuál es la perspectiva a la que este texto se inscribe.

1.1.1 La identidad y la sociabilidad:

La primera categoría que trato es la identidad en su dinámica de interacción social, tanto por ser la más evidente, como porque es, a través de esta, donde se desarrollan y problematizan las otras. La identidad, desde su concepción más sencilla, es la creación de un *yo* narrativo (imaginado) que responde en momentos dados, a preguntas de definición planteadas desde el exterior, por *otros*. “¿Quién *es* usted?, ¿qué hace?, ¿cómo *se* llama?” entre otras, vendrían a ser la apertura que da paso a que nosotros, como individuos contingentes, nos pensemos en ese momento frente a la exigencia del exterior. A la respuesta irán anexas varias series de argumentos determinados por esta primera relación entre sujetos: si mi interlocutor es agresivo, si la pregunta es casual, si es formal, si siento aprensión u otra emoción frente a este, entre tantas otras circunstancias (imposibles de enumerar aquí). Estos argumentos interpretativos construirán mi respuesta en concordancia a las necesidades de una intención (consciente o inconsciente) de *representarme* frente al otro en ese momento preciso. La identidad entonces se crea en la interacción social, y como tal, la sociedad se convierte en un aglomerado de identidades variables:

Por ejemplo, sin el concepto de identidad no se podría explicar la menor interacción social, porque todo proceso de interacción implica, entre otras cosas, que los interlocutores implicados se reconozcan recíprocamente mediante la puesta en relieve de alguna dimensión

pertinente de su identidad [...] no es posible pensar siquiera la sociedad sin el concepto de identidad, porque sin interacción social no hay sociedad [...] No es una casualidad que la teoría de la identidad haya surgido en el ámbito de las teorías de la acción, es decir, en el contexto de las familias de teorías que parten del postulado weberiano de la “acción dotada de sentido”. En efecto, no puede existir “acciones con sentido” sin actores, y la identidad constituye precisamente uno de los parámetros que definen a estos últimos.⁶

Siendo entonces condición esencial de toda sociabilidad, la identidad no se puede entender como un concepto aislado de hombres que interactúan en total libertad con otros objetos u hombres a su alrededor.⁷ Debe ser comprendida en un segundo nivel, el de la sociedad en la que nace este individuo y que lo induce en sentidos para que este (yo) se relacione con los *otros*. La identidad se complica entonces porque ya no solo tiene una dimensión transversal y contingente (del yo aislado), sino que además tiene otra relación horizontal, menos contingente (del yo en la sociedad). La definición, entonces, ya no se limita al sujeto, sino que, dependiendo del nivel narrativo en que se enuncie la pregunta, puede englobar estructuras narrativas sociales mucho más amplias⁸. Este es el concepto de *repertorio cultural*, el cual, desde mediados del siglo XX, se ha entendido como la tensión constante de valores culturales hegemónicos (es decir validados científica, racional, histórica o míticamente) contra las apropiaciones e interpretaciones culturales de estos valores, que pueden entrar en crisis si su interpretación se vuelve muy estricta para una sociedad cambiante:

Las identidades se construyen precisamente a partir de la apropiación, por parte de los actores sociales, de determinados repertorios culturales considerados simultáneamente como

⁶ Gilberto Giménez, “La cultura como identidad y la identidad como cultura.” 24 de 05 de 2015. <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>. 6-7

⁷ Síntesis de lo que se ha venido a conocer como pensamiento *Robinsoniano* o *Robinsoniada*, por la novela *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe: que supone una civilización sin sociabilidad, donde un solo hombre moderno es capaz dotar toda una isla de sentido (ontológico) supuestamente mantenido las verdades inmutables de la modernidad.

⁸ Un ejemplo de esto es, que cuando se me formula la pregunta: “¿Cómo son los antioqueños?” Mi respuesta estará determinando una identidad interna, contra otra externa, pero en este nivel el yo no está limitado a un solo sujeto, y como tal, mi respuesta estará mediada por unos valores culturalmente validados que no me permitirían tanta libertad narrativa para dar una definición de los antioqueños. Es decir, a medida que más sujetos comparten una misma identidad (por ejemplo, *la civilización occidental*) su definición se vuelve menos plástica, ya que se acoge a más normas establecidas de manera hegemónica, y que, por lo tanto, permite menos modificaciones por parte de los sujetos.

*diferenciadores (hacia afuera) y definidores de la propia unidad y especificidad (hacia adentro). Es decir, la identidad no es más que la cultura interiorizada por los sujetos, considerada bajo el ángulo de su función diferenciadora y contrastiva en relación con otros sujetos.*⁹

La sociedad de sentido, entonces, sería esta *telaraña de significados* compartidos transversalmente por una cultura, que le permiten una cierta seguridad ontológica para definirse de manera más o menos homogénea frente a otros; además de dotar a sus portadores de herramientas epistemológicas que permitan su inserción en el entramado de valores culturales. Es decir, la sociedad de sentido no solo me permite establecer el límite entre *yo* y los *otros*, sino que además crea la posibilidad, nacida de la necesidad de acentuar la diferencia, de *conocer a lo otro*, de manera que pueda ser articulado coherentemente en la narrativa del *yo*.

1.1.2 Identidades yuxtapuestas y ambiguas:

De esta sociabilidad inicial se derivan varios problemas. El primero de estos es el de *la yuxtaposición de identidades*, a veces contradictorias, que pueden ocurrir en una misma sociedad o incluso en un mismo sujeto. Esta yuxtaposición se entiende, desde Stuart Hall, como que:

*las identidades nunca se unifican y, en los tiempos de la modernidad tardía, están cada vez más fragmentadas y fracturadas; nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de discursos, prácticas y posiciones diferentes, a menudo cruzadas y antagónicas. Están sujetas a una historización radical, y en un constante proceso de cambio y transformación.*¹⁰

De manera que la identidad no debe entenderse como una serie de preposiciones, o prácticas, totalmente homogéneas y estables en el tiempo. Esta mantiene una *coherencia exterior*, desde la totalidad de un *paradigma unificador* (como puede ser la idea de Civilización para el siglo XIX europeo), pero, hacia el interior, en el despliegue particular de este discurso, es

⁹ Giménez, *La cultura como identidad*. 5

¹⁰ Stuart Hall. "Introducción: ¿quién necesita «identidad»?" en *Cuestiones de identidad*, eds. Stuart Hall y Paul du Gay, (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003): 17

heterogéneo y hasta contradictorio, ya que lo que lo unifica es una particular *voluntad de verdad* en el ámbito disciplinar en que se expresa. Como lo menciona Foucault:

*Una disciplina se define por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas como verdaderas, un juego de reglas y de definiciones, de técnicas y de instrumentos: todo esto constituye una especie de sistema anónimo a disposición de quien quiera o de quien pueda servirse de él, sin que su sentido o su validez estén ligados a aquel que se ha concentrado con ser el inventor.*¹¹

El contenido, entonces, de una identidad enunciada con un método disciplinar (como es el caso de la literatura costumbrista del siglo XIX) es secundario para efectos de su validez como discurso *verdadero*, ya que esta legitimación deriva de la aceptación de unas normas institucionales, mistificadas e impersonales. Normas a las cuales cualquier autor se puede adherir sin que sus proposiciones tengan que ser del todo coherentes con lo ya dicho sobre el tema.¹² Dentro de esta misma perspectiva, la *identidad cultural*, como exposición de unas preposiciones sobre lo que *somos*, estaría validada en el ámbito de unas reglas de interpretación que permiten la variación del contenido y una flexibilidad que le permiten adaptarse y renovarse a circunstancias cambiantes. Así, la identidad cultural se mantendría más o menos estable y operativa, mientras el paradigma del que derivan las reglas se mantenga naturalizado, y no se pregunte por su dimensión artificial y humana, es decir, creada a partir de relaciones sociales. Es lo que el historiador Johan Huizinga denomina como la dimensión *lúdica* del hombre, donde el *performance* en el todo social se mantiene gracias a una dimensión, para él irracional, de no trasgredir las reglas de juego que mantienen operativa una narración social como la identidad:

El jugador que infringe las reglas de juego o se sustrae de ellas es un “aguafiestas”. El aguafiestas es cosa muy diferente del tramposo. Este hace como que juega y reconoce, por lo menos en apariencia, el círculo mágico del juego. Los compañeros le perdonan antes su pecado que, al aguafiestas, porque este les deshace su mundo. Al sustraerse del juego revela

¹¹ Michel Foucault, *El orden del discurso*. (Buenos Aires: Tusquets editores, 1992), 18

¹² Hall, “Introducción: ¿quién necesita “identidad”?”, 21

*la relatividad y la fragilidad del mundo lúdico [...] Por eso tiene que ser expulsado, porque amenaza la existencia del equipo.*¹³

Esta validación institucional da cuenta entonces de una identidad narrativa como exposición general de un todo social unificado, impersonal y autorreferencial. Para poder entender sus características exteriores y dialécticas debo retomar el tema de la otredad y de la creación de la exterioridad.

1.1.3 La otredad o los límites simbólicos:

De la misma manera que, hacia al interior, un discurso identitario se convierte en unas normas explicativas con las cuales todos los narradores pueden llenar su contenido, hacia afuera, este crea unos límites narrativos y simbólicos desde donde se fundamenta su estabilidad interior. Denominado como el *afuera constitutivo*, la exterioridad se convierte en el terreno de validación absoluto de una identidad cultural, donde lo que se sustrae de esta se convierte en la materia de análisis “objetivo” abocado a explicar el por qué los *otros* no son como *nosotros*.¹⁴

Este establecimiento de otredades inicia en la modernidad científica (desde el siglo XVII),¹⁵ con una producción de campos de coherencia que delimitan las posibilidades de una identidad. En el abanico de estos se encuentran, comúnmente, la historia (como sentido del tiempo y la experiencia compartido), la biología (como determinante de unas cualidades “naturalmente” heredadas) y la geografía (como la lucha común contra el medio) desde los cuales se deriva un marco común de significación que encuadra el *afuera constitutivo* (lo *otro*) como el resto de experiencias que no son aquellas específicas (las *nuestras*), como lo menciona Hall:

Sobre todo, y en contradicción directa con la forma como se las evoca constantemente, las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella. Esto implica la

¹³ Johan Huizinga, *Homo ludens* (Bogotá: Alianza, 2012), 30

¹⁴ Hall, “Introducción: ¿quién necesita “identidad”?”, 16

¹⁵ Ciencia que se basa en la posibilidad de derivar unas *verdades absolutas* de una *observación objetiva*, y que desde el siglo XVII irá a pasar, desde el estudio de la mecánica celeste, a todos los ámbitos naturales y humanos de explicación. Cada vez más separado y especializado este método causará una discriminación, para el siglo XIX, de dos conocimientos jerárquicos: el *cierto* (ciencia) y el *imaginado* (lo no-científico). Emmanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, 7

admisión radicalmente perturbadora de que el significado «positivo» de cualquier término — y con ello su «identidad»— sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo. A lo largo de sus trayectorias, las identidades pueden funcionar como puntos de identificación y adhesión sólo debido a su capacidad de excluir, de omitir, de dejar «afuera», abyecto. Toda identidad tiene como «margen» un exceso, algo más. La unidad, la homogeneidad interna que el término identidad trata como fundacional, no es una forma natural sino construida de cierre, y toda identidad nombra como su otro necesario, aunque silenciado y tácito, aquello que le «falta».¹⁶

La identidad, entonces, que se construye desde la diferenciación, funciona desde una dialéctica fundamental que solo puede nombrar excluyendo, y de la cual se derivan dos problemas básicos que intentaré responder en las dos siguientes categorías: ¿cómo se impone una homogeneidad operativa en su interior discursivo?, y ¿cómo se relacionan estas identidades con lo que excluyen?

1.1.4 Sujeto, utopía y lenguaje:

En este punto trataré de mostrar la relación entre el *yo* y el lenguaje, y las dinámicas por medio de las cuales se establece una homogeneidad operativa dentro de la sociedad que engloba una identidad. La pregunta, entonces, en este apartado es ¿cómo se compele al sujeto a participar en el discurso identitario?, y la respuesta, de acuerdo con lo que he explicado en los apartados anteriores, se desarrolla en el análisis del lenguaje y el discurso como sedimentación social que, no solo nombra el mundo, sino que, además, al nombrarlo, proyecta un futuro *deseable*, una utopía de este.

La primera dinámica de homogenización, la calidad lingüística de esta identidad, nace desde la concepción de que este discurso hace parte de una herencia que los sujetos de una sociedad reciben de manera inconsciente, antes de poder discernirlo o criticarlo. Como lo muestra Paul Ricoeur:

Ahora bien, el juego del lenguaje en el que se lleva a cabo esa exteriorización, esa expresión, es de carácter narrativo: el relato y los síntomas, hablando propiamente, se cuentan, así como

¹⁶ Hall, “Introducción: ¿quién necesita “identidad”?”, 19

las restantes historias vitales. No obstante, esa mediación lingüística no puede inscribirse en un proceso de derivación a partir de una conciencia originariamente privada. De entrada, es de naturaleza social y pública. Antes de ser elevada al rango de relato literario o histórico, la narración se practica primero en la conversación ordinaria en el marco de un intercambio recíproco. Finalmente, nuestra relación con el relato, consiste, en primer lugar, en escucharlo: nos cuentan historias antes de que seamos capaces de apropiarnos de la capacidad de contar y a fortiori de la de contarnos a nosotros mismos. Esta mediación lingüística y narrativa requiere que se lleve a cabo una corrección importante de la tesis de la primacía de la memoria individual.¹⁷

La *memoria individual*, como narración del *yo*, no se podría entender, como en un principio se plantea en este texto, como una simple interacción entre un sujeto, aislado, frente a la sociedad, sino más bien como un proceso de inducción social que tendría dos fases: La primera es la imposición de una estructura anterior, lingüística, de *sentido*, que nos obliga a tramar nuestra identidad en términos de un marco narrativo preestablecido y aprendido, lo que excluye cualquier posibilidad de un *yo* libre de cualquier coacción social que se crea a sí mismo. La segunda es la relación social que este *yo* mantiene con la *exteriorización*, donde este contenido narrativo de la identidad se crea en una interacción social *recíproca*, en el que el sujeto utilizaría las herramientas que hereda de la sociedad para narrarse a sí mismo, validándose, tanto él en su posición social, como el marco narrativo de su sociedad. Desde el concepto de *memoria colectiva*, Ricoeur, usando a Reinhart Koselleck,¹⁸ nos da entonces las claves para la comprensión de un *yo* social (*memoria personal*, en sus términos) que vendría dado por la interacción dialéctica entre el *espacio de experiencia* (los sucesos que ocurren en una sociedad) y el *horizonte de espera* (los valores hegemónicos que plantea una identidad particular, y sus utopías) , como la forma en que la sociedad, y sus individuos, establecen un puente entre la realidad y los valores predominantes de su sociedad. La funcionalidad, entonces, de una identidad colectiva estaría dada en que la mayoría de sujetos

¹⁷ Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo pasado* (Madrid: Arrecife, 1998), 20

¹⁸ Específicamente Ricoeur se basa en el texto *Futuro pasado* (1979) de Koselleck, del cual usa los conceptos de: *Conciencia histórica* y la interacción dialéctica entre *horizonte de espera* y *espacio de experiencia*. Paul Ricoeur, *La lectura del tiempo*, 21

de una sociedad sientan que en su *espacio de experiencia* se cumple el *horizonte de espera*. Por ejemplo, si una sociedad fundamenta su identidad en la *justicia*, esta debe ser percibida (en su función cotidiana) como coherente con sus enunciados ideológicos; de manera que en el momento en que esta *justicia* se problematice por escándalos de corrupción u excesos institucionales la sociedad entraría en crisis ontológica, por un desbalance entre el *espacio de experiencia* (la justicia que se percibe y vive) y el *horizonte de expectativa* (la justicia enunciada e ideal). Se crearía entonces una normalización de la expectativa social, encarnado en las utopías sociales, que serían la realización imaginaria y total de los valores, donde el papel del individuo estaría dado por su capacidad de estar en acuerdo con esta expectativa, de realizarla como manera de convertirse en *ser dentro de una particular sociedad, que mantiene unos valores específicos*. En palabras de Norbert Elias:

*toda sociedad —o grupo de sociedades— tiene en un instante determinado un impulso propio presionando su condición presente, una dinámica de grupo particular, inherente, que pueden ser bloqueados pero que, aun en este caso, son una parte intrínseca de su estructura. Desde luego, esto no significa que dicha dinámica estructural esté fijada de una vez por todas en una dirección determinada; significa que mientras que existe un variado espectro de futuros posibles, las posibilidades de desarrollarse de cada uno de ellos están claramente delimitadas, no son infinitas. Por lo tanto, si las utopías anticipatorias han de ejercer alguna influencia en el desarrollo del futuro, solamente pueden hacerlo en tanto estén sintonizadas con los futuros posibles propios de la estructura y el impulso inercial de la sociedad en esa etapa particular de su desarrollo.*¹⁹

Este *impulso inercial* de una sociedad sería la segunda forma de homogenización en una identidad. Donde esta narraría la solución de las inquietudes y expectativas en términos de soluciones estructurales basadas en una *naturaleza común*, como extensión y validación posterior de su paradigma imperante. Es decir, una particular forma de narrar la identidad (desde la observación costumbrista, por ejemplo) plantea también las soluciones a los problemas sociales (donde los sujetos no tendrían sino que actuar en concordancia con *su naturaleza*), de manera que desde la proyección utópica la narrativa se asegura, ya no solo

¹⁹ Norbert Elias, “¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el mundo?” en *Figuraciones en proceso*, de Norbert Elias (Bogotá: Editorial fundación social, 1998), 16

su permanencia en el presente, sino además su obligatoriedad como paradigma hegemónico en el futuro. En términos del ejemplo, ir en contra de esta naturaleza narrada sería condenar a la sociedad a un caos disfuncional, anti-progresista.

La tautología de este movimiento circular, entre sujeto que recibe de la sociedad las herramientas para su propia identificación y la forma en que este proceso termina por validar dichas herramientas, sería entonces un problema fundamental del concepto identitario: valida y es validado por cada uno de nosotros. Y desde esta relación, su naturalización nos es tan cotidiana como cualquier reflejo. Así, para Derrida, esta hegemonía lingüística se convierte en una prisión inescapable:

No tengo más que una lengua, no es la mía [...] Mi monolingüismo mora en mí y lo llamo mi morada; lo siento como tal, permanezco en él y lo habito. Me habita. El monolingüismo en el que respiro, incluso, es para mí el elemento. No un elemento natural, no la transparencia del éter, sino un medio absoluto. Insuperable, indiscutible: no puedo recusarlo más que al atestiguar su omnipresencia en mí. Me habrá precedido desde siempre. Soy yo... fuera de él yo no sería yo mismo... como si estuviera comprometido por unos votos anteriores incluso a que aprendiese a hablar.²⁰

Este *monolingüismo* que nos determina y fuera del cual desaparecemos, es una interpretación interna desde una identidad funcional. Es decir, estas, si bien crean cohesiones internas en esta dinámica lingüística y proyectiva, también, como lo mencionaba antes, crean un afuera constitutivo, y creo que es a través de esta exclusión desde la cual se pueden criticar y analizar las narraciones de identidad: no desde su lógica interna, coherente y totalitaria, sino desde su exterior discursivo y su intención política, su particular *voluntad de verdad*.²¹

1.1.5 Política e identidad:

En este apartado la discusión está enfocada en responder la segunda pregunta sobre la otredad: ¿Cómo se relacionan estas identidades con lo que excluyen? Para responderla debo hacer un análisis del uso político de la identidad y de cómo esta se impone como marco explicativo del *otro*, por medio de la fuerza (tanto material, como económica, política e

²⁰ Jacques Derrida, *El monolingüismo del otro* (Buenos Aires: Manantial, 1997), 13-14

²¹ Foucault, *El orden del discurso*, 10

ideológica). Con la entrada de la modernidad y la unificación comprensiva que intenta reducir el mundo a *universales*, vemos entonces como esta *otrificación*, antes contenida en grupos más pequeños, se vuelve la regla de explicación sobre la que todos los no europeos se deben medir, y a partir de la cual estos reafirman su propio *yo* universalizado. Dipesh Chakrabarty, analizando esta dinámica en el caso indio, señala que:

*Las pruebas de lo que he denominado “la negación de la privacidad burguesa y del sujeto histórico” pueden reconocerse en sus teorías [de los historiadores colonizados], pero se subordinan al objetivo, supuestamente más elevado, de conseguir que la historia India parezca un episodio más del avance universal (y, en su visión, finalmente victorioso) de la ciudadanía, del estado-nación y de diversas cuestiones relativas a la emancipación humana delineadas durante la ilustración europea, y después de ella. Es la figura del ciudadano la que habla a través de estas historias. Y mientras eso ocurra, mi Europa hiperreal volverá a dominar continuamente las historias que contamos.*²²

Aquí regresamos al otro punto del principio, aparte de las estrategias de la narración del *ser*, también existen dinámicas de creación de *no seres*, los llamados otros: *extraños*, *desvalorizados*, *infrachumanos*. La identidad, entonces, deja de tener una *neutralidad* o *naturalidad* asumida desde los análisis internos, y toma un matiz determinado: esta, como imposición, tiene un actor determinado y beneficiado, y con este, un propósito. Desde esta perspectiva, la identidad, tiene una intención normalizadora que se impone desde el exterior, y que entraría a desvalorizar los valores de una cultura determinada, suplantando las dinámicas *normales* (en el sentido de ser coherentes con sus contextos) de estas culturas por la imposibilidad de ser. Es decir, el *otro*, por la dinámica de una ciencia de pretensiones universales, se convierte en un *yo colonizado*, donde los sujetos no-europeos quedarían atados por la fuerza a unas *reglas de juego*, para usar los términos de Huizinga, en las que ellos siempre están en desventaja. Al *yo colonizado* se le impone la necesidad de *ser* como el europeo para ser sujeto válido (*ciudadano*, en los términos del paradigma estatal liberal propuesto por Chakrabarty), pero dada la imposibilidad intrínseca de cumplir este *horizonte de espera*, esta imposición de definición colonial se traduce en una dinámica de reproducción

²²Dipesh Chakrabarty, *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. (Barcelona: Tesquets, 2008.), 71

de la inferioridad: el colonizado se frustra por no poder ser *ciudadano* y reproduce las dinámicas de su inferiorización, lo que a su vez justifica al colonizador (*ciudadano*, sujeto válido) la intervención y la dominación de este, basado en la impuesta, y luego asumida, inferioridad de aquel. Como lo menciona Edward Said, en el ejemplo de un burócrata inglés en el Egipto del siglo XIX:

Después de esto, califica a los orientales y árabes de crédulos, “faltos de energía e iniciativa”, muy propensos a la “adulación servil”, a la intriga, a los ardidés y a la crueldad con los animales; los orientales no son capaces de andar por un camino o acera (sus mentes desordenadas se confunden cuando intentan comprender lo que el europeo lucido entiende inmediatamente: que los caminos y las aceras están hechos para andar).²³

La identidad y la cultura se problematizan en este punto. No se trata ya de determinar los simples ciclos que *naturalmente* dan movimiento a la cultura, sino que en las periferias de un mundo *globalizado* las dinámicas de la identidad siguen manteniendo un matiz no democrático, una imposición de vivir y relacionarse con sus realidades con unos valores del todo inútiles para responder a sus necesidades. Lo que en el centro intelectual (Europa), entonces, es la *excepción* a la regla de la identidad social (los valores en tensión que no resisten las nuevas circunstancias y deben ser cambiados) se convierte en la regla general para los mundos subalternos, donde los valores impuestos siempre están en tensión, porque directamente imponen un *horizonte de expectativas* que **nunca** pueden cumplir estas sociedades. En palabras de Franz Fanon:

La impugnación del mundo colonial por el colonizado no es una confrontación racional de los puntos de vista. No es un discurso sobre lo universal, sino la afirmación desenfrenada de una originalidad formulada como absoluta [La ciencia europea]. El mundo colonial es un mundo maniqueo. No le basta al colono limitar físicamente, es decir, con ayuda de su policía y sus gendarmes, el espacio del colonizado. Como para ilustrar el carácter totalitario de la explotación colonial, el colono hace del colonizado una especie de quintaesencia del mal.²⁴

²³ Edward Said, *Orientalismo* (Bogotá: Penguin Random House, 2014), 67

²⁴ Franz Fanon, *Los condenados de la tierra* (México: Fondo de cultura económica, 1983), 20

Esta dinámica se traduce en la infinita repetición, mediática e intelectual, de que el espacio periférico es el “fracaso” de la humanidad. Simbolizado y tejido, este fracaso, en miles de eufemismo cotidianos de carácter binario, muchos de ellos aun sustentados en una idea supuesta de *verdad científica*, que mientras habilitan a las sociedades que los imponen, deshabilitan al resto, como por ejemplo: el *sur- Norte; los de abajo- Los de arriba; los países en vías de desarrollo- Países desarrollados; estados fracasados- Estados exitosos; tercer mundo- Primer mundo*; entre otras.²⁵ La relación, entonces, de sujeto y valores se respondería aquí en que el sujeto está determinado por unos valores creados de manera externa a él (en el caso de las periferias) y que su papel en este *performance* social es el de ser el *contrario, el otro, el extranjero*; el que, por oposición binaria prueba la superioridad del *ciudadano*. Esta dinámica de identidad, entonces, no vendría a ser *natural* sino que estaría, paradójicamente, fundamentada en la imposibilidad de crear sociedades coherentes bajo la premisa generalizada de que **no pueden ser**: no son *ciudadanos*, no *son blancos*, no *son democráticos*; unido a la expectativa de que **tienen que ser** para poder ser reconocidos. Esta necesidad se expresa y potencia, además, en que el *yo colonizado* se ve obligado, por un acto material de poder (militar, económico o político) a *reprimir lo que pueda amenazar a la racionalidad impuesta*,²⁶ de manera que puedan conseguir, sino una identificación plena, sí por lo menos un reconocimiento parcial, de *país en vías de desarrollo* por poner un ejemplo actual.

Esta imposición identitaria, de *reprimir lo que la amenaza*, se podría considerar entonces como una dinámica que, ante la amenaza de la destrucción de una coherencia interna (miedo que Adorno caracteriza como la pulsación identitaria entre *la autoconservación y el autoaniquilamiento*) sería el último paso de una creación identitaria:²⁷ la de crear un *otro* demonizado sobre el cual se prueba la propia superioridad, un *otro* que está condenado a vivir en los márgenes de esta validez racional. Dinámica crucial en este estudio, donde las

²⁵Sobre este tema, Judith Butler hace un análisis de cómo, desde el primer mundo, se construyen las barreras lingüísticas y simbólicas para *desvalorizar* de manera cotidiana la posibilidad de una equivalencia entre las vidas del primer mundo y el tercero. Judith Butler, *vida precaria, el poder del duelo y la violencia*. (Buenos Aires: Paidós, 2006), 32

²⁶ Hall, “Introducción: ¿quién necesita “identidad”?”, 19

²⁷ Theodor Adorno y Max Horkheimer, *La dialéctica de la ilustración* (Valladolid: Simancas, 1998), 48

élites intelectuales de los países no-europeos basaran su propia identidad en la exclusión de grandes secciones de su población, para así separarse de los elementos no-validos de su sociedad, y adjudicarse, tanto interna (en Antioquia, por ejemplo) como externamente (en Europa) la legitimidad para gobernar.²⁸ Este punto da paso al último apartado de esta reflexión general sobre la identidad, basado en estas dos preguntas: ¿Cómo se ha entendido el surgimiento de la identidad? Y ¿Es un proceso humano inevitable de la cultura?

1.1.6 Génesis y materialidad de las identidades ¿de dónde surgen, hacia dónde van?

Las fuentes consultadas explican el surgimiento de la identidad desde dos perspectivas: la primera, desde el psicoanálisis, plantea que la necesidad de identificación del *yo* es un proceso que ocurre de manera natural. Los hombres, desde su bagaje biológico, poseen las herramientas para hacer esta clasificación y organización del mundo exterior, como lo menciona Hall en su análisis de la teoría freudiana:

Después de todo, y de acuerdo con Freud, la investidura básica de las zonas de actividad corporal y el aparato de la sensación, el placer y el dolor ya debe estar «enjuego», aunque sea en forma embrionaria, a fin de que pueda establecerse una relación de cualquier tipo con el mundo externo. Ya existe una relación con una fuente de placer —la relación con la Madre en el Imaginario— y, por lo tanto, también debe haber algo que sea capaz de «reconocer» qué es el placer. En su artículo sobre «El estadio del espejo», el propio Lacan señaló que «el niño, en un momento en que, por breve que sea, es superado por el chimpancé en inteligencia instrumental, ya puede, no obstante, reconocer su propia imagen en el espejo».²⁹

La segunda, que engloba una visión sociológica e histórica desarrollada desde la dialéctica hegeliana, plantea que la identidad es un problema de creación social, donde para poder entender cualquier afirmación sobre el mundo, se necesita, primero, una descalificación externa que permita la afirmación excluyente de lo dicho.³⁰ Es decir, para que una sociedad

²⁸ Lo que Franz Fanom ha denominado *esclavo manumiso*, que a pesar de ser formalmente liberado del yugo colonial (con las independencias), sigue atado a los colonizadores porque reproduce sus estructuras de pensamiento. Franz Fanom. *Los condenados de la tierra*. 29

²⁹ Stuart Hall, “Introducción: ¿quién necesita “identidad”?”, 25

³⁰ Henri Lefebvre. *El materialismo dialéctico*. (Buenos Aires: Ed. La pléyade, SF), 26

determine, de manera cultural, qué es un objeto, debe primero compararlo con otro que no sea tal como él. Dinámica que se convierte en la infinita repetición de la narración del yo humano, como forma de defensa ante la inestabilidad ontológica:

*La humanidad ha debido someterse a cosas terribles hasta constituirse el sí mismo, el carácter idéntico, instrumental y viril del hombre, y algo de ello se repite en cada infancia. El esfuerzo para dar consistencia al yo queda marcado en él en todos sus estadios, y la tentación de perderlo ha estado siempre acompañada por la ciega decisión de conservarlo. La embriaguez neurótica, que hace expiar la euforia en la que el sí mismo se encuentra suspendido con un sueño similar a la muerte, es una de las instituciones sociales más antiguas que sirven de mediadoras entre la autoconservación y el autoaniquilamiento, **un intento del sí mismo de sobrevivir a sí mismo.**³¹*

Estas dos teorías, una con una explicación interna (desde el sujeto) y la otra desde la explicación externa (desde la necesidad social) mantienen en común la idea de que el proceso identitario es uno anclado en lo que significa *ser humano*. Con esto llegamos a la segunda pregunta: ¿es el proceso de exclusión identitario inevitable? Aquí la respuesta no la puedo dar desde la citación teórica, sino más bien desde una opinión, y esperanza, personal. Si tales identidades son solo reflejos de una dialéctica fundamental de creación de otredades ancladas naturalmente en el ser humano (psicología) o en su cultura (teoría cultural), entonces la posibilidad de crear un vínculo empático por fuera de los límites más inmediatos de una sociedad se vuelve imposible. Creo que la puesta en escena de la comunicación inmediata y el internet, como medios, nos dan la posibilidad de encontrar a *seres humanos* en todos los rincones del planeta. La tarea sería, entonces, lograr suficiente eco respecto a la construcción artificial de las identidades, artificial en el sentido de que es un proceso humano y, como tal, puede deshacerse o reconstruirse. De manera que en algún momento la simple definición de *buenos y malos*, a lo que se reduce el ámbito de la otredad, pueda ser una idea del pasado. Esta propuesta tiene, sin embargo, el problema gigantesco, presente en la propuesta poscolonial, de que, al reconstruir estas identidades desde los sujetos privados de esta, terminamos invirtiendo el proceso: es decir, si no creamos la posibilidad de un conocimiento

³¹ Adorno y Horkheimer, *La dialéctica de la ilustración*, 48

no dialectico y excluyente, terminaremos haciendo del sur el norte, del tercer mundo el primero, etc., perpetuando así la rueda cultural de la injusticia. Quizás en este sentido, soy un poco progresista.

1.2 Identidad en la historiografía regional:

De una definición general de identidad, como está desarrollada en el apartado anterior, analizo ahora el problema particular de la identidad antioqueña. Para tal efecto haré un examen de las obras principales de las que derivó los conceptos de la identidad en Antioquia, centrandó esta reflexión en las que, considero, son las obras más importantes para tratar el tema. Antes del año 2000 el tema de las identidades, en Colombia y Antioquia, se entendía, generalmente, como un problema accesorio de la historia económica o política, como una naturaleza asumida que simplemente había que describir.³² De esta forma, en esta primera parte reviso las obras de tres autores que se logran salir, de manera parcial, de estas concepciones, y empiezan a perfilar el problema de la identidad como tema que vale la pena estudiar de manera interconectada, no solamente como una consecuencia de... (lo político, lo económico o lo biológico).

El primer texto es *Las convenciones contra la cultura* (1987), de German Colmenares.³³ La obra, para la fecha en que es publicado, es un acercamiento pionero en el marco nacional de los estudios culturales. Esta muestra cómo la historiografía del siglo XIX crea una tradición de repetición que tiende a naturalizar las ideologías y valores en verdades absolutas e inmutables; por medio de un análisis de fuentes literarias, ensayos políticos e históricos en toda la región latinoamericana. Este libro es un antecedente de los estudios culturales del nuevo siglo en Latinoamérica e incorporará, para su época, un marco metodológico novedoso para entender las relaciones entre la materialidad de los sucesos históricos y las ideas que potencian o validan dichos procesos. Para lo que se basa en la lectura y el análisis de autores

³² Específicamente se refiere este punto a los trabajos sobre la identidad de las décadas de 1970 y 1980 de escritores como Ann Twinam en *Mineros, comerciantes y labradores: Las raíces del espíritu empresarial antioqueño* (1982) y de Roger Brew en *El desarrollo económico de Antioquia hasta la independencia* (1977).

³³ Germán Colmenares, *Convenciones contra la cultura* (Medellín: La carreta editores, 2008)

del giro lingüístico como Roland Barthes y Hayden White. Como lo menciona el texto sobre el proyecto modernizador de la república en el siglo XIX:

La liquidación del régimen colonial, cuya dominación fue abolida mediante las armas, debía completarse ideológicamente para liberar energías que habían permanecido encadenadas por la opresión y la rutina [...] El republicanismo hacia radicar su eficacia en el hecho de mostrarse como el camino hacia una comunidad imaginada en la participación política que el principio dinástico había negado a los americanos. De esta manera se contrastaba un fetichismo injustificado con la adhesión “natural” y “racional” a las instituciones republicanas.³⁴

El valor del texto de Colmenares para esta monografía está dado por la capacidad de dicho autor de reconocer las relaciones intelectuales que se establecerán en América Latina en el proceso de modernización del siglo XIX (relaciones que aparecen de manera más clara en trabajos muy posteriores como el de Mary Louise Pratt, que mostraré más adelante). También por analizar las dinámicas a través de las cuales unos intelectuales latinoamericanos empiezan la tarea de hacerse validos a los ojos de una “ciencia moderna” (ubicada material y simbólicamente en Europa). En el caso de la narración moderna de la *antioqueñidad*, este libro será muy útil como soporte para mostrar las relaciones simbólicas que las élites latinoamericanas establecen con su pasado, la manera como interpretan este desde el ámbito moderno científico y retrospectivo y la forma como la proyectan en una visión de futuro progresista.

El segundo texto es *Ética, trabajo y productividad en Antioquia: Una interpretación sociológica sobre la influencia de la Escuela Nacional de Minas en la vida, costumbres e industrialización regionales* (1989) de Alberto Mayor Mora.³⁵ En este el autor hace un análisis de la influencia de la Escuela Nacional de Minas (ubicada en Medellín) en relación con la productividad y el auge industrial de las primeras décadas del siglo XX. En su investigación, Mayor Mora, reconoce que esta correspondencia no pasa solo por el ámbito

³⁴ Colmenares, *Convenciones contra la cultura*, 22

³⁵ Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia: Una interpretación sociológica sobre la influencia de la escuela nacional de minas en la vida, costumbres e industrialización regionales* (Colombia: Tercer mundo editores, 1989)

material o económico, sino que además el tema de la industrialización está atravesado por una regulación disciplinar del trabajo y del tiempo. La influencia de esta escuela, entonces, no solo vendría a ser un motor del desarrollo económico, sino que además opera en una esfera ética y moral:

Para el desarrollo exitoso de estas realizaciones materiales corrió paralelo, en parte como efecto y en parte como causa, del también primer ensayo de restauración moral de las costumbres, en especial del trabajo y los negocios. Allí se produce un ensayo primigenio de un modelo educativo, en gran medida corroborado igualmente por el éxito, que desplazó el problema ético de la esfera religiosa a otra esfera. [Subrayado en el original]³⁶

De esta manera, el autor enlaza la historia política y económica con el análisis de los valores y las ideas. El texto, une el fenómeno del *prestigio laboral* del que gozan los egresados de este centro educativo con la capacidad que estos tienen tanto para *modernizar* la forma en la que se produce, como para generar concepciones morales sobre la producción. Para tal efecto, estos egresados se valdrán de todas las herramientas a su disposición, como los conceptos religiosos o la revaluación de los mitos anteriores sobre la *antioqueñidad*, de manera que terminan imponiendo un trabajo tanto material como una ideología sobre este, que se trasladará a la esfera industrial de manera exitosa.

Este texto es importante para mi trabajo por dos razones: primero, porque el texto es pionero en tratar el tema de los valores y la identidad, en Antioquia, como presupuestos artificialmente creados y revaluados, que no pueden ser considerados como algo: “*fijo e inmutable, tal como se percibe en las hipótesis quiméricas sobre el origen vasco o judío...*”³⁷. En segundo lugar, porque establece el contexto de estudio necesario para el desarrollo de *Efe Gómez*, egresado de esta escuela y que mantuvo en sus escritos literarios esta idea complementaria de la implantación de una *ética del trabajo*, que se ajuste tanto a la “naturaleza” del ser antioqueño, como a las necesidades de los grandes industriales de la época. Ya no solo en la urbe, sino además llevadas estas ideas a los procesos económicos del campo: a la agricultura y la minería.

³⁶ Mayor Mora, *Ética, trabajo y productivada en Antioquia*, 16

³⁷ Mayor Mora, *Ética, trabajo y productivada en Antioquia*, 20

El tercero y cuarto son dos aportes de Jorge Orlando Melo, en los que se muestran los vacíos principales en los estudios culturales sobre Antioquia. En primer lugar, su ponencia “*Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización*” (1997)³⁸ estudia de manera preliminar las estrategias intelectuales de la modernización, que propone en tres sentidos: el desarrollo de una imagen de ciudad moderna, los esfuerzos por implantar unos valores urbanos a la población y el papel de la literatura como mediadora entre estos dos puntos. Este escrito propone un estudio sobre la necesidad de las élites de representarse socialmente como “modernos” y sobre el inicio de una campaña educativa que permita justificar su preeminencia en la jerarquía social, ante la desaparición parcial de las categorías de la sociedad de castas. En el ámbito literario, por otro lado, Melo muestra cómo el crecimiento de su consumo se debe precisamente a los retos del surgimiento de una urbe moderna, que las elites se apropian como forma de representación y de racionalización. En esta relación la literatura jugará un papel ambiguo, ya que tanto se pliega, algunas veces, a la justificación de la posición de las élites, como critica los aspectos más represivos y contradictorios de esta representación que se impulsa con la modernización.

Su otro texto *Carrasquilla, novelista crítico sin críticos*,³⁹ plantea la problemática de la mala interpretación de este autor, y la forma cómo ha servido (y sirve) de hito cultural para justificar todo tipo de disparates intelectuales, como la defensa de las mujeres “emprendedoras” o la crítica al “centralismo” bogotano, o de espejo en el que se refleja las pretensiones del que lo cita, de manera que cuadre con la idea de *antioqueñidad* que se quiere encontrar. A pesar de ser un texto muy corto, este desarrollo evidencia una de las problemáticas que trabajaré en este texto: la de Carrasquilla como fuente principal de una *antioqueñidad* asumida sin crítica, ni interna desde los textos y su autor, ni externa desde su contexto.

³⁸Jorge Orlando Melo, “Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización.”, *Seminario internacional sobre teorías culturales y estudios de comunicación en América Latina*. (Bogotá: Universidad nacional, julio 1997)

³⁹ Jorge Orlando Melo, “Carrasquilla, novelista crítico sin críticos.” En www.jorgeorlandomelo.com. 29 de 04 de 2008. <http://www.jorgeorlandomelo.com/carrasquillacriticos.htm>.

Después del 2000, se puede ver un mosaico mucho más amplio de temas culturales referentes a Antioquia y a Colombia, en este punto mi enfoque tratará de analizar solo los textos que tratan el tema de la identidad en ambos casos, de manera mucho más específica que en las décadas anteriores, en las que solo se anotaba como una preocupación secundaria en temas más amplios. Haré entonces un breve resumen de las obras y artículos que considero más importantes.

Por ser un hito en la historiografía colombiana, y también por haber sido mi primer acercamiento a este tipo de estudio en el país, considero que se debe empezar analizando la obra de Santiago Castro-Gómez, *la Hybris del punto cero* (2005)⁴⁰. En esta se muestran las dinámicas por medio de las cuales una *razón ilustrada* se instaura como paradigma explicativo total a partir del siglo XVIII en Europa. Castro-Gómez parte de la idea de que todo conocimiento para ser válido, es decir científico, debe surgir de un desprendimiento de las preconcepciones y de la adopción de un punto de vista “neutral”, que termina por ocultar las condiciones sociales de su creación, mostrándose “natural” (y que Castro denomina la *Hybris del punto cero*)⁴¹. Esto permitirá al modelo de producción, material y cultural, de los burgueses europeos expandirse y validarse tanto en las propias regiones que lo producen como hacia el exterior, en las colonias.⁴² A partir de esta dinámica general, el autor presenta la manera en que las élites ilustradas de la Nueva Granada del siglo XVIII y principios del XIX adoptan estas teorías como formas de reafirmación jerárquica interior, y de la forma en la que se racionaliza la coexistencia de discursos nacionales (a veces contradictorios) que se adaptan y despliegan a diferentes niveles de enunciación e intención.⁴³

Este texto es fundamental como apoyo para este trabajo pues introduce un análisis de fuentes y de construcción de sentidos por medio de la contraposición. En el que la creación de un discurso hegemónico se da desde la diferencia interior (en los diferentes discursos regionales) y exterior (en la relación que se establece entre Europa y América), fundamental para el desarrollo de un tema como la identidad en Antioquia. La cual, cómo se explicará más

⁴⁰ Santiago Castro Gómez, *La Hybris del punto cero* (Bogotá: Universidad Javeriana, 2005)

⁴¹ Castro Gómez, *La Hybris del punto cero*, 25

⁴² Castro Gómez, *La Hybris del punto cero*, 43

⁴³ Castro Gómez, *La Hybris del punto cero*, 22

adelante, se puede entender en la misma dinámica dialéctica de *nacionalismo* regional y de validación internacional.

El segundo texto que analizo es “El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional” (2006) de María Teresa Arcila Estrada, publicado en la revista *Historia Crítica*.⁴⁴ En este artículo la autora estudia la forma como se crea y difunde la identidad en Antioquia, para mediados del siglo XIX, con base en una idea básica de la geografía como narrativa de la dificultad, que desarrolla a partir de tres momentos definidos. El primero es una concepción del paisaje y el espacio como definatorio de unas dinámicas de *dificultad* que les sirve a todos los intelectuales para establecer los límites de las fronteras entre lo *familiar* (nosotros) y lo *ajeno* (lo otro). Este punto define como paradigma simbólico a las *montañas*, generadoras básicas de *antioqueñidad*.⁴⁵ El segundo momento sería la relación que se establece, de manera narrativa, donde la dificultad de la lucha contra naturaleza se convierte en mito, en el marco de una *milenaria* batalla entre la civilización (el hombre que domina la naturaleza) y la barbarie (el estado “natural” de las cosas). El ejemplo paradigmático de esta lucha lo constituiría la colonización antioqueña del sur. El tercer momento sería la asumida prueba de una superioridad antioqueña, simbolizada por una concepción de *riqueza económica* que vendría a probar la victoria de esta lucha contra la naturaleza, como ejemplo irrefutable de la civilización contra la barbarie.⁴⁶ La historia de Antioquia, y la concepción de su propia identidad, se crean, según la autora, en el marco de la progresión de estos tres momentos, donde la mala suerte de una geografía quebrada y difícil termina creando una casta de hombres que, enfrentados a estas dificultades, salen victoriosos; siendo “superiores” al resto precisamente por tener que haber enfrentado la dificultad.

Este trabajo se acerca mucho a la intención de esta tesis. Sin embargo, a pesar de que es un acercamiento muy juicioso, no considero que sea una cuestión tan sencilla como el desarrollo desde un paradigma tan simplificado como los discursos sobre geografía. Si bien esta, como espacio de validación científica en el siglo XIX, sirve de manera muy eficiente para crear

⁴⁴ María Teresa Arcila, “El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional” en *Historia Crítica*, No: 32 (julio- diciembre, 2006)

⁴⁵ María Teresa Arcila, “El elogio de la dificultad”, 43-44

⁴⁶ María Teresa Arcila, “El elogio de la dificultad”, 52-54

determinaciones sobre la identidad, no se puede entender la identidad como una dinámica encerrada en sí misma, que se crea de manera autónoma de relaciones sociales con los *otros* que define en sus límites. Es, por el contrario, un espacio de interacción donde se define por medio del tránsito constante entre lo familiar y lo extraño. Excluir el análisis de cómo la lógica identitaria condena secciones sociales a la *otredad* puede llevarnos a pensar que las identidades son, a su vez, interacciones “espontáneas” de unos hombres con su “ambiente” (natural o social), y este tipo de racionalización puede pasar, rápidamente, del análisis a la renaturalización de las identidades como procesos “inevitables” o “inmutables”.

El tercer texto es el de Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (2007)⁴⁷. En este se explora cómo, durante el siglo XIX, se forma una idea de nación a partir de una explicación de las diferentes narrativas que crean las élites regionales. Esto por medio del análisis de las luchas ideológicas, simbólicas y materiales de las que deviene la idea de lo nacional. A la vez que se inscribe este proyecto en el marco transnacional de la *civilización*, como forma de mantener y consolidar su poder en la nueva república⁴⁸. La *racialización*, como narrativa aplicada del discurso racial, se despliega, entonces, por medio de estas élites como forma de control: espacial, político y económico, atendiendo a las necesidades de “civilizar” a un pueblo tan “dispar” a razón del mestizaje y la convivencia de diferentes “razas” (que, para la teoría progresista eran incompatibles con el progreso material). Esto deriva en la creación de una *hegemonía nacional*, basada en una clasificación interna de esta que, antes que buscar la homogeneidad, crea una jerarquía basada en las diferentes “capacidades” de las regiones y sus habitantes.⁴⁹ La civilización, en este sentido, estaría dada por la capacidad de una élite central de administrar “científicamente” las regiones, al tiempo que promueve la auto narración de estas por medio de sus propias élites, de manera que estas se puedan justificar de manera interna dentro del marco nacional del *progreso*, controlado, de manera más o menos clara, por la élite central.

⁴⁷ Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano; orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2007)

⁴⁸ Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, XV

⁴⁹ Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, 4

La segunda cuestión en este texto, de específico interés para este trabajo, es el desarrollo de la identidad antioqueña como parte del proyecto de homogenización nacional. En el capítulo dedicado a esta, Arias desarrolla varias cuestiones interesantes: la primera es el tema de la percepción de una identidad moderna que integra y soluciona los mayores problemas del resto del país. Basada en *la falta de mestizaje y el predominio de una “raza blanca”* (que en otros lugares del país se conceptualiza como uno de los mayores problemas para el “progreso”), *la relación subordinante que esta “raza” realiza con su ambiente circundante* (tanto de las razas negras e indígenas habitantes de las partes bajas y “malsanas”) y *la aparente conciliación de un ideal moral católico con una ética del trabajo moderno*, de la austeridad y la creación de riqueza (problema fundamental para algunos intelectuales del siglo XIX, que, en muchos casos, veían el catolicismo como un factor dañino al progreso). La segunda problematización es la relación conflictiva que se crea entre las élites bogotanas y las locales antioqueñas. Aunque aquellas mantienen cierto grado de control sobre los presupuestos ideológicos del progreso y su control, pues recordemos que para 1850 la instrucción y la “cultura” se adquirirían en las universidades de la capital. Esta ventaja se va perdiendo en el transcurso del siglo con la apertura de relaciones más directas entre la región y Europa, además de la creación de centros propios de enseñanza. La fortaleza de Antioquia, entonces, irá en detrimento de un control nacional unificado y este creciente antagonismo estará expresado en la manera como se narra la identidad.⁵⁰

La cuarta obra es la de Juan Camilo Escobar Villegas, *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920* (2009).⁵¹ En ella se hace un recorrido por la construcción del *imaginario identitario antioqueño*, en el siglo XIX, a través de un paradigma guía: la idea de un *proyecto civilizador*. A partir de este la investigación se desarrolla en varias direcciones que me interesa comentar para el planteamiento de mi tema. La primera es mostrar cómo este proyecto se desenvuelve, en el ámbito regional, por medio de la creación de una estructura de validación intelectual que va desde la enunciación poético-descriptiva (la literatura costumbrista), pasando por la científica

⁵⁰ Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, 109-113

⁵¹ Juan Camilo Escobar Villegas, *Progresar y Civilizar*

y política (manuales de descripción racial y geográfica, y leyes que garanticen la aplicabilidad de este conocimiento) hasta llegar a la mitificación abstracta (las artes plásticas) en donde los preceptos de una idea de identidad se pueden plasmar como condiciones “naturalizadas” y aceptadas socialmente. La segunda es la intención del autor de hacer evidente la relación que existe entre Europa y América para la época, de manera que se pueda sobrepasar el mito de la construcción independiente o “natural” de la identidad. Para este propósito el autor recurre, no solo a la explicación de los procesos de manera local, sino que además los contextualiza en el esfuerzo universalizante que representa el “proyecto civilizador”, como paradigma utópico y científico, emanado de Europa. Este planteamiento revela una rica red de conexiones y deudas intelectuales entre los autores antioqueños, los autores nacionales, los americanos y los europeos, donde la idea general del proyecto civilizador (como propuesta cultural de occidente) se va aplicando de manera particular en diferentes niveles de narración (América latina, Colombia, Antioquia).⁵² El tercer elemento que me interesa explorar de esta obra es el de la localización de una élite intelectual, que el autor reconoce como:

Un mediador en el conjunto social gracias a su capacidad de producir y consumir ideologías; vinculado con instituciones políticas interviene, con su saber, en planes y proyectos colectivos, su relación con las familias más poderosas en las ciudades donde vive o a donde llega terminan por convertirlo en un miembro “distinguido” en razón del uso que hace de los medios de difusión cultural; poseedor en ocasiones de importantes recursos económicos puede desplazarse por el mundo con cierta facilidad, alcanzando un importante grado de cosmopolitismo...⁵³

Así, la definición de *élite intelectual* estará dada por la capacidad de un segmento poblacional (individuos) de ejercer dos operaciones equivalentes: de validarse en el exterior (cosmopolitismo) para luego llegar a hacerlo en la localidad. A partir de estas dos operaciones puede cumplir su rol de producir estructuras ideológicas que vayan en servicio del mantenimiento de intereses comunes para otras clases de élites, como las políticas o económicas. Además, se irán adhiriendo a estas estructuras como forma de imponerse, otra

⁵² Camilo Escobar, *Progresar y civilizar*, 383-389

⁵³ Camilo Escobar, *Progresar y civilizar*, 52

vez, hacia abajo (las “clases bajas” o “el pueblo”) y de figurarse (como nación, región o grupo) de manera “válida” hacia el exterior (en este caso Europa)⁵⁴. La relación parece intrincada y complicada, pero es realmente sencilla: los intelectuales (miembros, a la vez, de la élite económica) irán a los centros culturales (Europa) para traer herramientas de dominación que les permitan perpetuar su estatus como élite, apoyadas en un conocimiento aplicado localmente que se valida en un conocimiento “universal”. Como nota final sobre este texto, debo recalcar su importancia para esta monografía. Su lectura fue fundamental para la exploración del tema y para poder determinar la forma en que las estructuras relacionales de los intelectuales antioqueños se escapan del solipsismo en el que rutinariamente caen los estudios sobre la identidad. Este texto se puede considerar un acercamiento diferente, pero inspirado por el de Escobar, en el sentido que pretende buscar el aspecto antagónico de estos procesos identitarios y no tanto su coexistencia, aunque las dos dinámicas no son excluyentes, como se verá en el posterior desarrollo del tema.

El quinto texto es *Conformación de la esfera pública en Antioquia* (2010), de María Isabel Abad Londoño.⁵⁵ En él, se intenta determinar las circunstancias que dieron paso a la conformación de una *esfera pública* en la Antioquia de finales del siglo XIX, a través de Carrasquilla como ejemplo de la primera producción novelística importante de la región. En esta tesis, la autora define la *esfera pública* como un ámbito de publicidad de hombres *modernos*, donde se da la discusión de las ideas (cómo los problemas de la educación del “pueblo”) y se genera un debate crítico que tiene como fin la creación de una cohesión social. A partir de este planteamiento teórico se plantea que esta *esfera pública* en Antioquia es el resultado de dos hechos históricos que rompen con la homogeneidad intelectual de la región: la derrota antioqueña en la guerra de 1876 y el proceso de La Regeneración⁵⁶. Ambos, según la autora, sacan a la intelectualidad antioqueña de un letargo autocomplaciente, nacido de la separación intelectual de la región en el periodo anterior, y darán vida a una esfera de discusión crítica que se evidenciará en la explosión de periódicos y panfletos, ya no

⁵⁴ Camilo Escobar, *Progresar y civilizar*, 29

⁵⁵ María Isabel Abad Londoño, “Conformación de la esfera pública en Antioquia” (Máster Estudios Latinoamericanos, Diversidad Cultural y Complejidad Social, Universidad Autónoma de Madrid, 2010)

⁵⁶ Abad, *Conformación de la esfera pública*, 5-10

enmarcados en el bipartidismo, sino un de ámbito más “científico”.⁵⁷ En las conclusiones se intenta mostrar como este ámbito de discusión, abierto y crítico, crea la posibilidad de una cohesión social más eficiente por permitir el flujo de ideas de una manera más libre, prefiriendo el “*dialogo más que la confrontación o la imposición*”.⁵⁸

Esta tesis tiene unas proposiciones interesantes sobre el cambio de la intelectualidad a finales del siglo XIX en Antioquia: la idea de una intelectualidad que se separa de las discusiones bipartidistas, la explosión editorial relacionada con el crecimiento económico y la entrada en discusión de métodos científicos de manera más sistemática y seria. Sin embargo, estas ideas se quedan en el mero planteamiento preliminar, ya que, a pesar de que se desarrollan desde un marco metodológico y teórico, no dan cuenta de la producción historiográfica sobre la intelectualidad en Antioquia del siglo XIX. También tiene el problema de reutilizar los tropos comunes como la dicotomía fundamental entre Antioquia y Bogotá, que se pueden estudiar, pero que no se pueden mencionar, como lo hace el texto, como argumentos que valgan por sí mismos. Todo esto termina llevando a la autora a consideraciones simplistas sobre el progreso desde sociedades “totalitarias” (antes de 1890 para Antioquia) a sociedades “abiertas” que permiten la inclusión y el despliegue de la individualidad.⁵⁹

El sexto texto, *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (2010).⁶⁰ La autora, Mary Louise Pratt, hace un recorrido por la literatura de viajes del siglo XVIII y XIX con la intención de mostrar cómo estos viajeros europeos causan una segunda conquista de América y África en el ámbito científico y humanista, ante el colapso del imperio español (que activamente restringe el acceso a América de los viajeros europeos) y el advenimiento de las explicaciones científicas. La primera parte del libro se encarga de establecer los conceptos claves sobre los que girará su investigación. Aquí rescató tres que me parecen los más pertinentes:

⁵⁷ Abad, *Conformación de la esfera pública*, 77

⁵⁸ Abad, *Conformación de la esfera pública*, 93

⁵⁹ Que la autora denomina *totalitarismo idiosincrático*. Abad, *Conformación de la esfera pública*, 83-84

⁶⁰ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (México: Fondo de cultura económica, 2010)

- **Zonas de contacto:** Lugar donde culturas se enfrentan en ámbitos de desigualdad. Los pueblos receptores, si bien no pueden determinar lo que se les impone desde afuera, si pueden determinar cómo lo incluyen ellos en su cultura. El caso que menciona Pratt para este concepto es el de Poma de Ayala en su *Nueva Crónica y Buen gobierno*; por ser de los primeros ejemplos en los que, un representante de un pueblo dominado (haciendo la salvedad de que Guamán Poma de Ayala hace parte de la élite de su pueblo) se apropia del idioma del conquistador para hacer sus propias reivindicaciones.
- **Anticonquista:** Forma de racionalización europea que declara su inocencia frente a lo que hacen con otros pueblos, justificado y justificando, su superioridad (blanca y europea). Todo esto declarando su pasiva observación, que no se inmiscuye en los asuntos de la colonización, pero que aun así valida la forma europea, masculina y blanca como la superior.
- **Autoetnografía:** Es la forma de apropiarse del discurso y las herramientas de los colonizadores por parte del colonizado. Se usa para dar sentido, de forma occidental, a una realidad nueva y se puede considerar un momento sincrético. Su intención está dirigida a un ámbito interno, el de dominar sus propias sociedades, como a uno externo, el de hacerse “validos” intelectualmente a ojos de los europeos.

A partir de estos tres conceptos Pratt irá rastreando la reconstrucción que América sufre por parte de la nueva colonización de la ciencia: desde los antecedentes de La Condamine (desde su *relación abreviada*, 1745) y Linneo (desde su texto *Systema Naturae*. 1736), que son los primeros en activamente tratar de clasificar la naturaleza y las gentes americanas en una taxonomía científica, pasando por Humboldt (desde su texto *viajes a las regiones equinocciales del nuevo continente*, 1826) y la instauración de los *tropos* explicativos que clasifican a América como tres paisajes colindantes: la selva, el desierto de las pampas y planicies, y las montañas andinas. A partir de estas imágenes taxonómicas se empieza a entender una América “deshabitada”, donde todo rastro de civilización está aún por hacer y donde no hay sino *bestias* habitándola; tanto en el sentido de animales, como en el sentido de hombres “barbaros” o “primitivos”, dentro de la narrativa de Humboldt. Esta retorica será usada con posterioridad por otros viajeros europeos que empiezan a traer industrias para

explotar América bajo la justificación de traer la *Civilización* a estos desiertos. Esta misma retórica será reinterpretada por las élites locales para justificar sus proyectos de “civilización y progreso”, como una manera de mantener su hegemonía, justificándose en la idea que el progreso sería imposible si ellos no llevan las riendas de las nacientes naciones.

Pratt llega a la conclusión de que el proceso de reconquista se dio en América en el siglo XVIII y XIX fue exitoso en la medida en que permitió crear taxonomías operativas para incluir a este continente tanto en un marco científico como productivo. Sin embargo, estas categorías tienen una doble interpretación que no puede ser olvidada, ya que a la vez que son impuestas por una intelectualidad europea externa y son reinterpretadas por una élite interna que las moldea para que sirvan a sus propios propósitos, que, en algunos casos, no fueron los mismos de los intelectuales europeos.

El séptimo estudio, “Color, pureza, raza: La calidad de los sujetos coloniales” (2011) de Max Hering⁶¹, se da a la tarea de mostrar el desarrollo y uso de los conceptos de raza, pureza y color a través del análisis de varios momentos históricos. El primero es el uso del concepto en el medioevo europeo cristiano, con énfasis en el caso español, donde el color de la piel es, en un primer momento, una muestra material de las constituciones morales de la persona, buscando un balance entre el negro y el blanco, que sea evidencia de los *humores* del sujeto. Basando la explicación, en los postulados de la ciencia alquímica y su comprensión holística e interconectada de la experiencia de la realidad. Esta interpretación se problematiza con el triunfo de la reconquista en el siglo XVI, y la entrada masiva de judíos y musulmanes a la sociedad española, donde se promulgan los requisitos de pureza de sangre para el acceso a los estamentos de poder en la sociedad ibérica, bajo la idea de que la “pureza” es una condición heredada de los antepasados que carga intrínsecamente una condición moral establecida.

El segundo momento histórico es el descubrimiento y conquista de América, donde, ante la inmensidad de nuevos significados que en este nuevo mundo se construyen, los españoles se ven abocados a la confusión de sus viejas estructuras de sentido. El primer concepto en sufrir

⁶¹ Max Hering Torres, «Color, pureza, raza: La calidad de los sujetos coloniales.» En *La cuestión colonial*, de Heraclio Bonilla, (Bogotá: Universidad nacional de Colombia, 2011)

esta crisis semántica es de color que, desde un sentido construido en la oposición binaria entre Blanco y negro, no es capaz de aprehender el mundo de los nativos americanos, con su gran variedad, y con su indefinición dentro de las taxonomías establecidas en Europa. Para poder establecer su superioridad, entonces, los colonos españoles harán una reconfiguración de significados, desde la idea de pureza de sangre, donde los nativos, y posteriormente los negros, mestizos y sus variaciones, serán considerados “inferiores” moralmente a los cristianos viejos. Esta apropiación de sentido modificará el concepto de *linaje* y *raza*, ya que lo que era una ley para impedir el acenso social de los conversos, dada por la inexistencia de separaciones físicas muy obvias entre estos y los cristianos “viejos”, en América se va hilando a los conceptos de color y raza (usada en Europa hasta este momento como un concepto negativo, contrapuesto al linaje, pero no con relación al color de la piel). De esta manera los españoles americanos cargaran al concepto de nuevos significados, en una escala donde el color de la piel es muestra del valor de una persona, como forma de mantener su preminencia social, política y económica ante el peligro que veían en el mestizaje. De hecho, como muestra Hering en el texto, el concepto de raza en América causa una somatización genealógica donde el color de piel es muestra del origen, y, por tanto, del valor. Este valor rápidamente entró a significar no solo una conducta diferente sino además unos roles diferentes, a los cuales cada estrato estaba destinado, desde la manera “correcta” de vestir, hablar o bailar, hasta la manera de consumir (el chocolate puro era para los blancos españoles, y las otras castas consumían una versión “impura” mezclada con maíz, por ejemplo).

A pesar de que este texto se aleja de la temporalidad de mi trabajo, lo uso y lo reseño aquí precisamente por sus conclusiones y las maneras en que trata los problemas de la representación en el espacio americano criollo. Desde esta perspectiva el problema del concepto de raza, en este autor, se entiende como la forma en que las construcciones ideológicas se adoptan y se transforman en la medida en que sirven a los sujetos proponentes, nunca de manera clara o definida. A la vez que en un doble movimiento estos conceptos se convierten en sedimento social que pretende determinar no solo las características exteriores, como el color, sino además el comportamiento: para ser de raza blanca, se debe actuar moral, social y económicamente como blanco. Todo esto como una forma de mostrar que la

ideología no solo se queda en el ámbito ideal, sino que trasciende al ámbito material, de *Cuerpos como metáforas políticas*, donde una concepción impuesta y repetida, termina por determinar que la exterioridad del color es también prueba de su moral, de sus ideas y de su “valor” social.

El último texto es *Carrasquilla: Vida, creación e identidad antioqueña* (2016) de Álvaro Pineda Botero⁶². Allí, el autor hace un recorrido por la vida del escritor Tomas Carrasquilla contextualizándolo con la situación del país, de las sociedades intelectuales en las que está inmerso el escritor antioqueño y de la forma en que estas dos esferas condicionan la obra de aquel. Se define entonces a Carrasquilla como un autor que “oye” y “ve” al “pueblo” y que, a través de esta observación, revela una identidad subyacente en este. Pineda, sin embargo, no se queda solo con la descripción que Carrasquilla hace de una identidad, sino que además muestra cómo esta se problematiza en la obra del autor, poniendo en evidencia las críticas y las ambigüedades que se encuentran en su obra (como los problemas de la modernización, las tensiones raciales sublimadas u ocultas, o los problemas de las sociedades urbanas y su simulación de “abolengo”)⁶³ Análisis que lleva a Pineda a mostrar como las tensiones irresueltas, y la misma ambigüedad, configuran al autor antioqueño en uno de los lectores más sagaces de su tiempo, al tener la capacidad de describir una sociedad tanto desde lo que dice, como desde lo que oculta. La investigación concluye con la idea de que Carrasquilla nombra y da una identidad a su sociedad a partir de su observación y sus contradicciones, pero que esta se romperá en los siguientes años con la globalización y la siguiente fase de la modernidad. Lo que nos dejaría, como sociedad, sin un lugar identitario dentro de este nuevo mundo. El reto, entonces, según él es:

*Mantener aquella grandeza con presupuestos diferentes [...] [donde] los ecos de su mensaje perviven en el corazón de este pueblo que requiere conocer su pasado para sobrellevar las avalanchas de la posmodernidad y la globalización.*⁶⁴

⁶² Álvaro Pineda Botero, *Tomas Carrasquilla: Vida, creación e identidad antioqueña* (Medellín: universidad de Antioquia, 2016)

⁶³ Pineda Botero, *Tomas Carrasquilla*, 26, 70 y 230

⁶⁴ Pineda Botero, *Tomas Carrasquilla*, 236

El problema con este texto se puede ver a partir de esta cita. Al no tener una definición clara de los conceptos que utiliza, estos se vuelven ambiguos en sus usos. Tanto se puede entender, en el texto, la identidad como una “naturaleza subyacente”, o como una creación social desde el consenso.⁶⁵ El texto, entonces, cae también, por la falta de un estado del arte y de un marco teórico claro, en los simples temas comunes ya problematizados por la historiografía contemporánea, como por ejemplo: el antagonismo mitificado entre Bogotá y Antioquia, como regiones en conflictos identitarios inmutables; la idea un ámbito “natural” de génesis de identidad, que el autor explora solo desde Carrasquilla, lo que puede ser la causa de esta indeterminación entre las propuestas de este y de Pineda; y una definición histórica desde un contexto simplificado entre la lucha entre liberales y conservadores, que se explica por la falta de citas y fuentes secundarias sobre temas como asociaciones literarias, problemas de la prensa, nuevos análisis de las guerras del siglo XIX, entre otras.

Como conclusión, el texto es muy útil para el desarrollo de esta monografía porque es, a pesar de las faltas, una juiciosa búsqueda y recopilación de la vida del escritor. El libro realiza un excelente trabajo al relacionar y conectar la vida de este escritor con su contexto (social, político, intelectual y económico), mostrando como estas conexiones afectan su aspecto estético, que es el mejor desarrollado desde el texto. La obra, entonces, servirá para establecer el ámbito intelectual inmediato de Carrasquilla, y de cómo este influye en el escritor y su obra.

1.3 Conceptos para la comprensión de la identidad en Antioquia en el siglo XIX:

De acuerdo con el recorrido de fuentes del apartado anterior intentaré definir los problemas y las tendencias recurrentes del tema de las identidades en América Latina, Colombia y Antioquia. Dando al final de cada una de estas tendencias la definición de un concepto. Esto para poder establecer la perspectiva teórica particular que llevará el desarrollo de esta monografía. Antes de desarrollar los conceptos debo aclarar que estos solo son una construcción de mi propia lectura, y que por tanto no son del todo homogéneos, es decir, los

⁶⁵ Pineda Botero, *Tomas Carrasquilla*, 27 y 235

autores no solo caen en las categorías que uso para organizarlos (ya que con regularidad transitan entre estas) sino que la clasificación se hace como herramienta interpretativa para definir los conceptos.

La primera tendencia corresponde a la interpretación de **la llegada del paradigma de la civilización y el progreso**, y los recursos narrativos que la sociedad del siglo XIX usa para imponerlo (como los análisis dialecticos entre *civilización-barbarie*, *ciencia-superstición*, *razas superiores-inferiores*, *geografías saludables-malsanas*). En los textos puedo ver tres tendencias diferentes para explicarlo, no necesariamente excluyentes entre sí, pero donde cada autor se refuerza en una y considera las otras en menor medida:

- **Imposición exterior:** En Antioquia, Colombia y hasta América Latina, el concepto de civilización entrará impuesto desde Europa por medio de expediciones científicas y de viajeros (cómo las de Humboldt o La Condamine), que establecerían los conceptos básicos para la comprensión de los territorios y de sus gentes, conceptos sobre los cuales se construirán las identidades. Esta concepción de valores exteriores no olvida el papel del intelectual “local”, pero lo minimiza al de mero reproductor, que, aunque puede hacer variaciones no tiene control sobre su contenido. Esta postura se puede ver en la obra de Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales* (2010), y en Max Hering. (2011)
- **Relación simbiótica:** En esta propuesta, la entrada de los paradigmas se da en un ámbito de relaciones más o menos igualitarias entre los intelectuales europeos y los americanos. Donde las élites intelectuales americanas van al centro (Europa) para discutir y publicar las teorías sobre su tierra. Lo que termina creando una red de relaciones transatlánticas que modificarían y crearían tanto las concepciones sobre América como sobre Europa. Esta posición es la que se puede ver en el texto de Camilo Escobar Villegas, *Progresar y civilizar* (2009), sobre todo con su concepto de “euro-américa” y, en menor medida, también con Pratt y Hering, que dan cierta validez a la influencia de los sujetos americanos, pero solo desde la mera influencia pasiva, nunca de manera activa.

- **Readaptación:** Desde esta percepción, el concepto de *civilización* se construye a partir de una revaluación particular que les sirve a las élites locales para justificar sus categorías de dominación, inscribiéndolas en el marco mayor del proyecto global del progreso. En este sentido, las racionalizaciones de estas élites se vuelven doblemente performativas, hacia el exterior y el interior, y tienen varios niveles de mistificación, que van desde la creación simbólica no argumentada (para las clases bajas, con el sentido de *pedagogía*) hasta la explicación “científica” como forma simbólica de adición al proyecto europeo. En esta categoría podemos encontrar a las obras de Julio Arias (2007) y Santiago Castro- Gómez (2005), además de, en cierta, medida, la de Escobar, quien, aunque prefiere la relación simbiótica, mantiene los conceptos de doble *Performatividad*.

A partir de este concepto de readaptación, que es el que utilizaremos en este trabajo, llegamos a la segunda tendencia, que son **los niveles de enunciación en los que se despliega la concepción de identidad**, podemos ver dos tipos, que serán los que utilizaré en este texto:

- **Interno:** Como forma de describir e imponer unos valores sobre la sociedad antioqueña que se validan de manera simbólica, en la literatura y el arte, a partir del método de la observación y exposición, supuestamente objetiva de la técnica narrativa del llamado costumbrismo. Tiene, a su vez, dos variantes: Interna, que pretende regular a los habitantes con la imposición de valores, formas de trabajo y expectativas sociales (la creación de un llamado “pueblo antioqueño” útil para la élite); y el interno- externo que excluye a los habitantes de este espacio que no cumplen con los requisitos para pertenecer al “pueblo antioqueño” (como los indígenas y negros habitantes de las fronteras de Antioquia, y que impiden a la élite representarse como modernos). Como tal, este punto tiene que ver con el contenido de la identidad, y no tanto con su explicación, pues se entiende que para el “pueblo” funciona una pedagogía basada en el argumento de autoridad del “científico”, y no tanto en su explicación pormenorizada o en la discusión filosófica con este. Este punto se puede evidenciar en las obras de Arcila Estrada (2006) (que basa todo el artículo en la

creación de esta interioridad) y de Mayor Mora (1989) (donde la pedagogía se enfoca a crear una identidad que responda a las necesidades productivas de las fabricas)

- **Externo:** Como validación de la adherencia al proyecto de modernidad europeo. En el caso de la identidad antioqueña, se enuncia en dos niveles: la exterioridad de la nación, como manera de posicionarse de manera privilegiada en la jerarquía de la identidad nacional, presente en la obra de Arias; y la exterioridad del mundo “moderno”, como una Europa imaginada frente a la cual se muestran progresistas y civilizados, presente en la obra de Escobar y Castro-Gómez. Es en este nivel donde se genera y valida la racionalización sobre la que se explica el contenido, de manera que se puede evidenciar mejor en los tratados eminentemente científicos, y no tanto en los literarios, pese a no ser inexistente en estos.

El tercer análisis que surge de estas lecturas es la cuestión de las **élites intelectuales** como actores principales de esta problemática. En los textos de Escobar, Arias y Castro Gómez, estas aparecen de manera muy homogénea, como un grupo indeterminado de hombres, económicamente fuerte, que se adscriben a un proyecto intelectual como manera de validar su poder. Sin embargo, considero, con Arias, la necesidad de una mejor delimitación que muestre los intereses locales de las élites antioqueñas, de manera que dentro de ellas se pueda trazar ya no solo su dirección intelectual, sino además cómo esta se moldea a partir de las dinámicas económicas que los validan como superiores. Ya que al, final de cuentas, esta identidad que se propone tiene por función la de mantener un sistema de trabajo específico, que beneficia primero a los grandes comerciantes, y luego a los industriales antioqueños.

De acuerdo con esto, el cuarto punto que veo en las fuentes secundarias es **la instrumentalización política de las dinámicas intelectuales de identidad**. Si bien este punto no es tan claro en todos los autores, se puede ver la manera en que la proposición de la identidad pasa por dinámicas de cambios constantes y contingentes que responden a la necesidad de una persona o grupo por representarse. Así, existe un contexto de temas comunes para el planteamiento de estas ideas: la geografía, la raza o la historia, por ejemplo. Estas toman formas específicas que se tienen que explicar tanto con el contexto intelectual en el que se crean, como en las condiciones particulares de sus autores. Tal y como lo hace

Arias en su problematización histórica y cambiante de la identidad antioqueña frente a una élite central santafereña. No hacer esta aclaración nos llevaría a una generalización del proceso que solo propendería a la naturalización abstracta de una dinámica que se crea y reproduce de manera limpia y creciente; sin contradicciones ni ambigüedades.

La última dinámica, y directamente opuesta a la anterior, es **la del proceso de cristalización de esta identidad en el tiempo**. Si bien, como lo mencionaba, la identidad tiene un aspecto localizado y cambiante, no se debe ignorar que su proposición tiene un proceso de creación, reevaluación y reproducción que la lleva, de una simple proposición personal, a ser una herramienta simbólica eficiente en producir y reproducir un tipo de sociedad y sus formas de relación social. En este punto es invaluable el trabajo de Escobar y la forma como en su texto la identidad pasa de ser una postulación más o menos abstracta a mitades del siglo XIX, a un complejo aparato institucional a principios del siglo XX. Al igual que con el apartado anterior, la advertencia es que, sin un análisis progresivo de estas dinámicas, este puede caer en la simple nominación de acontecimientos individuales, desconectados entre sí, y que, basados en una individualidad absoluta, no permiten ninguna construcción del conocimiento.

Como síntesis hasta este punto, las representaciones identitarias en el espacio antioqueño del siglo XIX se entienden, entonces, desde: **1-La readaptación**, porque es una relación que se establece con *otredades*, donde los intelectuales antioqueños harán su vinculación con el proyecto moderno europeo y con el proyecto nacional colombiano, desde la variación y comparación de sus propias circunstancias con las externas, pero sin que por esto se desvinculen de la modernidad europea. **2- Dos niveles de representación**, porque intenta justificar la posición de las élites como únicos mediadores modernos, tanto para solidificar su preminencia en la sociedad antioqueña, como para adherirse y posicionarse en una modernidad exterior, colombiana y europea. **3- Una élite intelectual**, porque estas representaciones surgen de las relaciones sociales que se plantean entre las élites económicas y políticas de las diferentes regiones del país, y de cómo la sumatoria de estas relaciones dará como resultado un grupo de intelectuales dedicados a promover estas representaciones, como dinámica fundamental para la reproducción de la Élite y sus privilegios. **4- Lo cambiante**, porque las representaciones de identidad en Antioquia se modifican constantemente de

acuerdo con las circunstancias de las relaciones de las élites y su relación con el *horizonte de espera y espacio de experiencia* (ver apartado 1.1.4 sujeto, utopía y lenguaje). Es decir, se generan propuestas de *ser* moderno en la *antioqueñidad*, que se modifican en el tiempo de acuerdo con el éxito de estas propuestas por acercar la realidad antioqueña a la modernidad europea. Expectativa que, por demás, nunca se puede cumplir por estar Antioquia en el espacio colonizado de modernizaciones *parciales*, acentuando la dinámica de estos cambios. **5-Lo continuo**, porque, a pesar de que se modifica en el tiempo, las representaciones identitarias mantienen un proceso de construcción que nunca se genera desde cero, sino que se reevalúa a partir de tanto, las experiencias del pasado, como con los otros casos de modernizaciones parciales (ver apartado 1.1.5 Política e identidad). Además de estar firmemente ancladas en el *horizonte de espera* de la modernidad europea, y posteriormente, europea-estadounidense, a pesar de que estas también cambian constantemente.

1.4 La literatura y la identidad:

La elección de la literatura como fuente primaria de esta monografía debe ser explicada para poder entender cómo se usará esta en el texto, el apartado intentará explicar esta dinámica. En primer lugar, la identidad como una representación social necesita de unas concreciones materiales que la desplieguen y la fijen en la sociedad. Este instrumento que fija la representación lo define Henri Lefebvre como la *obra*:

En efecto, trataremos de mostrar que es en la obra donde se resuelve la problemática de la representación. ¿Por qué no comenzar por la obra en vez de comenzar por la representación, puesto que ambos conceptos están asociados como lo mostraremos ulteriormente? Estos dos incipit se proponen; cada uno de ellos tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La obra esclarece las representaciones porque las atraviesa, las utiliza y las supera. La representación esclarece la obra porque es necesaria y no suficiente, superficial, es decir definida sobre y por una superficie, remitiendo a la práctica, a la producción, a la creación.⁶⁶

La obra, desde el pensamiento de Lefebvre, se convierte entonces en un momento dialéctico que transforma la dinámica lingüística y cambiante de la representación en una presencia fija, y en su definición estarían contenidas todas las creaciones que una sociedad materializa para

⁶⁶ Henri Lefebvre, *La presencia y la ausencia.*, 30

dejar patente su identidad: como lo es la literatura, el arte, la arquitectura, la música o la ciudad misma. Obra y representación, además, no serían categorías que se puedan plantear de manera separada, sino que como *incipits* (comienzos) ambas, estarían ligadas en una dinámica de necesidad y construcción mutua que impide las relaciones causales jerárquicas entre estas. Estarían entonces en un juego constante entre lo cambiante de lo que una sociedad dice sobre sí misma (su identidad cotidiana) y la concreción de estas ideas en materia fija (las *obras* representantes de esta identidad). La literatura, entonces, como obra de la representación de la identidad, me sirve para mostrar cómo en la medida en que se modifican todas las relaciones dentro de la región Antioqueña, se van creando unos estereotipos fijos que se volverán materia sujeta a una repetición constante, como arquetipos desde los cuales la representación identitaria se asienta y se perpetua en la práctica cotidiana.

Desde este primer momento, de la obra literaria en su relación dialéctica con la identidad cotidiana, surge entonces un segundo problema de esta fuente, el de la relación del autor con la sociedad que fija con sus obras, y del tipo de relaciones de poder que esta operación tiende a eternizar. Sobre la autoridad del autor, y la validación de la obra en medio de las relaciones de poder de una sociedad, Foucault menciona:

un nombre de autor no es simplemente un elemento en un discurso (que puede ser sujeto o complemento, que puede ser sustituido por un pronombre, etc.); ejerce un cierto papel respecto de los discursos: asegura una función clasificadora; un nombre determinado permite reagrupar un cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros [...] Finalmente, el nombre de autor funciona para caracterizar un cierto modo de ser del discurso: para un discurso, el hecho de tener un nombre de autor, el hecho de que pueda decirse que «esto ha sido escrito por fulano», o que «fulano es su autor», indica que este discurso no es una palabra cotidiana, indiferente, una palabra que se va, que flota y pasa, una palabra inmediatamente consumible, sino que se trata de una palabra que debe ser recibida de un cierto modo y que debe recibir, en una cultura dada, un cierto estatuto [...] La función autor es pues característica del modo de existencia, de circulación y de funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad.⁶⁷

⁶⁷ Michel Foucault. *¿Qué es un autor?* (Buenos Aires: elsemanario.com.ar, 2005),30

La relación, entonces, del autor con la sociedad se modifica en la medida en que este adquiere el estatus de autor y de manera retrospectiva, sus escritos adquieren la calidad de *obra*. Al punto que esta última se vuelve una referencia inescapable del tema que trabajó o del *estilo* o *escuela* en el que es agrupado. El autor como actor social, y no como individuo privado, se convierte en el rector futuro de las ideas que se extrapolan de su obra, de manera que sus escritos quedan regidos por un *ámbito disciplinar*, que separa estos del ámbito del discurso cotidiano. Pasando por este filtro, la relación *autor-obra- sociedad* contiene una dimensión histórica diferente, ya que no solo es una imagen de la cultura en la que nace, sino que también puede usarse para modificar esta, como representaciones en construcción. En el caso de los discursos identitarios del siglo XIX en Antioquia, esta relación social entre *autor-obra- sociedad*, está enmarcada con el surgimiento y expansión de una **élite intelectual**, como ámbito disciplinar de una clase social que se adjudica la posibilidad de representar la modernidad de manera exclusiva, desde la cual los discursos emanan *validados*, no por su contenido, sino por su vinculación y acceso a las redes intelectuales de difusión, como periódicos, revistas y libros.

En este uso político, la literatura se convierte en herramienta de cambio que puede ser usada por estas élites intelectuales en capacidad de apropiársela, tanto para resolver como para justificar sus posiciones sociales y sus tensiones. Tal como lo muestra Raymond Williams en su libro *El campo y la ciudad*, donde se ve como la posición individual de una obra es evidencia, no del genio creador individual, ni de una revelación *natural*, sino de una relación que se establece entre grupos sociales en pugna. Como el mismo Williams refiere para el caso de la literatura inglesa del siglo XVI, en la dicotomía campo-ciudad:

Pero en ningún momento debemos necesariamente aceptar este contraste ciudad-campo en su valor aparente. Porque en las transacciones lo esencial es determinar quién era, después de todo, aquel que llegaba desde el campo. No se trataba del labriego ni del granjero; el hambre de sus familias los mantenía en la campiña. Quienes llegaban a pactar sus necesarios negocios eran el terrateniente y su hijo, con una buena dote, la esposa del terrateniente y su hija con posibilidad de conseguir un buen partido. Cuando se los estafaba o se los timaba o se convertían en objeto de burla por no estar a la moda y cuando, en respuesta, de regreso a

*casa, elevaban sus valores morales de clara y sencilla honestidad, podemos comprender el punto de vista y compartir los sentimientos de esas personas más allá de las formas*⁶⁸

A pesar, entonces, de la apariencia *universal* de las utopías o las críticas que se plantean en la literatura estas responden más a las posiciones sociales de sus autores y sus interacciones con sus contextos, en los que se proyectan nuevos mundos que los benefician para aumentar su prestigio social y reforzar la posición de la que provienen (en el caso de algunas utopías), o que imaginan catástrofes y degeneraciones como forma de proteger y mantener su dominio y posición social (es el caso de las distopías y de las críticas morales que apelan a la tradición y a una pasada “edad de oro”). De esto se deduce que cualquier creación humana, incluida aquí la literatura, está inmersa en una posición específica de poder que no se debe ignorar cuando se trata de hacer una revisión histórica. Amarrado a esto, el concepto mismo de literatura, como lo define Williams, está, en un principio, relacionado con la capacidad de leer y escribir, lo que, para antes del siglo XX, significa la monopolización de la Élite de estos instrumentos de representación, ya que las bajas tasas de alfabetismo excluían al resto de la sociedad.⁶⁹

Es este aspecto político el que le da la capacidad a las obras literarias de mostrar las diferencias en dos de los problemas principales de la identidad antioqueña, la **readaptación** y la **representación a dos niveles**. En el primer aspecto, **la readaptación**, la capacidad sintética y *universal* de estas obras literarias les permite a las élites intelectuales integrar sus propios contextos con las ideas de la modernidad europea de una forma narrativa, donde la función de la obra sería *probar* las posibilidades modernas del contexto antioqueño. En tanto al segundo punto, **la representación a dos niveles**, las mismas relaciones sociales en las que se crea la obra literaria, con su contexto y con la intención de modificarlo, le da la capacidad de justificar tanto la preminencia de las élites intelectuales dentro de su sociedad para organizarla, dominarla y proyectarla, como la de determinar su posición, o identidad, hacia el exterior frente a otras representaciones sociales modernas con las que se compara, que en

⁶⁸ Raymond Williams. *El campo y la ciudad* (Argentina: Ed. Paidós, 2001), 83-84

⁶⁹ Raymond Williams. *Marxismo y literatura* (Barcelona: Ed. Península, 2000), 61

el caso antioqueño se pueden entender en el nivel de lo nacional, lo americano y, finalmente, lo europeo.

La literatura sería entonces una relación social que condensa y sintetiza el contexto en el que está inmerso su autor. De esta manera, en el paso de esta síntesis las relaciones sociales que dan la posibilidad de su creación serán desdibujadas y reducidas en la *ficción- narrativa de la obra*, entendida esta como la estructura cosmogónica que engloba y pone en función a todos los elementos que el autor introduce. En este despliegue cosmogónico todo funciona de manera *armónica* y las contradicciones y problemas se resolverían de manera exitosa, como *prueba* (ficticia) de la capacidad moderna de las sociedades. Desde esta perspectiva, la obra literaria se convierte en una herramienta que sirve para ocultar las relaciones de explotación y dominación, y que, a su vez, reemplaza el análisis de estas relaciones por ficciones de *naturaleza humana* que no hacen sino validar la posición de las personas habilitadas para usar el instrumento literario (las élites intelectuales), glorificando así las nuevas maneras de explotación:

Siguiendo la suerte corrida por los intereses dominantes a lo largo de estos siglos, advertimos que se trata de una historia de crecimiento y logros, pero, para la mayor parte de los hombres, solo se trató de la sustitución de una forma de dominación por otra: el orden feudal mistificado fue reemplazado por un orden capitalista agrario igualmente mistificado, con la suficiente continuidad en los títulos y en los símbolos de autoridad, en las sucesivas composiciones de un “orden natural”, como para acentuar la confusión y el control.⁷⁰

Este cambio representacional contenido en la literatura, como resignificación y readaptación de las jerarquías, da las claves para ver las dos últimas categorías de la identidad en Antioquia: **lo cambiante** y **lo continuo**. La obra literaria en Antioquia es **cambiante** en tanto sus contenidos varían y se modifican de acuerdo con las situaciones de las élites y su posición en el contexto global. De manera que, mientras los intereses, antagonismos y contradicciones de las élites (políticas, económicas e intelectuales) se modifican en el periodo del siglo XIX, su juicio entre *horizonte de espera* y *espacio de experiencia* se va modificando, y con estas modificaciones se crean nuevas representaciones literarias de *ser* moderno, inscritas en el

⁷⁰ Williams, *el campo y la ciudad*, 68

proceso constante de *llegar a ser*. Proceso que será evidente en el cambio de las representaciones entre los intelectuales de 1845 a los de 1880 (como se mostrará en los capítulos II y III). Como lo menciona Gramsci para el caso de la literatura nacionalista italiana:

En realidad, cada uno [de los estilos literarios] tiende, aunque sea a su modo, a crearse un carácter, a dominar ciertos impulsos e instintos, a adquirir ciertas formas “sociales” [...] Lo “que se es realmente” sería el conjunto de los impulsos e instintos animalescos y aquello que se trata de parecer es el “modelo” social, cultural, de una cierta época histórica, que se trata de lograr. Me parece que lo “que se es realmente” está dado por la lucha de transformarse en aquello en que se quiere llegar a ser.⁷¹

Esta lucha constante para convertirse en lo *que se quiere llegar a ser* sería la dinámica más evidente de lo cambiante de estas representaciones literarias, como síntesis episódicas de contextos específicos que determinan *naturalezas* (*instintos animalescos* en palabras de Gramsci) dadas para transformar sus sociedades. Estas síntesis episódicas nunca serían finales. Sin embargo, si serían representativas de un proyecto continuo mayor, el de *llegar a ser*, que en el caso de la literatura antioqueña del siglo XIX es *llegar a ser moderno*, lo que nos lleva a última categoría. En esta literatura **la continuidad** sería el proyecto unificador de *ser moderno*, que se modifica constantemente en sus versiones particulares, pero que mantiene la guía constante de Europa como modelo a imitar, de acuerdo a las posibilidades locales, mediadas por la **readaptación**.

La lectura de la literatura, como fuente, no debería caer en el análisis del texto por sí mismo. Como se menciona en los párrafos anteriores, en esta opera una sustitución de los vínculos sociales en los que se crea por una ficción narrativa que muchas veces los desdobra o los borra. La obra literaria se debe leer, en el trabajo histórico, como una inversión del proceso que esta crea; es decir, si el texto literario sintetiza, suplanta y simplifica el mundo, el trabajo histórico deberá recorrer el camino inverso, ampliando, restituyendo y problematizando el contexto del que nace la obra. Sin esta operación, el análisis de los textos cae en la *naturalización* continua del contenido de la obra, que en el caso de la identidad en Antioquia

⁷¹ Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional* (Argentina: Editorial Lautaro, 1961), 69

es seguir validando una *verdadera naturaleza de los antioqueños* como prisión de los destinos de la región, sin llegar nunca a comprender el proceso por el cual se crean estas representaciones.

El siguiente capítulo iniciara entonces por plantear cómo se desarrollarán estas cinco categorías en el caso de la identidad antioqueña, desde 1845 a 1880, y de cómo estos procesos se sintetizan en las obras literarias de los autores antioqueños. Este momento se analiza desde el inicio del proyecto de transformación republicano conocido como las *reformas radicales de medio siglo*, que plantearán un marco nuevo de reestructuración conceptual de todo el estado neogranadino. Para poder empezar a este planteamiento, y como enlace con la discusión teórica que se lleva hasta el momento, el capítulo comienza con la localización y justificación de dos *otredades* o *alteridades* que serán fundamentales para el desarrollo de este tema.

Capítulo II: Antioquia en el periodo del liberalismo Radical 1845-1880

La identidad no solo requiere una nominación de unos aspectos asumidos, sino además unos sujetos imaginados sobre los cuales reflejarse, los *otros*. Estos cumplen la función de reafirmar los valores considerados *normales* en una sociedad, frente a los *otros* que son considerados *anormales*. Para 1845, en Antioquia, esta *otredad anormal* toma forma a partir

de las reflexiones de los letrados, en dos *fronteras*: la primera es el tiempo, es decir, contra los antioqueños de las generaciones anteriores estos escritores trazan una línea que los define de forma diferente, como una manera de distanciarse, tanto del legado colonial, como de los fracasos de la primera época republicana de los próceres (situaciones, ambas, que se explican más adelante en el capítulo). Frente a este último caso, el de los próceres ilustrados, la distancia que se trazaba era bien clara. En 1809 Antioquia era una provincia atrasada, sin mayor relevancia, y que solo producía oro, dejando solo una inflación y atraso material constante, comparado con otras regiones más prosperas del virreinato. Como lo menciona José Manuel Restrepo:

Las [riquezas] que producen las minas no deslumbran al ciudadano juicioso. Ningún pueblo ha conseguido con la explotación de los metales sino es una efímera prosperidad... Por el contrario la Inglaterra, y la Holanda han sido las naciones mas ricas de la Europa sostenidas únicamente por su agricultura, sus artes y su comercio: estos son los verdaderos manantiales de la prosperidad: y estas los que deben cultivar las naciones que pretenden figurar en el sistema político del mundo [...] La prosperidad de Antioquia ha venido de la agricultura unida con las minas: Estas han hecho veces del comercio externo, y aquella há suministrado al minero viveres abundantes, y á buen precio. Sin embargo si los moradores de este país conocen sus verdaderos intereses, diariamente irán abandonando el trabajo de las minas, y en entregándose al cultivo de los campos. Aquellas se han retirado ya mucho de las poblaciones: ya las abundantes de metal que existen [sic] en las selvas mas remotas, y en climas enemigos de la salud del hombre.⁷²

Esta primera propuesta de modernización hecha por un antioqueño contrastará fuertemente con la de 50 años después, cuando Juan de Dios Restrepo (bajo el seudónimo de Emiro Kastos), escriba sobre el mismo tema:

La industria minera, con todas las dificultades de una infancia lánguida i enfermiza, como la que ha tenido hasta el presente; entregada al empirismo i la ignorancia, hostilizada por la chicana, por la falta de espíritu de asociación, por las usuras fabulosas que han pesado sobre

⁷² José Manuel Restrepo, “Sobre la Geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia en el Nuevo Reyno de Granada”, Publicada en *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Núm. 9, Santafé 5 de marzo de 1809

ella; la industria minera, decimos, luchando con semejantes dificultades ha podido siempre saldar las cuentas del comercio i la agricultura i aumentar la prosperidad pública: esta industria, tomada en conjunto, ha dejado grandes beneficios, pues es la única que hai entre nosotros en que se crien valores de alguna consideración; i hoy la provincia es inmensamente mas rica que lo era hace cincuenta años [...]Bajo el punto de vista de la riqueza hai dos mundos en Antioquia: uno exterior, donde existen una mediana agricultura, un comercio sin importancia, industria sin porvenir; i otro subterráneo, misterioso, casi desconocido, donde duermen esperando el trabajo i la ciencia ricos i variados metales, mundo que tiene un porvenir incalculable y maravilloso.⁷³

Las mismas condiciones que para Restrepo son factores que condenan al *atraso*, para Kastos son la única posibilidad de desarrollo. ¿Cómo se explica esta divergencia de posiciones entre una generación y otra? La respuesta tiene que ver con la segunda *otredad*, y con la intención general del capítulo. Esta segunda frontera es el exterior contemporáneo de las representaciones de nación, desde las cuales, Antioquia hace parte de la idea de *Colombianidad*, como identidad subordinada dentro del proyecto de construcción nacional. Proyecto que emana Bogotá, y que se convierte en una dinámica de constante contraste en todas las interacciones políticas, económicas y sociales entre la región antioqueña y la capital.⁷⁴ Dentro de estas dos *otredades* la *antioqueñidad* se configura, para este periodo, bajo una relación combativa que quiere siempre ser prueba de su propia excepcionalidad frente a la imposición de una representación central como la de la colombianidad. Como lo menciona Arias Vanegas:

La diferencia regional ha sido un escenario de lucha y posicionamiento identitario en el marco de lo nacional. Ello se hizo evidente en la discusión que sostuvieron Kastos y Santander. El primero descalificaba a los santafereños por su raizalismo, es decir, su apego y limitación a la tierra que los vio nacer, a las raíces y a los abolengos, un apego que les impedía movilizarse y trabajar. Santander respondió con fuerza a Kastos tachándolo de antioqueño provinciano,

⁷³ Emiro Kastos, “Industria minera- Antioquia (Colombia)”, en *Estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856*, de Emiro Kastos, Camilo A. Echeverri y Manuel Uribe Ángel (Medellín: Fondo editorial universitario EAFIT, 2007), 58-60

⁷⁴ Situación que no es exclusiva de las relaciones entre Antioquia y Bogotá, sino que también se da entre todas las regiones del país y las formas como se empiezan a representar para mediados del siglo XIX. En este texto, sin embargo, solo me concentro en esta relación específica.

*de acuerdo con la conocida caracterización de los antioqueños como labriegos y campesinos. Lo provinciano entraba en oposición con el ciudadano santafereño de refinadas costumbres y de talentos ajenos al trabajo físico. Al igual que Santander, otros letrados describían a los antioqueños como conflictivos, agresivos y en extremo apasionados, rasgos que eran contrarios a su supuesta moralidad. Los antioqueños Kastos y Uribe afirmaban que la pasión era justamente un rasgo importante, motor del dinamismo antioqueño. Esta disputa no puede pasar por anecdótica; en ella se revela el deseo de los antioqueños de posicionarse en un orden nacional en emergencia, en el que la prosperidad material y moral, el trabajo, la colonización, el comercio y el dinamismo eran centrales.*⁷⁵

La relación entonces entre este *orden nacional emergente* y su relación con el surgimiento de la *antioqueñidad* será el tema de este capítulo: ya como forma de mostrar la configuración de esta identidad dentro de las dinámicas, tanto internas de su propio tránsito por el siglo XIX, como externas de su relación con las otras identidades que empiezan a surgir en este periodo; ya como un problema del establecimiento de lo *normal* contrapuesto a lo *anormal*. Siguiendo este orden de ideas, el capítulo estará dividido en tres partes, la primera establece el contexto económico, político y social de este periodo y los problemas de las divergencias entre el caso antioqueño y el bogotano. La segunda parte plantea las relaciones sociales de los intelectuales de esta generación, sus proyectos de *antioqueñidad* y colombianidad, y las maneras como estas alteridades contextuales empiezan a generar diferencias en cada discurso. Por último, la tercera analiza la manera como se validan estos discursos como *científicos* y *modernos* por medio del instrumento de la literatura, y los contenidos específicos de estas representaciones en las obras de autores, tanto bogotanos como antioqueños. Todo esto de manera que se pueda establecer cómo se empiezan a perfilar estas representaciones como estereotipos de las regiones, y como estas representaciones empiezan a determinar la interacción y enfrentamiento de esta región con la capital (bajo la idea de *naturalezas* en conflicto).

En tanto a las fuentes específicas del capítulo, uso la literatura como medio y fin, y para tal efecto, las obras de los escritores colombianos de esta época que se inscriben activamente en

⁷⁵ Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*, 113

el proyecto de *las reformas radicales de medio siglo*. Como es el caso de José María Samper (1828-1888), hijo de un comerciante de Villeta, y cuya familia ocupó (y ocupa) durante mucho tiempo un puesto predominante en las letras y la política de la capital. Desde su obra *Florencio Conde* (1867) se analizarán las representaciones de modernidad de la capital, ya que en esta se logra una síntesis importante de las aspiraciones y proyectos del programa liberal de medio siglo en Bogotá. Desde la perspectiva antioqueña, uso a dos autores Emiro Kastos (1825-1888) y Manuel Uribe Ángel (1822-1904), dándole preferencia al primero por sus inclinaciones más literarias. En el canon de estos dos autores no hay grandes obras literarias totales sobre Antioquia (como se puede considerar la obra de Samper), por lo que se usan elementos como artículos, cuentos y discusiones para poder trazar el universo fragmentado pero coherente de la cosmogonía identitaria antioqueña de este periodo. La tercera obra, *María* (1867), de Jorge Issacs (1837-1895), la uso para complementar la relación de representaciones entre las dos regiones, ya que su autor, aunque siendo caucano, tiene visiones de la *antioqueñidad* y de la *nacionalidad* que nos muestran cómo se da este proceso de configuración. Además de ser un recordatorio de que esta relación no es exclusiva entre Antioquia y Bogotá, y que en el universo de representaciones nacionales existen otras relaciones (como Bogotanos-Caucanos o Antioqueños-Caucanos, solo por mencionar algunas), que en esta monografía no se trabajan, pero que por lo menos se reconocen.

2.1 La República y Antioquia:

En el ámbito económico la situación del país para 1845 era muy precaria. El empréstito inglés de 1820, renegociado dos veces en 1822 y 1824, y las rupturas del monopolio colonial (donde las colonias españolas solo podían negociar directamente con España, y ni siquiera entre ellas), hicieron que el periodo inmediatamente posterior a la independencia fuera de grandes cambios económicos. Se abrieron los mercados, y la libra esterlina se impuso como patrón de referencia comercial para todas las transacciones exteriores del país. Esto significó, ante la falta de instituciones bancarias propias y de patrones de equivalencia bien definidos, que

el oro se convirtió en la única moneda válida, tanto para las transacciones interiores, como para las negociaciones e importaciones con el exterior.⁷⁶

Para la región antioqueña, esta situación marcó una preminencia inmediata en las relaciones económicas del país. Si bien esta había sido una zona pobre y marginada hasta finales del siglo XVIII, siempre tuvo una riqueza monetaria (en oro en polvo) que hacía que tuviera:

*un nivel de costos, de todas clases, más alto que las otras provincias. Si los antioqueños eran pobres, eran pobres a un nivel monetario muy superior a la pobreza de los campesinos del oriente. Para el bajo pueblo quizás esta diferencia no tendría importancia, porque los costos siempre tendían a absorber los sueldos. Pero alguien que lograra acumular un capital en este alto nivel monetario tendría un poder económico muy grande en las otras regiones con niveles más bajos*⁷⁷

El paso al libre mercado y la ruptura con los monopolios coloniales dio a los capitales acumulados en oro de Antioquia la salida para desplegarse económicamente por todo el país.⁷⁸ Para 1850 esto se consolidó en dos dinámicas principales; por un lado, los capitalistas antioqueños se convirtieron en los primeros importadores importantes, pues su acceso, casi monopolístico, al oro⁷⁹ les permitió entrar a la importación de mercancías europeas y las redes comerciales con mucha facilidad. Primero con viajes constantes a la isla de Jamaica⁸⁰, y, después de 1850, con Europa directamente.⁸¹ Por otro, los capitalistas antioqueños se convirtieron en los inversores de casi todas las empresas económicas del país, necesitadas en las nuevas circunstancias del siglo XIX de modernizaciones importantes para poder ser

⁷⁶ Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia*. (Bogotá: El Ancora editores, 2001), 108-111

⁷⁷ Frank Safford. «Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano. Un examen crítico de las tesis de Everett Hagen.» En *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* (Bogotá: Universidad nacional de Colombia, 1965):63

⁷⁸ Por una clase de comerciantes “*rescatantes de minerales*” que recibía el oro de los mineros y se encargaba de proveerles las mercancías e implementos necesarios para el desarrollo de esta actividad. Gabriel Poveda Ramos. “Minas y mineros de Antioquia.”, en *Memoria del simposio. Los estudios regionales en Colombia: El caso de Antioquia* (Medellín: FAES, 1982):.42

⁷⁹ Ya que la región antioqueña produjo el 63% de todo el oro colombiano extraído durante el siglo XIX. Frank Safford. *Significación de los antioqueños*. 60

⁸⁰ Donde no solo iban a comerciar, sino que además varios de ellos recibieron educación en la isla, como es el caso de Carlos Corolario Amador (uno de los más ricos comerciantes del país en el siglo XIX) y Luciano Restrepo Escobar (gobernador del estado de Antioquia). Juan Camilo Escobar, *Progresar y Civilizar*, 75

⁸¹ Ann Twinam, *Mineros, comerciantes y labradores en Antioquia. 1763-1810* (Colombia: FAES, 1985), 240

competitivas. Por ejemplo, para 1852, inversores antioqueños controlaban las dos terceras partes del tabaco en Ambalema, quizás una de las industrias más productivas del país para el periodo. Fundaron, además, los primeros bancos comerciales, eran los únicos capaces de competir con las casas importadoras inglesas, y fungían como prestamistas cuando el gobierno central necesitaba fondos, como fueron los empréstitos de Francisco de Paula Santander en 1820, o de Tomás Cipriano de Mosquera en 1862. Como lo resume Safford:

*Los únicos que tenían recursos grandes y líquidos eran los antioqueños. Estos recursos líquidos les permitieron dominar todas las actividades económicas mayores, o directamente por inversión o indirectamente por vía de préstamos.*⁸²

Desde esta preminencia económica, entonces, no es de extrañar que, desde principios del siglo XIX, la imagen del antioqueño haya estado anclada a la controversia: entre el desprecio y la alabanza. Siendo esta élite comercial antioqueña la regidora de los destinos económicos del país, su percepción se polemizó rápidamente, y, como lo menciona Safford, ya para mediados de siglo la leyenda del antioqueño como judío era un lugar común: tanto como reconocimiento de su pericia comercial, como desprecio por su desalmada ansia de ganancias.⁸³

En tanto el ámbito político, la revolución de Independencia dejó a los países latinoamericanos en una situación política también precaria. Si bien ven la necesidad de reformar las instituciones con miras de crear un estado moderno, por otro lado, se encuentran con el problema de tener que validar su posición social en este nuevo sistema (democrático y representativo en teoría) sin la capacidad ya de utilizar los argumentos de *castas* basados en el valor de la sangre. A diferencia de las élites burguesas europeas, cuya posición se validaba en la riqueza como prueba de una superioridad individual, del hombre *que se hace así mismo*, las élites criollas no tenían el poder económico para hacer esta diferenciación tan patente. Esta imposibilidad de trasladar los modelos políticos de forma exacta (de Europa a América) llevará a las primeras republicas a procesos de *readaptación* y *mediación* en los que se

⁸² Safford, *Significación de los antioqueños*, 65

⁸³ Safford, *Significación de los antioqueños*, 67

intentará conciliar el modelo de estado europeo con las necesidades específicas de las élites locales.

Para 1850 en la República de la Nueva Granada se da una explosión en estos procesos. Los primeros intentos republicanos habían fracasado: la liberación de los esclavos no había ocurrido aun, la educación seguía estando amarrada al clero, la gran Colombia se había fragmentado y el ideal del *progreso* no se veía realizado. Surge entonces una generación de jóvenes, criados ya en la república independiente e hijos de los artífices de la independencia, que decidirá renovar las instituciones republicanas con el fin de realizar esas promesas de la revolución. Como lo expresa Florentino González⁸⁴ en 1838:

*Tiempo es ya que el fanatismo y la aristocracia, concentrando sus fuerzas en una capital en que se reúnen alrededor de un gobierno central todos los que aspiran a dominar sobre las ruinas de la libertad y del bienestar social, dejen de ejercer un funesto influjo sobre la suerte de este país, que si no retrograda, se mantiene estacionario, porque las provincias carecen de una autoridad propia que haga fructificar los gérmenes fecundos de su prosperidad [...] Caminamos bajo el centralismo a la esclavitud, porque no hay contrapeso para una autoridad que nombra y remueve empleados hasta en las últimas secciones del territorio; que encuentra por lo mismo agentes sumisos para sus designios, y que pone en manos de un hombre ambicioso los medios para llevar a cabo cualquier empresa liberticida.*⁸⁵

El sentido mesiánico de la cita, junto con la frustración de un sistema republicano que no logra cumplir las expectativas de una *modernidad europea*, caracterizarán a esta generación de jóvenes liberales, conocidos como los *radicales*.⁸⁶ Estas élites liberales finalmente efectuarán sus reformas hacia el federalismo en 1853, con el gobierno de José Hilario López, y se consolidarán en la constitución de Rionegro de 1863, presidida por Tomás Cipriano de

⁸⁴ Florentino González (1805-1875) fue un abogado, político y escritor del periodo de transición entre la primera república de los próceres, desde 1820, hacia el periodo de las reformas radicales de medio siglo en 1845. Sería el arquitecto ideológico de las reformas constitucionales de 1853 y 1863, de donde deriva su absoluto compromiso con las teorías librecambistas inglesas. Además, en su papel como profesor del colegio del Rosario en Bogotá, influenciaron el pensamiento de los escritores de la generación liberal, y sus ideas se pueden encontrar en las obras de José María Samper, Emiro Kastos y Uribe Ángel.

⁸⁵ Florentino González, *Escritos políticos, jurídicos y económicos* (Bogotá: ICC, 1981), 389-390

⁸⁶ Y no deja de ser irónico que esta misma estructura de discurso mesiánico estará también presente en los impulsores de la regeneración, para 1880, quienes postulaban que el atraso del país era causado por un sistema federal que promovía el caos.

Mosquera. Los cambios efectuados por estas reformas se pueden sintetizar en cuatro puntos, que trabajo según la obra del abogado Lázaro Mejía Arango:

- 1. Federalismo:** El régimen liberal impuso una fuerte descentralización que se concentró en dar a las provincias una autonomía superior a la fuerza del gobierno central. Detrás de esta delegación estaba la idea de que los gobiernos provinciales, liberados del “yugo” del gobierno central, podían concentrar mejor sus recursos y esfuerzos para su desarrollo particular. En la teoría liberal, esto llevaría a un mejoramiento de la unión, que se encargaría de velar por la seguridad exterior y la coexistencia entre las provincias. Este federalismo se dio en dos fases: para 1853, se descentralizaron las rentas y los gastos, dando a las provincias mayor autonomía presupuestaria; y para 1863, esta descentralización incluyó, además, a las instituciones (como la educación, las alcaldías y consejos municipales) y la legislación local, lo que *de facto* daba a los nuevos estados federados calidad de entes independientes.
- 2. Derechos individuales:** De acuerdo con el pensamiento laissezferista de mediados de siglo,⁸⁷ las reformas liberales llevaron a cabo una reducción del estado en asuntos que se consideraban *ámbitos privados*, regulados por una “naturaleza humana” presupuesta, donde el egoísmo individual actúa a favor de la sociedad como un todo. Esto significó la postulación de varios derechos como inherentes a todos los habitantes de la república, y se pueden sintetizar en estas posiciones: 1. Liberación de los esclavos (como una de las *deudas* más emblemáticas que la generación independiente le debía a la nación) 2. Libertad de imprenta (que se veía como un remanente de una sociedad colonial por censurar las ideas ilustradas) 3. Libertad de cultos y de asociación (como un factor indispensable para la modernización de una élite que quería construir un estado racional y laico) 4. Extinción de monopolios (especialmente el del tabaco) y libre cambio (como la necesaria salida para la

⁸⁷ Planteado desde la teoría librecambista de Adam Smith, plantea que el estado no debe intervenir en ningún asunto, económico o social de la población, ya que supone que el egoísmo *natural* del hombre individual actúa a favor de la sociedad como un todo. Este pensamiento se sintetiza en la frase: *laissez faire, laissez passer*; que traduce, *dejar hacer, dejar pasar*.

participación de la economía neogranadina con la global, además de ser percibidos como remanentes coloniales).

- 3. Preminencia del poder legislativo sobre el ejecutivo:** Donde el ejecutivo se veía como una figura extremadamente poderosa y polemizada, capaz de girar los destinos de la nación a voluntad. Contra esta *tiranía* omnipotente se levanta un poder legislativo anclado en lo regional y una forma de representación más directa; que se veía como una forma más *natural* de gobierno y asociación, tanto porque atendía a sus circunstancias particulares (las provinciales), como porque se ocupaba de las materias útiles, dejando a un lado la polémica política. Como lo menciona Florentino González:

En las pequeñas naciones de una confederación, la sociedad entera vela sobre si misma, y el espíritu de mejora penetra hasta en los mínimos pormenores[...] El mando, si tiene ahí atractivos, es solamente porque pone al hombre en estado de llevar a su término las empresas y mejoras materiales que ha meditado [...] La legislatura no se ocupa sino de objetos de utilidad tangible, y sabiendo sus miembros que el congreso general y el presidente de la confederación debe mantener segura la nación... los canales, los caminos, la instrucción, la policía que conserva la moral pública, la legislación civil y penal los ocupan en tareas de una utilidad incontestable.⁸⁸

- 4. Anticlericalismo:** Esta se caracterizaba, no por estar en contra de la creencia religiosa, sino que abocaba por una profesión de fe de *ámbito privado*, como extensión de los derechos individuales, y en contra de la institución religiosa como actor de política estatal. Los objetivos de estas reformas, entonces, estaban enfocados en la extinción de lo que veían como interferencia del clero en el estado, incluidos aquí: el monopolio de la educación en cabeza de las órdenes religiosas (especialmente los jesuitas que fueron expulsados del país en 1850 bajo el mandato del presidente José Hilario López) y el poder económico de la iglesia bajo la forma de los *bienes de manos muertas*, que eran bienes encomendados a la iglesia por testamento o donación a perpetuidad, inajenables y que se mantenían fuera de cualquier transacción,

⁸⁸ Florentino González, *Escritos políticos, jurídicos y económicos*, 396-397

consolidando de manera estática a la iglesia como uno de los grandes terratenientes del país.⁸⁹

Estas reformas inician, entonces, la época de federalismo de los Estados Unidos de Colombia (1863-1886) que se caracterizará, entre otras cosas, por las enfrentamientos políticos que estas y otras reformas causarán entre las élites regionales (algunas de las cuales se ven mermadas en su posición hegemónica, como es el caso de los terratenientes esclavistas del Cauca). Finalmente, el proyecto federal terminará cuando muchos de los mismos intelectuales liberales, y una nueva ola de intelectuales conservadores, declaren su ineficiencia para cumplir con las promesas del *progreso* y la *modernidad* hacia la década de 1880.

En el caso antioqueño las cosas fueron diferentes. En primer lugar, el libre comercio y la liberación de los esclavos los beneficiaron en el corto plazo. El primero porque dio libertad de movimiento a los capitales de los comerciantes, tanto dentro del país como hacia el exterior; y el segundo porque, con pocos esclavos en la provincia, la abolición no tuvo un impacto importante. Antes bien se podría argumentar que liberó mano de obra para que trabajara en el *mazamorreo* (extracción informal del oro) que aún era parte importante de la producción de oro de la provincia y de la que se lucraban, sobre todo, la clase comerciante, con la figura, ya mencionada, del *rescatante*. En segundo lugar, la manera en que asumió Antioquia el régimen federal fue bien diferente. Un año después de firmada la constitución de Rionegro, en 1864, Pedro Justo Berrío daría un golpe de estado contra el presidente liberal del estado, Pascual Bravo. A partir de este momento el estado federal de Antioquia estará guiado por unos parámetros de corte conservador, principalmente representados por la instauración de una educación en cabeza de la religión católica, y en clara oposición al pensamiento liberal reinante en la capital de la república. Veamos la defensa de este golpe por el secretario de estado del gobierno de Berrío, frente al gobierno central de la federación:

El estado soberano de Antioquia al cambiar su gobierno interno ha hecho uso de un derecho, i el que usa de un derecho a nadie daña. Hoi no tendría la guerra contra Antioquia otro motivo

⁸⁹ Lázaro Mejía Arango, *Los radicales, historia política del radicalismo del siglo XIX*. (Bogotá: Universidad externado de Colombia, 2007), 62-63, 47-60, 222-236, 249-251

*que éste: el partido que ha asumido allí el poder del estado no simpatiza con algunas doctrinas de los que gobiernan en los demás estados i en la Nación [...] Antioquia es un pueblo por su naturaleza industrial i pacífico. Jamás ha provocado la guerra: la ha aceptado por necesidad cuando se la ha traído a su territorio.*⁹⁰

Se ve entonces cómo, beneficiada en lo económico por las reformas liberales y agredida en su religiosidad por estas mismas, se refugia en el argumento del federalismo (libertad para que las regiones se gobiernen así mismas) como forma de establecer un régimen *sui generis* en su propio estado, y en aparente oposición al régimen liberal que ha triunfado en el país. Este tomará la forma de un proyecto modernizador que se hace a partir de una economía liberal (beneficiado por el libre cambio) pero guiada moralmente desde una posición conservadora, donde la religión jugará un papel como dinamizante y rector de este paso a la modernidad. Esta conciliación entre las posiciones, aparentemente irreconciliables, del liberalismo y el conservadurismo en Antioquia solo se puede entender explicando cómo se da el proceso de la educación y la religión a partir de principios del siglo XIX en esta región (como *excepción a la normalidad* de Bogotá, contra la cual se dirigen las reformas liberales).

Antes de 1840 Antioquia era una provincia insignificante en términos de su participación en la institución católica en la Nueva Granada. Su primera sede diocesana data de 1804, nombramiento interrumpido por el proceso independiente y que solo se hizo efectivo hasta 1828. Su primer seminario, donde era posible la instrucción eclesiástica, solo se edificó en 1830, obra del primer obispo monseñor Mariano Garnica⁹¹. Antes de este nombramiento dependió, durante toda la dominación española del territorio, de las diócesis de Popayán, Santa Fe de Bogotá y Cartagena, las cuales le dedicaron poca o ninguna atención; tanto por su situación de frontera, su poca población y porque sus límites variarían constantemente desde el siglo XVI al XIX. Solo tuvo algunos párrocos, una vicaría episcopal en la villa de Medellín para 1754 y algunas órdenes religiosas como los Jesuitas, que mantuvieron un colegio en Santa Fe de Antioquia desde 1726 hasta ser expulsados en 1767, y los frailes franciscanos, que esporádicamente visitaron la región (entre 1803 y 1821). Sin embargo, a

⁹⁰ Néstor Castro, *Otra vez Antioquia* (Bogotá: Imprenta constitucional, 1864), 5-6

⁹¹ Patricia Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia 1850-1930* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004), 72

pesar de este atraso aparente, para 1844 el número de parroquias antioqueñas ya representaba el 9% del total nacional, el de eclesiásticos llegaba al 7% y su participación en las congregaciones religiosas llegaba al 6%. Para 1915 las cifras son aún más impresionantes, para esta época Antioquia representa el 19% de las parroquias, el 29% de los eclesiásticos, y el 20% de las congregaciones religiosas.⁹²

¿Cómo se explica este crecimiento tan acelerado? Por una parte, está relacionado, precisamente, con su falta de poder en el periodo colonial. A diferencia de las grandes sedes episcopales como Cartagena, Santa Fe o Popayán, la institución católica antioqueña no tuvo el poder económico y social que estas. No dejó grandes construcciones, ni acumuló grandes extensiones de tierras en testamentos a perpetuidad. La falta de estas dinámicas hizo que, con la llegada de las ideas ilustradas y el advenimiento de la república, las élites antioqueñas (mineras y comerciantes) que se beneficiaron de estas nuevas dinámicas no percibieran a la institución como una amenaza para la modernización, o por lo menos no de manera tan ferviente como en otras regiones del país, ya que si hubo una resistencia a la iglesia como institución *oscurantista y colonial*. Como lo menciona Patricia Londoño:

El periodo 1848-1880 en Colombia se caracterizó por los conflictos entre iglesia y Estado. Hubo tensiones e incluso violencias, al cabo de las cuales la iglesia salió victoriosa. En Antioquia, en comparación con el resto de Colombia, los conflictos entre el clero y las autoridades civiles fueron relativamente leves. Puesto que la región no había heredado de la colonia una iglesia rica y poderosa, los sentimientos anticlericales fueron débiles; hasta hubo liberales defensores de la iglesia, en parte por razones de interés familiar.⁹³

Criados en la misma élite de mineros y comerciantes, el clero antioqueño de la república concilió, más rápido que otras regiones del país, la modernización con la doctrina católica. Esto la hizo compatible, hasta cierto punto, con los oficios y prácticas modernas, como lo eran, por ejemplo, el *libre cambio* del que se beneficiaban sus parientes comerciantes y mineros. De esta manera, para 1845, en Antioquia, la iglesia era vista como factor de civilización encargada por vocación *natural* a ser la instructora de los jóvenes, sentimiento

⁹² Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia*, 23, 67, 70, 79

⁹³ Londoño Vega, *Religión, cultura y sociedad en Colombia*, 61

del que participaron gran parte de las élites, y contrapuesto a las nociones *normales* del liberalismo del país. Tal como se puede ver en la editorial del *Antioqueño Constitucional* el 25 de octubre de 1846:

*De tal suerte, que la enseñanza religiosa es necesaria al pobre, para consolarlo i hacerle ver que en esta desigualdad de condiciones, no hai ninguna injusticia de parte del Criador i conservador de la sociedad, i al rico para contenerlo en sus excesos, para que no abuse de su poder e influencia, i para que los cumpla en beneficio del pobre. ¿Qué seria de la sociedad en donde la clase pobre, sin principios religiosos creyera que tenia tanto derecho para ser considerada i obtener riquezas como la otra, i que esta desigualdad era una injusticia del acaso, que podían ellos corregir con sus hechos? Ni la policía, ni todos los medios de gobierno eran suficientes para contenerla, por mas que se diga. La conservación del principio religioso, tan necesario como hemos dicho, a la sociedad, no obtenerse sino por dos medios; 1- el establecimiento de colejos o casas de educación, donde se dé una educación religiosa a los que puedan i tengan los medios de recibirla; i 2- la ilustración i reforma del clero para que conozca su posición social, su misión civilizadora [...] Pero entonces gritarán muchos espíritus asustadizos - "Todo lo que sea dar importancia al clero es una amenaza continua para la libertad - Esta clase privilegiada tiene tendencias al despotismo." Nosotros los acallaremos manifestándoles: que después de los Apóstoles los primeros propagadores del evangelio i civilizadores del mundo fueron los clérigos i monjes de Oriente [...] I esta influencia no la emplean para desorganizar i destruir como los sendo-filósofos, sino para criar i organizar.*⁹⁴

El contenido de esta cita revela no solo el carácter *civilizatorio* que se le atribuye a la religión en Antioquia (tema sobre el cual se hablará más adelante) sino además su temprana utilidad como institución garante de un orden social, no basado en la aristocracia, ni la posesión de la tierra, sino en la riqueza, como atributo de hombres *excepcionales* e inexistente en la clase *pobre*. El papel, entonces, de la institución religiosa desde esta posición sería la de asegurar el orden social de los comerciantes, que, para mediados del siglo XIX, tienen absoluta hegemonía sobre los destinos económicos de la región, y, en algún sentido, del país. El

⁹⁴ *El antioqueño constitucional*, Medellín, 25 de octubre de 1846. Juan Camilo Escobar deduce, por la posición conservadora de la publicación, que esta estaba en cabeza de Mariano Ospina Rodríguez. Juan Camilo Escobar, *Progresar y Civilizar*, 77

aparato que usarán para asegurar este orden social será el de la educación, lo que nos da paso al último punto de este contexto.

Para 1821 se publican las primeras leyes educativas del gobierno republicano, y para 1826 estas son reformadas para incluir un aspecto más *práctico* en la formación de los jóvenes (patrocinadas, ambas, por el gobierno del presidente Francisco de Paula Santander). De manera general, estas leyes tenían por vocación la creación de un sistema de educación público *moderno* en el cual las ideas prácticas de la modernidad europea eran un tema central. Es decir, se quería cambiar el contenido educativo de la instrucción superior, exclusiva de la élite, para que incluyera cátedras en ciencias modernas, como la química, matemática y física, temas que estaban por fuera de las instituciones educativas tradicionales de la capital. En la educación primaria y de acceso general se hacía énfasis en los conocimientos de *moral pública y conocimientos útiles*. Para lograr su implementación, y sin los recursos económicos para llevarlo a fruición, el gobierno de Santander optó por implementar el método de educación *Lancasteriano*, donde los alumnos más adelantados servían de guías y tutores del resto, con el fin de hacer menos agravante la falta de profesores capaces de dictar estas cátedras. Las razones que el gobierno daba para esta ley eran que:

el país donde la instrucción está más esparcida, y más generalizada la educación de la numerosa clase destinada a cultivar las artes, la agricultura y el comercio, es el que más florece por la industria, al mismo tiempo que la instrucción general en las ciencias y artes útiles es una fuente perenne y un manantial inagotable de riqueza y poder para la nación que las cultiva... [además promoverá] la moral pública y [...] conocimientos útiles que hacen prosperar a los pueblos.⁹⁵

La educación se vio, desde este primer momento republicano, como un instrumento para dos fines: por un lado, para fomentar el crecimiento económico como requisito de la modernización y desarrollo *natural* de un estado republicano; mientras que, por el otro, servía de instrumento de validación y control social para las élites en el poder. Este doble uso hizo de la educación un tema sumamente polémico para mediados de siglo, ya que, con el

⁹⁵Artículo 3 del decreto reglamentario del 3 de octubre de 1826. Citado en: Frank Safford, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. (Bogotá: El Ancora editores, 1989), 80

advenimiento del régimen liberal, ambos partidos veían en la implementación de la educación un instrumento básico para la realización de sus ideas republicanas, y como tal, la versión contraria (liberal-laica, o conservadora-religiosa) era inaceptable.

En esta situación, los detractores de las reformas del presidente Santander surgieron de manera muy temprana, especialmente de la facción *ministerial* de la política.⁹⁶ Estos tachaban esta educación, inspirada en un modelo inglés, e influenciadas por el filósofo Jeremy Bentham, de estar cargada de un espíritu *ateo-materialista*, que era incompatible con la existencia de la nación, y sus habitantes, como católicos. Como lo expresa José Eusebio Caro, criticando el proyecto constitucional de 1842 de José Rafael Mosquera:

*Si queréis que en este país haya Religión, respetad a los que la representan, pero obligadlos también a que se respeten a sí propios. No les robéis lo que es suyo, pero tampoco los dejéis meterse en lo que no les pertenece [...]Yo querría además que a cargo de los sacerdotes se pusiese la educación religiosa y moral. Dejáos de moral utilitaria; no hay más doctrina moral que el Evangelio ni más ley moral que el Decálogo.*⁹⁷

Esta polémica continuó durante todo el periodo, siendo para los liberales la educación laica una necesidad para romper los lazos con las estructuras coloniales, mientras que, para los conservadores, la educación a cargo de la religión era una necesidad para mantener el orden social y evitar la anarquía y el ateísmo. El razonamiento de estos últimos era que el pueblo no podía estar ocioso, ni emprender oficios inútiles, ya que esto derivaba en aspiraciones anárquicas y en creer: “*que tenía tanto derecho para ser considerada i obtener riquezas como la otra [Clase], i que esta desigualdad era una injusticia del acaso, que podían ellos corregir con sus hechos*”⁹⁸ Para los conservadores, entonces, el esfuerzo por una educación práctica, guiada por la iglesia, siempre fue un punto central en la política, a diferencia de los liberales, que, aunque no la despreciaban, tampoco la tomaron como eje central de sus políticas. Como lo menciona Safford:

⁹⁶ Esta facción sería la que para mediados de siglo se convertiría en el partido conservador; y se contraponían a los *republicanos* que vendrán a convertirse en el partido liberal hacia 1850.

⁹⁷ José Eusebio Caro, “Sobre los principios generales de la organización que conviene adoptar en la nueva constitución.” en *Antología del pensamiento político colombiano*, ed. Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Talleres gráficos del banco de la república, 1970), 100

⁹⁸ *El antioqueño constitucional*, Medellín, 25 de octubre de 1846

Los liberales, como grupo, no fueron de ninguna manera hostiles a la educación técnica, pero en conjunto demostraron tener menos interés por ella que los conservadores [...] los liberales, al menos hacia mediados del siglo, no percibieron la necesidad del tipo de disciplina institucional que la educación representaba para los conservadores. En cambio, por lo menos en su retórica, estaban dispuestos a confiar en la disciplina de mercado ascendente que éste implicaba. En ciertos momentos los liberales prestaron poca atención a la educación técnica ya que estaban absortos en el proceso de revolucionar las instituciones políticas, sociales y económicas.⁹⁹

A pesar de la polémica ideológica entre las facciones y sus visiones de una educación nacional, en la práctica estas leyes lograron muy poco por instaurar una educación nacional, homogénea, definida y universal, o por disminuir el analfabetismo reinante en el país. Las constantes guerras civiles, los golpes de estado, la división regional y la omnipresente precariedad financiera hicieron que estos proyectos solo se llevaran a cabo de manera esporádica y que tuvieran muy poco peso en la educación nacional.

El primer intento unificador de la instrucción pública en el país, de algún éxito, fue el *decreto orgánico de instrucción pública* de 1870. Producido por el gobierno central, establecía las bases para la organización de una educación homogénea, laica y obligatoria en todo el territorio nacional. Esta nueva educación era regulada de manera directa por el ejecutivo, y se hacía efectiva por medio de la instauración de *escuelas normales* en todas las capitales de los estados confederados. Instituciones encargadas de educar a los maestros necesarios para la instrucción pública. Su laicismo, sin embargo, revivió la resistencia de las clases conservadoras, hasta que en 1876 las tensiones entre los dos partidos desencadenaron la llamada *guerra de las escuelas*, la cual, a pesar de haber sido ganada por los liberales, dejó a este proyecto educativo, una vez más, en ascuas.¹⁰⁰ Esta intermitencia de las instituciones, su dirección, y vocaciones educativas se puede ver en el caso antioqueño. Como lo muestra el historiador Juan Camilo Escobar:

⁹⁹ Frank Safford, *El ideal de lo práctico*, 39

¹⁰⁰ Jaime Jaramillo Uribe, Presentación del *decreto orgánico de instrucción pública de 1870*

El colegio de Antioquia, establecido en Medellín por decreto del gobierno nacional en 1822, donde se impartieron clases de gramática española y latina, principios de retórica, filosofía y mineralogía, estuvo cerrado y convertido en cuartel militar en 1830 durante la dictadura de Rafael Urdaneta. Se reabrió por decreto ejecutivo del 26 de diciembre de 1832 con el nombre de Colegio Académico, pero solo con estudios de jurisprudencia... Luego los jesuitas estuvieron encargados del Colegio de 1844 a 1846¹⁰¹

Como síntesis hasta este punto, se puede decir que la región Antioqueña, de 1845 a 1880, se caracterizó por estar en una situación muy particular. Por una parte, el surgimiento de una élite minera y comerciante dio a su sociedad un matiz liberal en lo económico, favoreciendo los impulsos hacia el libre comercio. Mientras que, por el otro, las relaciones que estas élites empiezan a configurar, y la relativa inexistencia de una aristocracia terrateniente, darán como resultado el moldeamiento de la institución religiosa como ámbito de control social y de validación simbólica de estas mismas (dinámicas que se intentarán realizar a través de la educación religiosa). De esta manera, para 1845, empezará un periodo donde las representaciones sociales, desde y sobre Antioquia, serán cruciales para la determinación de su identidad. Esta lucha representacional se dará desde la ambigüedad fundamental de lo que se *admira y se desprecia*, como lo menciona Jaime Jaramillo Uribe:

Contra Hagen, Safford afirma que no sólo no eran subestimados los antioqueños, sino que eran altamente estimados y elogiados. Pero los dos fenómenos no se excluyen, ni su simultanea presencia los priva de producir sus efectos psicológicos. Safford cita un número amplio de testimonios sobre la estima en que se tenía a los antioqueños por algunos observadores bogotanos y extranjeros. El elogio frecuente de su laboriosidad, de su capacidad de trabajo, de su eficacia en los negocios, de su listeza y probablemente también de su peligrosidad como competidores de mercado. Pero, como suele decirse, hay elogios que matan y los hay que llevan envuelta una tal ambigüedad que a la postre encubren una discriminación, una censura, una subestimación y hasta una agresión.¹⁰²

¹⁰¹ Juan Camilo Escobar, *Progresar y civilizar*, 112

¹⁰² Jaime Jaramillo Uribe, "Visión sintética de la tarea investigativa desarrollada sobre la región antioqueña." en *Memoria del simposio. Los estudios regionales en Colombia: El caso de Antioquia* (Medellín: FAES, 1982), 8

Desde este periodo, entonces, los encargados de crear, debatir y definir estas ambigüedades, y su relación con la modernización utópica serán las élites intelectuales. Estas, y los medios por los cuales se crean y distribuyen sus representaciones, serán el tema del siguiente apartado.

2.2 Redes intelectuales:

Para poder explicar las dinámicas y redes en las que se organizan y definen los intelectuales debo primero hacer una definición del espacio en el que estas se desarrollan, es decir, el de la *nación como comunidad imaginada*. De acuerdo con Benedict Anderson, las naciones modernas, que desde finales del siglo XVIII empiezan a surgir en el mundo, se definen como:

*Una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es **imaginada** porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas [...] Es **limitada** porque aun la mayor de ellas...tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad [...] Es **soberana** porque el concepto nació en una época en que la ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico, divinamente ordenado [...] en una etapa de la historia humana en la que incluso los más devotos fieles de cualquier religión universal afrontaban sin poder evitarlo el pluralismo vivo de tales religiones y el alomorfismo entre las pretensiones ontológicas de cada fe [...] Por último, se imagina como **comunidad** porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal.*¹⁰³

La validez de esta tesis la discutiré posteriormente en el apartado, por el momento, mostraré cómo se da este proceso de estas naciones imaginadas desde las condiciones latinoamericanas a las colombianas. En los casos latinoamericanos estas comunidades estarán definidas, desde la independencia, por dos condiciones esenciales. La primera es la exclusión de la que son parte las élites criollas, que los definirá, a pesar de ser *cultural, religiosa y lingüísticamente* iguales a los españoles, como inferiores a los *peninsulares*, y por tanto diferentes. La segunda

¹⁰³ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de cultura económica, 1993), 23-25

es la desconexión de la administración virreinal y las grandes distancias del dominio colonial hispánico. Ambas condiciones darán lugar a la creación de zonas de cohesión culturales separadas que no compartían entre sí más que el vínculo de su relación con la metrópolis y su *hispanidad*. Dinámica que hará imposible, para el siglo XIX, proyectos nacionales unificadores de *americanidad*, como lo intentó el proyecto bolivariano de la Gran Colombia, disuelto para 1830. Estas *zonas de cohesión* darán paso a las repúblicas latinoamericanas, y sus identidades particulares se empezarán a definir para el siglo XIX. Para llevar a cabo esta definición, y como manera crucial de *imaginar* la nación, se crean los grandes esfuerzos por la publicación y difusión de materiales impresos. Este fenómeno, además, potenciado por una élite intelectual que surge de las filas de las élites políticas y económicas, tanto regionales como capitalinas.¹⁰⁴ Esto como necesidad de *justificar*, interna y externamente, su posición jerárquica frente a los nuevos sistemas republicanos.¹⁰⁵

La formación de una élite intelectual en la república de la Nueva Granada, para 1845, estará marcada, entonces, por el *viaje*, donde los hijos de las élites de todo el país irán a Bogotá a aprender lo que significa ser republicano y moderno. Dinámica tan común que se puede ver desde las primeras líneas de *María*, novela de Jorge Ibsen (1867):

*Era yo niño aun cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios en el colegio del doctor Lorenzo María Lleras, establecido en Bogotá hacía pocos años, y famoso en toda la República por aquel tiempo.*¹⁰⁶

Este traslado será entonces crucial para la formación de las representaciones nacionales, no solo porque pone en contacto a las élites regionales con las ideas de la modernidad, y sus usos para validar su posición, sino además porque permite a las élites centrales conocer las regiones por sus hijos. Que se convertirán en los *mediadores* de las diferencias entre las regiones y la capital. Este es el caso de la región Antioqueña, donde, antes de 1870 cuando el *colegio regional* adquiere el estatus de universidad, los jóvenes de Medellín:

¹⁰⁴ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, 84-92

¹⁰⁵ Lo que Gramsci menciona como *intelectual orgánico*, que son sujetos “empleados” del grupo dominante que validan y justifican la posición de este grupo frente a las otras clases sociales dominadas. Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales* (México: Ed. Grijalbo, 1967), 30-31

¹⁰⁶ Jorge Ibsen, *María* (Caracas: Ed. EX Libris, 1988), 3

que querían continuar sus estudios en secundaria o seguir una formación intelectual profesional debían pelearse los pocos puestos que ofrecía el colegio del estado. Si no obtenían alguno, estaban obligados a viajar a otros poblados de la región para realizar estudios secundarios, o trasladarse a Bogotá para presentar los exámenes y obtener el título universitario, como le sucedió al médico Andrés Posada Arango en la década de 1850; o bien efectuar allí, en la capital del país, todos los estudios superiores como lo hizo el poeta y jurisconsulto Gregorio Gutiérrez González por los años de 1840.¹⁰⁷

En las universidades bogotanas¹⁰⁸ estos jóvenes tuvieron su primer contacto con la *alteridad*, ya que los estudios que llevaban, las categorías modernas, y en general todo el pensamiento europeo moderno, no correspondían a la realidad que vivían en la capital. Uno de estos jóvenes fue Juan de Dios Restrepo (1825-1884), hijo de un minero de Amagá, que para 1840 se traslada a Bogotá para cursar sus estudios universitarios, donde asistirá a cátedras dictadas por Florentino González y Ezequiel Rojas (políticos liberales de la generación radical). Sobre esta alteridad, escribe Restrepo en 1852:

¿Cómo es, pues, dije para mí, continuando un poco amostazado este soliloquio, que en la capital de la antigua Colombia y de la moderna Granada, en la virgen de Funza, como la ha llamado atrevidamente más de un poeta, en la culta metrópoli de esta república humanitaria, libérrima y progresista, que marcha a la vanguardia no sé de cuántos imperios y lleva a remolque media docena de repúblicas, ¿cómo es, pues, que en esta Atenas de Sur América no encuentra, siquiera el domingo por la noche, un ciudadano honrado donde pasar dos horas en solaz y divertimento?¹⁰⁹

La cita revela esta *anormalidad* de manera patente. Para Emiro Kastos (seudónimo bajo el cual escribe Restrepo), la grandilocuencia de los adjetivos con los que se quiere representar a la ciudad, y a la república, como *moderna* y *civilizada*, no son coherentes con las prácticas modernas del ocio y vida intelectual, en los que los cafés, teatros y bares, operando en las noches son requisitos necesarios para el *ciudadano honrado* de una *república moderna*. La

¹⁰⁷ Juan Camilo Escobar, *Progresar y civilizar*, 113

¹⁰⁸ El Colegio del Rosario, la Universidad Javeriana de los Jesuitas (antes de su expulsión en 1850), la Universidad Santo Tomás y, para, 1868 la Universidad Nacional.

¹⁰⁹ Emiro Kastos, “Una noche en Bogotá” [1852], en *Mi compadre Facundo y otros cuadros*. (Bogotá: Ed. Minerva, 1937), 37

insuficiencia de esta oferta cultural revela esta primera alteridad entre la *normalidad* europea, que leen y discuten intelectuales como Kastos en las universidades y tertulias, y la realidad de la capital republicana, que, a los ojos de este autor, todavía mantiene algunas dinámicas de una villa colonial, donde los *ciudadanos republicanos* no pueden existir. Así, mientras que para las élites centrales el proyecto republicano atrae a los hijos de las élites antioqueñas al centro y les permite inducirlos en su pensamiento, estos jóvenes de las regiones criticarán, tanto el proyecto que se impone desde esta capital, como su misma validez dentro de las ideas modernas. Es decir, a la, aparentemente inocua, cita de Kastos se le podrían agregar estas dos preguntas: ¿es realmente moderna la capital que no permite el desarrollo de ciudadanos modernos? y, si no lo es, ¿cuál es la legitimidad que la mantiene en cabeza de la república? Estas inquietudes se harán tanto más evidentes cuando estos intelectuales, ya formados, retornen a su región. Como lo muestra el regreso de *Efraín* en *María*:

*Pasados seis años, los últimos días de un lujoso agosto me recibieron al regresar al nativo valle. Mi corazón rebosaba de amor patrio. Era ya la última jornada del viaje, y yo gozaba de la más perfumada mañana del verano. El cielo tenía un tinte azul pálido: hacia el oriente y sobre las crestas altísimas de las montañas, medio enlutadas aún, vagaban algunas nubecillas de oro, como las gasas del turbante de una bailarina esparcidas por un aliento amoroso. Hacia el sur flotaban las nieblas que durante la noche habían embozado los montes lejanos [...] En tales momentos no habrían conmovido mi corazón las arias del piano de U***: ¡los perfumes que aspiraba eran tan gratos comparados con el de los vestidos lujosos de ella; el canto de aquellas aves sin nombre tenía armonías tan dulces a mi corazón!*¹¹⁰

El regreso se convierte, entonces, en una nueva *mediación*, en la que estos nuevos intelectuales tendrán las herramientas para *conocer sus regiones* con las herramientas científicas modernas. En este retorno tendrán contacto con la segunda alteridad, donde sus regiones, a la luz del bagaje intelectual que han adquirido, no son tampoco *modernas*, pero no lo son de manera *diferente* a Bogotá. Es decir, si bien los planteamientos de la primera alteridad se pueden definir como relaciones entre expectativas de Europa- Bogotá (o República de la Nueva Granada); este nuevo viaje hacia sus tierras hace posible una nueva

¹¹⁰ Jorge Issacs, *María*, 4

relación entre Europa-Bogotá-región. Donde no solo se establecen las comparaciones entre la capital y los centros regionales, sino que les permite a estos intelectuales establecer diferencias directas con Europa. Esta operación es evidente en la última parte de la cita; donde Efraín compara dos versiones estéticas del mundo: *las arias del piano de U***, producto cultural europeo*, con la belleza de su natal Cauca, **su patria**.

Desde esta segunda alteridad se basará entonces la preocupación de estos intelectuales por definir sus *patrias*. Si la capital no termina de ser moderna, ¿por qué sus regiones no pueden ser más modernas que esta? (por lo menos, potencialmente). En el caso Antioqueño, será la figura del minero y el comerciante sin desprecio al trabajo, figura inspirada por los padres de estos jóvenes intelectuales, la que marcará una de las pautas para esta *potencial modernidad*:

Careciendo de capital para seguir su antiguo oficio de rescatante, a pesar de sus Pretensiones nobiliarias, pues, según dice, es más blanco que el diablo, se alquiló en una mina como jornalero, y por meses y años estuvo con la barra trabajando de sol a sol. Es muy común entre los nobles de la antigua Antioquia echar a un lado la negra honrilla cuando se ven apurados por la suerte, y entregarse a labores materiales; pareciéndoles más digno y honroso trabajar, aun en los oficios más vulgares, que imitar a los blancos de otras partes que, cuando no pueden ser negociantes o empresarios de industria, se agrupan en las poblaciones a vivir de petardos o de empleos.¹¹¹

La posibilidad, entonces, de una *antioqueñidad moderna*, como alternativa a una *colombianidad moderna* se puede ver en la cita desde el planteamiento de una ética diferente del trabajo. La validación de esta ética se da desde una antigüedad *natural* en la expresión *los nobles de la antigua Antioquia*, para significar que esta actitud hacia el trabajo es *inherente* a los hijos de la región. Proposición que se potencia, además, con el contraste de los *blancos de otras partes*, que desprecian el trabajo manual, como crítica de Kastos a una élite terrateniente de la sabana de Bogotá, de actitudes *coloniales* frente al trabajo.

Esta dinámica de contraposición abre la posibilidad, para este periodo, de una coexistencia de representaciones contradictorias. La primera de estas es, como se deriva de la cita anterior,

¹¹¹ Emiro Kastos, “Mi compadre facundo” [1855], en *Mi compadre Facundo y otros cuadros*. (Bogotá: Ed. Minerva, 1937), 61-62

la relación de un *proyecto nacional* hegemónico, centrado en Bogotá, con las representaciones de las regiones, particulares y limitadas. Así, se ven dos dinámicas contrapuestas: Por un lado, los jóvenes liberales en Bogotá, como José María Samper (estudiante, para 1840 de la Universidad Santo Tomás, y alumno, también, de Florentino González y Ezequiel Rojas), están pensando en el planteamiento de una identidad nacional, centrada en Bogotá. Mientras que, por otro, en Antioquia y otras regiones, se empieza a pensar en representaciones propios que incluyen a lo bogotano como una identidad más, a veces antagónica, pero nunca como el representante de todas las demás. Veamos el caso de Samper en su novela *Florencio Conde* (1875):

La revolución de 1848 halló a Florencio en París, sin sorprenderle, é imprimió á sus ideas una dirección definitiva. Aquel movimiento de efervescencia y sacudida de casi todos los pueblos europeos era un testimonio patente de la necesidad de justicia y de ascensión hácia la luz que todos sentían, en mayor o menor grado [...] Los pueblos tenían, pues, al efectuar sus movimientos, un fin, un propósito bien definido, y en esto consistía su fuerza. Lo propio debía suceder respecto de los individuos; pues, en efecto, el hombre fuerte es aquel que sabe siempre lo que necesita, lo que piensa y quiere y hácia que objeto se encamina [...] Recordó entonces que su patria era una república compuesta de muy diferentes razas, combinadas sobre un suelo virgen y rico para fundar sobre su propia mezcla el imperio de la democracia liberal; pero que ni en la patria neo-granadina existía el gobierno del pueblo, ni la republica había procurado suficientemente la emancipación de los oprimidos. ¹¹²

En esta obra, la *nacionalidad* está anclada desde la alteridad entre lo europeo y lo colombiano, representada esta última como una homogeneidad que necesita ser modernizada desde el centro (el gobierno de la república), y que de por sí no da pie a la existencia de ambigüedades dentro de su propia definición. Incluso, el rasgo del mestizaje, de por sí heterogéneo, se trata en este fragmento de la obra de Samper como una condición de todo el *pueblo neogranadino*, independiente de la trayectoria de este mestizaje por regiones. Desde esta visión, la frontera representacional termina con la relación Europa-Colombia, negando, implícitamente, cualquier otra relación posible de alteridades modernas.

¹¹² José María Samper, *Florencio Conde*. (Bogotá: Imprenta Echavarría Hermanos, 1875), 157-158

La segunda coexistencia de representaciones contradictorias es la del proyecto *modernizador* de toda la generación liberal radical (incluidos aquí los intelectuales bogotanos y regionales) frente a la sociedad establecida, y a las corrientes conservadoras. Así, mientras se configuran visiones *particulares* sobre la modernización, cada uno de estos intelectuales tendrá otro choque con las sociedades ya establecidas, tanto en Bogotá como en Antioquia. Este enfrentamiento toma forma, narrativamente, como una rebelión contra los valores paternos y una revolución de las sociedades que se quieren modernizar. Como lo dramatiza Emiro Kastos en este fragmento de *Mi compadre Facundo* (1855):

A pesar de que la educación y el saber no valen dos higas para mi compadre, hubo de mandar su hijo mayor a estudiar a Bogotá [...] Sucedió que nuestro joven llegó a Bogotá cuando los estudios estaban en anarquía, y de moda la política. En lugar de habérselas con las leyes de partida, don Juan Sala y demás poetas, Gregario López se dio a frecuentar los clubes, la fonda de François, a coquetear en la calle de San Juan de Dios y a hacer al Salto excursiones estudiantiles. Al cabo de cuatro años sabía bailar perfectamente, puntear la vihuela con primor, hacer cuartetos y cortejar muchachas. Provisto de estos graves conocimientos resolvió coronar su carrera presentándose al grado, y quedó como el té, hecho doctor por infusión. A los pocos días de regresar a la casa paterna tuvo una conferencia con su padre, y le anunció de llano en plano que no tenía vocación para hacer escritos, ni enredar las escribanías. Luego se ha declarado en completa insurrección contra la sórdida economía y las costumbres tradicionales de la familia. Quiere que empapelen la casa, la adornen con algunos muebles y, sobre todo, que cambien las duras tarimas, inventadas para hacer penitencia, por sofás o canapés. Pretende que se mejore la comida, se tome vino, al menos los domingos, y café todos los días, que llama él la bebida del siglo. De por allá vino Gólgota, y a fuerza de tal quiere reformarlo todo. Exige que sus hermanas anden calzadas, constantemente vestidas de limpio, y que se paguen cocineras, Dice en alta voz que puede uno ser muy buen cristiano, trabajador y honrado y vivir con decencia; que si la plata no se gasta en proporcionarse algunos goces y llevar vida de caballeros, maldita la cosa para que sirve. Estas verdades de a puño son para mi compadre enormes herejías.¹¹³

¹¹³ Emiro Kastos, “Mi compadre Facundo”, 75-76

Al igual que la cita de Samper, donde Florencio Conde se queja de las *promesas incumplidas de la república*, en este fragmento de Kastos existe una *recriminación* a la generación inmediatamente anterior frente a la expectativa de modernidad. Si bien ambas críticas son diametralmente diferentes, pues Samper se queja de las deudas políticas de la generación anterior mientras que Kastos critica la austeridad monacal de su sociedad como una actitud pre-moderna, las dos mantienen la intención narrativa de la *revolución contra sus padres*.

Las relaciones, entonces, de estas representaciones se pueden resumir de esta manera. Por un lado, existe un proyecto modernizador, nacido del pensamiento liberal radical de mediados de siglo, que a su vez está marcado por las variantes nacionales (emanadas de Bogotá) y regionales (en este caso de Antioquia). Estas variantes serían, a su vez, contradictorias, ya que el proyecto nacional no permite la existencia del regional, y abarcarían relaciones Europa-Colombia el primero y Europa-Bogotá-Antioquia, el segundo. Mientras que, por el otro, los jóvenes intelectuales liberales tendrían la intención común de *revolucionar las ideas* de las sociedades en las que nacen, independientemente de que los contenidos específicos de esa *revolución* sean diferentes. Finalmente, esta contradicción abarcaría solo relaciones binarias, ya que se convierte en un asunto de progreso-barbarismo, que, a los ojos de estos jóvenes liberales, es el mayor impedimento de la modernización sea esta nacional o regional.

Las diferencias, sin embargo, entre estos dos proyectos, no impidieron que los intelectuales de todo el país mantuvieran relaciones sociales estrechas, ya que su formación en los círculos de las élites de la capital, y el movimiento de la prensa en la que participaban, eran muy cerrados para mediados de siglo. De manera que, en las tertulias y reuniones de Bogotá (donde cohabitaron todos hacia los años 40), las diferencias entre los que mantenían opuestas ideas políticas (que en la década del 50 se definirán como conservadores o liberales), y sus proyectos nacionales y regionales se dejaban por fuera. Como menciona Escobar Villegas, en las reuniones literarias:

Se planteaban temas de conversación con relativa libertad pero teniendo cuidado de no hablar demasiado de política, pues era obvio que esto podía herir susceptibilidades de los allí presentes, en tanto que no todos pertenecían a las mismas tendencias y partidos. El grupo de

*GGG [Gregorio Gutiérrez González] supo entender que el escenario del debate político era la prensa, el foro, el terreno de la guerra o el duelo de honor.*¹¹⁴

A pesar, entonces, de las diferencias ideológicas entre estos proyectos, las élites mantuvieron cierta *solidaridad de clase*, que si bien no evitó los enfrentamientos entre esta, como lo demuestra la cantidad de guerras civiles en el siglo XIX, sí las mantuvo dentro de una coherencia común a la que todos se adherían. Este proyecto fue el del *republicanismo*, ya que de su exitosa representación emanaba, para todas las élites, su prevalencia por encima del resto de la sociedad; fueran estos agricultores indígenas de la sabana cundiboyacense, mulatos de los ingenios del Cauca, o mineros negros en Antioquia. Como lo menciona Germán Colmenares:

*La liquidación del régimen colonial, cuya dominación fue abolida por las armas, debía completarse ideológicamente para liberar energías que habían permanecido encadenadas por la opresión y la rutina [...]El republicanismo hacia radicar su eficacia en el hecho de mostrarse como el camino hacia una comunidad imaginada en la participación política que el principio dinástico había negado a los americanos.*¹¹⁵

Dentro de este nivel representacional, que se puede aplicar a toda Hispanoamérica, las diferencias entre conservadores y liberales, y sus proyectos centrales o federales, se supeditaban dentro del proyecto común del miedo a una revuelta popular. Miedo presente desde el principio de la Independencia y que se materializa en la imaginación de las élites con la independencia de Haití en 1803. Esta actitud tomó forma en la necesidad paternalista de *guiar o educar al pueblo*, que se suponía incapaz de regir sus propios destinos, y donde ella, la élite, validada por su filiación al pensamiento europeo, era la única capaz de mantener a raya *el caos y la anarquía que una revuelta popular supondría*. Como lo expresa José Eusebio Caro¹¹⁶:

¹¹⁴ Juan Camilo Escobar, *Progresar y civilizar*, 132

¹¹⁵ Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, 22

¹¹⁶ José Eusebio Caro (1817-1853) fue un político, periodista y escritor de filiación ministerial durante la primera época republicana y posterior fundador del partido conservador junto con Mariano Ospina Rodríguez. Fue un ferviente opositor de las reformas liberales del presidente José Hilario López, lo que causaría su exilio en 1850 hacia los Estados Unidos. Muere de fiebre amarilla en 1853 en el puerto de Santa Marta al regreso de su exilio.

hagamos una última suposición, que será unos alumnos que, en lugar de aprender, se ocupen en burlarse del maestro, y en insultarlo, y echarlo de la escuela...He aquí la anarquía: - ¡Méjico, Guatemala, Venezuela, el Ecuador, el Perú, Buenos Aires, Hispano-América toda entera! ¡Oh! Y la Nueva Granada también. ¡Anarquistas! Permitidme pues que yo grite en la Nueva Granada: "Cuerpo constituyente que vas a abrir y reglamentar la escuela política. ¡Dadnos un maestro serio, un gobierno firme, que pueda mantener el orden mientras el pueblo hace el aprendizaje y que, cuando sobrevengan las crisis eleccionarias, tenga bastante fuerza para evitar las revoluciones y salvar la patria" ¹¹⁷

Este planteamiento nos obliga a revisar el postulado al principio de este apartado, de naciones como *comunidades, imaginadas, limitadas y soberanas*, trabajado desde la obra de Benedict Anderson. Los procesos de creación de representaciones sociales no pueden ser entendidos como homogéneos y su consolidación no da como resultado un solo proyecto modernizador. Como critica este pensamiento Chatterjee Partha:

Pero el tiempo homogéneo y vacío no existe como tal en ninguna parte del mundo real. Es utópico. El espacio real de la vida moderna es una heterotopía. El tiempo es heterogéneo, disparmente denso. No todos los trabajadores industriales interiorizan la disciplina de trabajo del capitalismo, e incluso cuando lo hacen, esto no ocurre de la misma manera. En este contexto, la política no significa lo mismo para todas las personas. Creo que ignorar esto implica desechar lo real por lo utópico. ¹¹⁸

La modernización en el marco de construcción de una nación imaginada sería entonces un proceso anclado a la contingencia del tiempo y el contexto, incompatible con cualquier planteamiento universal, o *normal*, de este proceso. En este sentido, el caso antioqueño, en el contexto neogranadino de mediados del siglo XIX, sería entonces el de unas élites intelectuales que empiezan a crear unas representaciones de *nación*: **Heterogéneas**: porque coexisten con otras representaciones contradictorias. **Antagónicas**: porque, como es el caso de la *antioqueñidad*, con frecuencia estas representaciones se plantean como jerarquías donde algunas están más cerca de ser modernas que otras (por lo menos desde los ámbitos narrativos). **No-horizontales**: porque, aunque sus proyectos se basen en las ideas

¹¹⁷ José Eusebio Caro, *Sobre los principios generales de la organización*, 94

¹¹⁸ Chatterjee Partha, *La nación en tiempo heterogéneo* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008), 62

republicanas, de democracia e igualdad, la misma delimitación entre el *pueblo* y la élite determina unas relaciones verticales de *sujetos válidos* y *sujetos inválidos* (los primeros cargados *de progreso* y los segundos de un *espíritu bárbarico*). **Ilimitadas:** porque, como vimos, aunque en estas representaciones se trazan efectivamente fronteras (entre los antioqueños y los bogotanos y sus diferencias modernas), estas fronteras también se transitan, se expanden o superponen, de manera que un intelectual antioqueño, se puede sentir, a la vez, liberal y republicano. Y, finalmente, son **No-soberanas:** precisamente, porque, aunque plantean la *particularidad* de lo que describen, su validez, desde lo *republicano*, emana de un lugar exterior, del pensamiento europeo, sobre el cual, aunque pueden ejercer alguna influencia, pero con escaso control sobre los contenidos.

2.3 Validación de la verdad e identidad:

Dadas estas relaciones económicas, políticas y sociales, a estos intelectuales liberales les queda el problema de *validar* su discurso de manera que sea coherente, tanto con su filiación al pensamiento ilustrado europeo, como con las condiciones particulares que *ven*, en sus regiones. Para analizar este problema, y como punto general de esta tesis, he decidido usar, sobre todo, la literatura. La razón de esta elección, aparte de un gusto personal, es que la literatura, como ámbito de ficción discursiva, se puede entender como un desarrollo *pleno* de las ideas utópicas de una generación, como es el caso de estos jóvenes liberales por todo el país. Esto quiere decir que, en contextos de relaciones específicos, la literatura se convierte en una herramienta que tiene por función la *solución*, desde la ficción narrativa, de todos los problemas sociales, económicos y políticos que esta generación *ve* como impedimentos para la realización de su *modernidad normal* (que, como ya lo hemos dicho, se refiere a una alteridad europea). La escritura, en este sentido, toma forma de *ficciones sustitutivas*, donde, anclados en el **presente** de su contexto, organizarán de acuerdo con una racionalidad causal (predominante en el pensamiento científico del periodo) lo que ven en el **pasado** (el de sus padres y abuelos) y lo llevarán a una corrección en el **futuro** (donde las distancias entre las alteridades europeas y americanas desaparecen). Este pensamiento, que toma “*hechos sociales*” y los lleva a sus “*consecuencias lógicas*”, nos sirve entonces para sintetizar y entender la forma en que estos intelectuales validan sus posiciones en su presente, además de

mostrarnos como se proyectan en el futuro. Y aunque este futuro no se consolida de la manera como estos autores profetizaban, donde la modernidad venía acompañada de armonía y prosperidad para todos, si terminan, estos esfuerzos intelectuales, por modificar la sociedad. Como resume este enfrentamiento Gramsci:

*Que no se pueda crear artificialmente a los artistas no significa que el nuevo mundo cultural por el cual se lucha, provocando pasiones y calor de humanidad, no suscite necesariamente “nuevos artistas”. Por eso no se puede decir que Fulano o Mengano se convertirán en artistas, pero sí se puede afirmar que del movimiento nacerán nuevos artistas. Un grupo social nuevo que adviene a la vida histórica con una postura hegemónica, con una seguridad en sí mismo que antes no tenía, no puede dejar de suscitar desde su íntima personalidad, una **fuerza suficiente para expresarse completamente en un cierto sentido** [...] La literatura no genera literatura, etc., es decir, las ideologías no crean ideologías... Son engendradas, no por “partenogénesis” sino por la intervención del elemento “fecundante”, la historia, la actividad revolucionaria que crea el “hombre nuevo”, es decir, nuevas relaciones sociales.¹¹⁹*

El *expresarse completamente en un cierto sentido* sería entonces la intención de esta literatura de mediados de siglo, que desplegará una cosmogonía narrativa con la intención de crear una nueva sociedad, un *nuevo hombre*, más moderno y civilizado que el que han recibido, tanto de sus padres, como de la República de la Nueva Granada de estos. Para poder hacer este traslado de sentido, las obras de estos escritores operan la desterritorialización, para poder establecer una reterritorialización:

Transmitir es organizar, por lo tanto, construir un territorio: solidificar un conjunto, trazar fronteras, defender y expulsar. El problema es que siempre ya hay territorio. De allí, precisamente, el esfuerzo político que se requiere para desterritorializar a los sujetos llegados de otra parte o de ayer, antes de reterritorializarlos de otro modo.¹²⁰

Lo que hemos explicado, desde el apartado anterior, se debe entender, en parte, como una dinámica de desterritorialización, en la que los jóvenes liberales nacidos en un contexto y tiempo específico llevarán, desde la crítica, a la invalidez los discursos anteriores a ellos.

¹¹⁹ Antonio Gramsci, *Literatura y vida nacional*, 26-27

¹²⁰ Régis Debray, *Transmitir*, 31

Esto bajo los argumentos de *las promesas incumplidas de la revolución* (tan mencionadas anteriormente), o de *la necesidad de establecer las particularidades regionales de la modernización* (evidente en las críticas del centralismo de Florentino González, y de las proposiciones de *modernidades alternativas* de Kastos).

El siguiente paso, la reterritorialización, intentará reconciliar todas estas relaciones y contradicciones en explicaciones que puedan ser consideradas “científicas”¹²¹. Este proceso se dará bajo tres tropos narrativos, que serán desde los cuales estos intelectuales deriven la validez de sus discursos en tanto modernos europeos y aplicables localmente. Estos tres tropos son la *Historia, la Geografía y la Raza o el Hombre nuevo*; su racionalización será diferente desde los proyectos bogotanos o antioqueños, pero el efecto de validez que de estos tres deriva, es decir, de suscribir su escritura como “científica”, es igual.

2.3.1 La Geografía como ámbito mítico:

Desde principios del siglo XIX los viajeros científicos, como Lamartine o Humboldt, hacen un “redescubrimiento” del continente americano. De acuerdo a Mary Louise Pratt, tal “redescubrimiento” se da en el sentido de que, en el crepúsculo del dominio español sobre el territorio, los viajeros europeos mirarán a América con nuevos ojos, los de las disciplinas *científicas* que levantarán el *velo de ignorancia* que el régimen español había impuesto con sus monopolio y restricciones.¹²² Así, será crucial el papel de Humboldt en esta renarración del territorio, ya que él será el que dará las bases epistemológicas para la enunciación de una identidad local. En su libro *Viaje a las regiones equinociales del nuevo continente* (1826) este autor reconoce a América cómo un “*desierto de civilización*” que, sin embargo, tiene una ventaja sobre el resto del mundo, es una región donde la naturaleza ha sido en extremo generosa:

¹²¹ El concepto “científico” esta plagado de contradicciones y preconcepciones, demasiadas para ser dirimidas en este texto. Baste con decir que, para el propósito de esta monografía, “científico” se refiere a una intención, por parte de los escritores modernos, de plantear una serie de leyes universales estables en todo tiempo y espacio. Es decir, “ciencia” en el espacio del análisis narrativo, se refiere a una voluntad de buscar una verdad absoluta, que habilita a sus proponentes a ejercer una autoridad absoluta sobre el objeto (o sociedad) sobre el que imprimen dicha verdad. Wallerstein, *Abriendo las ciencias sociales*, 5-6

¹²² Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales*, 240

El género humano no ofrece en él sino algunas reliquias de hordas indígenas poco adelantadas en la cultura, ó aquella uniformidad de costumbres é instituciones que han sido trasplantadas á llanuras extrañas por colonos europeos. Luego lo que se refiere á la historia de nuestra especie, á las diferentes formas de gobiernos, á los monumentos de las artes, á las épocas y sitios que recuerda grandes ideas, nos interesa más vivamente que la descripción de aquellas vastas soledades que parecen solo destinadas á la propagación de la vida vegetal y al imperio de los animales[...] Si la América no ocupa un asiento distinguido en la historia del género humano y de las antiguas revoluciones que lo han agitado, ofrece al menos un campo vasto á los trabajos del físico.¹²³

Esta negación de la posibilidad histórica de América lo lleva a la clasificación del territorio de acuerdo con sus características físicas predominantes, y la manera como tales tropos determinan el curso de los hombres que viven en la tiranía de esta naturaleza. Reconoce, entonces, tres espacios hegemónicos en América: **1- Las selvas tropicales** (calientes y densas), **2- Los desiertos de pasto** (las pampas) y **3- Los andes** (como templados y de climas agradables).¹²⁴ Estos tres “tipos americanos” influenciarán y servirán a la intelectualidad posterior, a los europeos para justificar las intervenciones en los “desiertos de civilización” americanos; y a las élites locales para justificar las jerarquías de su sociedad, y hacerse líderes autoproclamados del *proyecto de la civilización* en sus regiones. Veamos el efecto de estos tropos en los casos bogotano-nacional y el antioqueño.

En la representación bogotana-nacional, la geografía será un factor secundario. Dado que el territorio del país se compone de los tres espacios descritos por Humboldt, la posibilidad de narrar desde un determinismo geográfico se ve atajada por la variedad de los espacios y sus gentes. Como alternativa a esto se propone un *mestizaje geográfico*, que, al homogenizar todos estos territorios, termina negando la posibilidad de su particularidad. Esto se puede ver en la figuración del *hombre nuevo* de la obra *Florencio Conde* de José María Samper, donde este surge, narrativamente, en una lucha con la historia, más que con la geografía, la cual queda relegada a determinar la vocación económica de las regiones, pero no las actitudes o

¹²³ Alexander Von Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo mundo* (París: Casa de Rosa, Calle Chartres, 1826), LVII-LIX

¹²⁴ Pratt. *Ojos imperiales*, 238

civilización de sus gentes. Así, Samper retrata las producciones de varias regiones del país (minería en Antioquia, cultivos de mano esclava en Cartagena, comercio en Honda) pero sus protagonistas (el negro Segundo Conde, y su hijo el mulato Florencio) no están ligados causalmente a tener las actitudes de las tierras por las que transitan. Este pensamiento, implícito en la obra de Samper, está más claramente expresado por Florentino González, su maestro, en sus escritos sobre la razón y función del federalismo:

*El gobierno federal pone a cubierto a las naciones de los males que trae la debilidad de su pequeñez, porque la fuerza y el poder con que representan en la gran sociedad política de la tierra entera, está en manos de una autoridad que, sin ser peligrosa para las libertades públicas, sin muchos negocios a que atender, y con grandes apoyos para la defensa, da respetabilidad al conjunto de los que individualmente apenas son conocidos [...] Las fuentes de la riqueza, abiertas por una autoridad que las conoce, convidan a sacar de ellas los medios de gozar, el trabajo y la actividad los ponen en movimiento [...] Tal se ha visto suceder en aquella región afortunada de nuestro continente [Estados Unidos], que es hoy la admiración del universo. **Los vastos e insalubres desiertos**, que antes eran la morada de la desolación y la muerte, no permanecieron eriales y abandonados, como estarán eternamente las riberas del Magdalena, las selvas del Darién, los deliciosos países de Mocoa, los Andaquíes, San Martín, Casanare. **¿Por qué no hemos de llegar nosotros al mismo término a que alcanzaron nuestros hermanos?**¹²⁵*

Desde la comparación con Estados Unidos, se abre la posibilidad de plantear la coexistencia de la civilización con los *desiertos* descritos por Humboldt. De esta manera, y aunque en aparente contradicción, el proyecto federal de los jóvenes liberales de la capital no consideraba la determinación geográfica como una posibilidad para crear sus representaciones. Esto porque el aceptar que los espacios geográficos eran determinantes en el nivel de *civilización* de sus habitantes, implicaba que había regiones en el país en las cuales el ideal del progreso era irrealizable. Por el contrario, el proyecto federal planteaba una separación regional para que se pudiera cumplir con esta modernización de manera particular, pero el fin de este proyecto era una prosperidad común para todos; fin que el uso del determinismo geográfico hacía imposible.

¹²⁵ Florentino González, *Escritos políticos, jurídicos y económicos*, 399

Para el caso antioqueño, y contrario a la situación en la capital, la particularidad de su situación geográfica se narrará como una superioridad frente al resto de regiones. De esta manera la versión del tropo imperante será el de los Andes, como espacio propicio para narrar los orígenes de la identidad. Tanto más porque acepta, con Humboldt, que los trescientos años de dominio español constituyen un desierto de civilización intelectual y productiva, y que como todo nuevo paradigma, se instaure demonizando el anterior. La narración desde la geografía, en este caso específico desde las *montañas*, como “crisol de una raza”, permite entonces hacer tábula rasa con todas las construcciones epistemológicas anteriores, lo que habilita a la región a la representación de un nuevo comienzo y un *nuevo hombre antioqueño*, en cabeza este “renacimiento” de las élites. Este *nuevo hombre* será un prototipo de modernidad, desligado de sus costumbres españolas y que deriva causalmente de la determinación geográfica de las montañas, cualidades que solo descubre el “científico” retratando su naturaleza. Esta confluencia de causas se narrarán, además, como únicas de Antioquia, anclando este potencial de modernidad a una calidad, además, de *excepcionalidad* en el país. Como lo menciona Kastos:

*...el sol se escondía tras las montañas, dejando en el horizonte una huella de oro y púrpura en nuestras verdes colinas, esa luz amarillenta del crepúsculo, que da a toda la naturaleza un tinte a la vez bello y melancólico [...] Parece que, en medio de esta naturaleza risueña, arrullada por un idilio perdurable la vida debía de ser dulce, fácil y dichosa: no estando el hombre sujeto, por la suavidad del clima y la fertilidad de la tierra, a ser apremiado por el hambre o atormentado por el frío, esas miserias horripilantes cuyo espectáculo en las ciudades populosas turba los placeres de los ricos, entre nosotros desconocidas. Días esplendidos, noches estrelladas, campos pintorescos, baños deliciosos, un clima suave, perezoso y adormecedor, todo convida al hombre a gozar presuroso de la vida y a dejar correr sus días sin fatigas, cuidados ni ambición.*¹²⁶

Desde este acercamiento poético del espacio se derivan varias pretensiones. La primera es la de crear un espacio de génesis desde el cual derivan las actitudes antioqueñas, desligadas, cabe mencionar, de cualquier bagaje cultural anterior, es decir, del hispánico. Como se

¹²⁶ Emiro Kastos, “Arturo y sus habladurías” [1856], en *Mi compadre Facundo y otros cuadros*. (Bogotá: Ed. Minerva, 1937), 107-108

deduce de la cita, la *potencia de la humanidad* en estas tierras está dada desde la configuración primordial de un ambiente, que puede dotar, como menciona Kastos, de grandes dones si se regula esta situación ventajosa entre el hombre y la naturaleza, que, en parte, lo determina. En la obra de Kastos, entonces, la aparición del hombre vendrá a ser una dinámica que presupone un *ambiente desierto, primigenio* (pero apto para civilizar) que solo se dinamiza con la aparición del hombre en la época de su narración. Es decir, para este autor, lo anterior a la descripción moderna que él impone, es una forma de *prehistoria*, de *barbarismo primitivo*, que deriva de la cultura hispánica y que debe ser corregido, pues interrumpe el potencial desarrollo civilizado que propician las montañas.

2.3.2 La historia como antagonista:

Para el caso de la historia, y como se menciona en el apartado anterior, esta queda a estar relegada a un ámbito de *barbarismo primitivo* que se debe desechar. Apoyados también en este primer movimiento científico, las élites intelectuales liberales demonizarán las *costumbres oscurantistas* implantadas por los españoles. Esto se explica, más que por una simple necesidad de antagonizar, porque, como se mencionó en el marco teórico, para poder narrar una identidad *válida* en el ámbito de la modernidad, esta debía ser europea, cualquier otra región (exceptuando los Estados Unidos) se debía conformar con un reconocimiento parcial, y de esta manera arrancar de sí los ámbitos considerados *bárbaros* y exaltar los que, potencialmente, pudieran ser *civilizados*. En palabras de Colmenares:

*La obstinada fijación en la doctrina del progreso subordinaba toda interpretación del pasado a las expectativas sobre el futuro. El pasado era tan solo, en el mejor de los casos, un espectáculo lamentable de envilecimiento, oscurantismo y opresión, y, en el peor, una influencia todavía activa que debía extirparse.*¹²⁷

Desde el ámbito narrativo de las obras, la historia toma dos formas. La primera es que la narración toma como punto de partida la emergencia del hombre civilizado para hacer *tabula rasa* de todo lo anterior, dando al narrador la capacidad de ser el único mediador posible

¹²⁷ Colmenares, *Las convenciones*, 39

entre el *atraso estático* de su país y la racionalidad *científica*. Este *punto cero*, usando el concepto de Castro-Gómez,¹²⁸ les permite a los autores mostrar cómo el movimiento hacia la modernidad solo se puede hacer en las condiciones que estos describen, lo que en la narración se traduce como un aglutinamiento homogéneo de todo lo anterior a ellos. Esta visión histórica sería la segunda forma, donde, validados por el saber científico europeo, las narraciones tratarán al pasado colonial (y en parte el republicano) como un *desierto estático* donde nada ocurre y nadie *progres*a por la propia incapacidad anacrónica de las generaciones anteriores de no ser *civilizados*. Como menciona Uribe Ángel, en sus reflexiones sobre la minería en Antioquia:

*Este atraso en el conocimiento de los filones no debe sorprendernos, puesto que aun en el laboreo mismo de las minas de oro corrido era imperfecto i grandes cantidades de metal se han malogrado por falta de luces, de experiencia i atención. La escases de fierro, la ignorancia completa de las maquinas que facilitan el trabajo i por encima de todo eso, la incapacidad e inercia de la madre patria, han mantenido la industria minera por tres centurias en un estado completo de decadencia i postración.*¹²⁹

Y José María Samper en sus reflexiones sobre la colonización española en hispano-américa:

El gobierno [colonial español] lo abarcó todo, suprimiendo toda iniciativa individual, o acción espontánea de las entidades colectivas [...] Las poblaciones, entretanto, sufrían y dormían, vegetaban como plantas parásitas sin personalidad ninguna [...] Pero también diremos que, según nuestra profunda convicción, el día en que aquellas repúblicas hayan establecido la armonía de su situación, aniquilando los vicios heredados de la colonia y los que luego emanaron de la guerra de la independencia, ningún país en el mundo tendrá más positiva estabilidad ni progresos más duraderos y fecundos que los pueblos hispano-colombianos[sic, se refiere a hispano-américa]. ¿Por qué? porque ellos habrán hecho el laborioso aprendizaje del gobierno propio y popular y de la libertad democrática, en una época de luz y actividad,

¹²⁸ Castro-Gómez, *La hybris del punto cero*, 25

¹²⁹ Manuel Uribe Ángel, “Explotación de minas de oro”, en *Estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856*, de Emiro Kastos, Camilo A. Echeverri y Manuel Uribe Ángel (Medellín: Fondo editorial universitario EAFIT, 2007), 84

*sumamente favorable para las sociedades jóvenes; y saldrán de las terribles pruebas de la adolescencia depuradas de los vicios que pesaron sobre las generaciones pasadas.*¹³⁰

Estos escritores liberales se verán entonces como los destinados a hacer este tránsito de la *Barbarie*, considerada como una infancia (de trescientos años de oscurantismo, según ellos), pasando a la *ilustración* incompleta de sus padres, considerada como la adolescencia (desde la revolución independiente hasta su presente) para, por fin, llegar a la *civilización* que ellos representan, narrada como la adultez. Este último estado incluirá los cambios que su generación ha adoptado (la revolución de medio siglo) y la proyección hacia el futuro de *progreso y prosperidad*. La clave de este tránsito, en estas historias como narraciones de ficción, es el tiempo, que se entiende solo como el transcurrir que se desarrolla por medio de la *actividad humana*, es decir el *trabajo de forma específicamente capitalista moderna*. Todas las otras formas de relaciones sociales se relegan entonces a una *infancia, inmóvil y barbárica* de tiempo indeterminado, desprovista, como se puede ver en ambas citas, de cualquier posibilidad de movimiento. Lo que frecuentemente los hace caer en la sobre simplificación del pasado que consideran *bárbaro*. En palabras de Uribe Ángel:

*No serémos mui largos en decir que el objeto primordial de los españoles en este como en otros puntos de América, al hacer la conquista con tanto brío i arrojio como la hicieron, fue la sed inagotable de oro más que la propagación del cristianismo, porque en asuntos de moral, la mayor parte sino todos, eran pésimos sujetos.*¹³¹

En el caso bogotano-nacional, una de las obras más emblemáticas de este pensamiento es *Florencio Conde* (1875), de José María Samper. A pesar de que hasta este punto se ha citado varias veces, debo hacer un análisis más minucioso de su estructura narrativa, pues es en esta donde se encuentra la *expresión completa en un cierto sentido*, que menciona Gramsci, como *realización imaginaria total* o cosmogonía de las ideas de la generación liberal del federalismo. En la obra se narran dos historias como parte de un mismo *camino hacia la civilización*, es decir, siguiendo el orden de los símiles de *infancia, adolescencia y adultez*.

¹³⁰ José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas) con un apéndice sobre la orografía y la población de la confederación granadina*. (París: Imprenta de E. Thunot y C., 1861), 41-42

¹³¹ Uribe Ángel, "Explotación de minas de oro", 66

La primera es la historia de esta obra es la de *Segundo Conde*, negro nacido en la esclavitud de las minas antioqueñas, propiedad de un amo español; el esclavo *Segundo* inicia su recorrido de civilización cuando, apenas en edad para trabajar las minas, descubre de manera espontánea¹³² los valores de la **libertad individual y el trabajo productivo**:

*Hoy, por ser día sábado, mi trabajo es mío, y el fruto de mi trabajo me pertenecerá. ¿Es decir que hoy soy hombre, no una cosa; soy un ente libre, no una bestia como en los demás días de la semana? Sin duda ha de ser así, puesto que si el amo es una gran persona, un hombre rico, es por dueño de su hacienda, de su mina y sus esclavos [...] ¿En que consiste pues la mayor diferencia? En que él es hombre, porque es libre y posee, y yo una cosa, porque soy poseído [...] ¿Pero no podré convertirme de cosa en hombre a fuerza de trabajar todos los sábados y guardar lo que gane con este trabajo?... De este modo la idea sencilla de la propiedad como fruto del trabajo, conducía el espíritu de Segundo- espíritu de negro esclavo y todo, como era, pero humano, y por lo mismo creador,- a la fecunda noción de la personalidad propia, de la dignificación obtenida por medio del esfuerzo y la libertad individual.*¹³³

El despertar a estos valores, presupuestos *naturales* para el liberalismo radical bogotano, de la libertad individual, el trabajo y la propiedad, llevará a *Segundo* a *racionalizar* su tiempo y las ganancias de su trabajo. De esta manera, mientras otros esclavos negros derrochan las ganancias, y el tiempo, de los sábados en bailes y fiestas, *Segundo* ahorra y trabaja, logrando liberar no solo su propio cuerpo sino además el de su madre y sus hermanas. Desde este punto, aprenderá a leer, será porcicultor y, finalmente, llegará a Honda, lugar donde su raza no importa en las dinámicas de *igualdad* que genera el comercio:

*Honda había sido siempre una ciudad mercantil y de tránsito obligado, y nada hay que predisponga tanto una sociedad á las costumbres democráticas como el comercio, -profesión muy activa que iguala mucho á los hombres porque pone en frecuente y libre contacto á todas las clases sociales,-*¹³⁴

¹³² Espontáneo dentro de un marco narrativo quiere decir precisamente lo contrario, es decir estructural, necesaria y planeado. Precisamente porque el recurso de introducir hechos y pensamientos aparentemente azarosos o aleatorios le sirve a los autores para solidificar la trama alrededor de los personajes-héroes.

¹³³ Samper, *Florencio Conde*, 17-18

¹³⁴ Samper, *Florencio Conde*, 69

Es en esta ciudad, además, donde recibe su premio narrativo por tener las cualidades modernas del trabajo y la propiedad. De un patriota moribundo, al que había ayudado con dinero para la Independencia cuando aún era un esclavo, recibe a su esposa, la hija blanca del prócer. Aquí termina el recorrido de *Segundo* que se asienta definitivamente en Honda, forma familia, y expande sus negocios, donde finalmente se emancipa; como una metáfora del proceso independiente del país, y pasa de *cosa* a *hombre*, de *infante-bárbaro* a *adolescente-ilustrado*.

La segunda historia es la *Florencio Conde*, hijo del negro *Segundo*, mulato por el matrimonio entre un su padre y una blanca. *Florencio* continuará el camino iniciado por su padre, esta vez no con el trabajo manual y la riqueza, aunque apoyado por estas ya que su padre nunca deja de ser su sostén económico, sino con la educación y el ámbito *elevado* de las *ideas modernas*. Como primer paso llegará a Bogotá, donde recibirá la inducción a estas ideas, donde ya no conoce de manera empírica su libertad y su trabajo (como su padre), sino que además la sabe conceptualizar, racionalizar y discutir, como el paso necesario para el cambio intelectual de la república. En este lugar se encuentra también con los *rezagos* de la sociedad colonial y sus costumbres, encarnados en la aristocrática familia *Fuenmayor*, que desprecian el trabajo y mantienen los valores de la sociedad de castas. *Florencio* se enamora de *Rosa Fuenmayor* y es rechazado por esta por ser mulato. Como consecuencia de su despecho, da un nuevo paso en su recorrido: el viaje a Europa. Estando en Francia, como espectador de la revolución de 1848, *descubre* su razón intelectual y política de ser:

*“Aún hay esclavos en mi patria, pensó un día Florencio, y la raza de mi padre es tiranizada por la de mi madre ¡No!! eso no puede ser, no debe ser! eso es un horrible contrasentido, y mi existencia misma no está en armonía con la vida política de la sociedad a que pertenezco!...Eureka! ya sé cuál es mi fin, cuál debe ser mi idea fija y el objeto de todos mis desvelos... Dedicaré todo lo que soy y lo que pueda ser al cumplimiento de este propósito: hacer primero que desaparezca totalmente la esclavitud, y **procurar luego que el cruzamiento material de nuestras razas se reproduzca en un grande hecho moral: la promiscuidad democrática del gobierno y la justicia cristiana de las leyes**”*¹³⁵

¹³⁵ Samper, *Florencio Conde*, 158-159

Con este propósito regresa *Florencio* a Bogotá y la novela termina en una espiral de hechos donde cada vez la voluntad de este se impone sobre las corrientes *oscurantistas* de la resistencia colonial. Al final, *Florencio* libera a todos los esclavos y logra vencer las resistencias de *Rosa Fuenmayor* y su familia, con la que finalmente se casa. Este clímax del recorrido iniciado por el padre se refiere al paso de **todos** los esclavos de **cosa** a **hombre**, como fin del desarrollo, *natural y lógico*, del adolescente, apenas ilustrado, a la adultez política de la generación liberal que *cumple* con las promesas de la generación anterior revolucionaria.

La idea de verdad histórica en esta obra estará marcada por una proyección teleológica de la civilización como desarrollo: **1-Inevitable:** ya que los pueblos independientes no pueden volver a las formas *oscurantistas* de la monarquía, después de encontrar la verdad de la *libertad y el trabajo*. **2- Disponible para todos:** ya que la idea de que un negro pueda convertirse en un hombre civilizado, de provecho para el país, prueba narrativamente que todos lo pueden hacer. **3- Jerárquico:** ya que Samper propone la idea de que el comerciante le sirve a la república por su riqueza, pero que no debe este entrar a política, sino dejar este ámbito para los que *nacen* y se *crían* en ella, como es el caso de *Florencio* y *Segundo*, que siempre respetan esta relación simbiótica.

En el caso antioqueño la narración de la historia se da de formas diferentes. Primero porque esta región, para mediados de siglo, no generó representaciones completas, como las novelas, sino que estuvo limitada tanto por una red intelectual mucho más pequeña materialmente (en comparación con la bogotana) como por el rechazo que algunas de estas ideas liberales generó en las élites mineras y comerciantes de la región. De esta manera, para estudiar las representaciones identitarias como tramas universalizantes que intentan explicar toda la realidad antioqueña, se deben analizar los fragmentos de esta representación en cuentos y artículos periodísticos, los cuales, aunque no sean tan homogéneos como una novela, sí expresan unas ideas comunes entre estos intelectuales liberales antioqueños, y su idea de historia y sociedad. En segundo lugar, la aceptación del determinismo geográfico configurará una narración histórica diferente en la región antioqueña, que no estará mediada por la aceptación de una *homogeneidad mestiza* sino por la preminencia de un carácter exclusivo

antioqueño, que se racionaliza como un *destino* que la geografía natural impone sobre los hombres que habitan sus montañas, y que la *infancia barbárica* ha impedido:

*Pero en medio de este rico vergel donde brotan a porfía las más bellas plantas, en medio de esta naturaleza acariciadora y simpática, el hombre, **por un contraste inexplicable, no cultiva sino pasiones antisociales, rivalidades caprichosas, antipatías y odios insensatos. El entusiasmo, la fraternidad el desprendimiento, las amistades verdaderas. el amor desinteresado y caballeroso, los afectos dulces y sinceros, todas esas flores que encantan y perfuman la existencia, no pueden encontrar vida ni alimento en corazones que el egoísmo, la codicia y la fría especulación esterilizan y secan.***¹³⁶

El *contraste inexplicable*, al que alude Uribe Ángel en esta cita, es la interrupción de la naturaleza que los *valores coloniales* imponen sobre los antioqueños, haciéndolos enemigos de este, como un pecado *antinatural*. Comparándola con otra cita *el contraste inexplicable* se vuelve obvio:

*Pero después que la industria, el comercio, la navegación i las ciencias se pusieron al orden del día, llamando la atención de los pueblos, como únicos medios de llegar a la fortuna i la grandeza; la España, rehusando entrar **en la nueva vía abierta a la actividad humana**, cruzó los brazos, se acostó a dormir la siesta a la sombra del despotismo i de la teocracia, i consumió su enerjía en plazas de toros, en cuestiones teológicas, en perseguir herejes, en revoluciones fratricidas; la España, en una palabra, por perezosa, fanática, imprevista e ignorante, logró bajar de alto rango que antes ocupara al ínfimo que tiene en la actualidad.*¹³⁷

Los caracteres coloniales serían, para Kastos y Uribe Ángel, la base de una degeneración del antioqueño *en antipático, antisocial y odioso*. Para restablecer, entonces, este balance *natural* entre los hombres y su ambiente en la región se instaura como hegemónica la idea de la *industria minera*. Esta, no solo como forma de ocupación del tiempo eminentemente moderno (**trabajo**) sino además como *dictado* de una naturaleza contrariada por la historia, como lo menciona Uribe Ángel:

¹³⁶ Uribe Ángel, “Explotación de minas de oro”, 108

¹³⁷ Emiro Kastos, “Industria minera- Antioquia”, 27-28

...nuestro intento es el de rehabilitar la industria minera en el país, demostrando que el único i posible porvenir de ventura entre nosotros está en la minería. Querer dar en esta provincia las, preferencia a los trabajos agrícolas sobre los mineros, es desconocer enteramente su verdadera situación. La providencia al demarrar oro en toda su superficie, i al depositarlo en las entrañas de sus cordilleras, la hizo predestinada a ser minera como el único medio de llenar su misión [...] los antioqueños no deben tener la ridícula pretensión por ahora, de enriquecerse con la explotación de frutos, cuando el oro de sus venéreas es el solo artículo que pueden sacar por sus i esportar por sus veredas.¹³⁸

El camino hacia la civilización que se adjudican las élites intelectuales antioqueñas es diferente entonces al bogotano. La representación antioqueña parte de un estado de cosas armónicas, como un *edén original*, donde la naturaleza esta en concordancia con los hombres que habitaban estas tierras, así estos mismos fueran *bárbaros*:

*Han pensado algunos historiadores que eran pocos los indios que poblaban esta provincia a tiempo de la conquista; pero si se reflexiona que a Robledo le presentaban batalla con frecuencia de ocho a diez mil, i que solo en la hondonada de Guaca pelearon veinte mil con Francisco César, será preciso concluir que la población era crecidísima. **Casi todas las minas de la provincia presentan indicios de haber sido trabajadas de un modo complicado i laborioso por los indios, lo que apoya la creencia de que por todas partes ecsistian.** Es probable también que en pocos lugares se entretuvieran nuestros antepasados tanto como aquí en esterminarlos, porque no hai rincón en América desde la tierra del fuego, hasta el estrecho de Bering en que la raza india se encuentre tan escasa como en este.¹³⁹*

La irrupción entonces de los españoles y el inicio de la época *barbárica* les sirve a los intelectuales liberales para justificarse de dos maneras. Por una parte, se convierten en los que, a través de la modernización, restauran un pasado glorioso de armonía con la naturaleza; mientras que, por otro, la constante alusión a *la falta de indios* en Antioquia los deja como los únicos herederos posibles de este proyecto modernizador de *actuar según la naturaleza geográfica*. Validados entonces como los únicos interlocutores modernos, su narración del proceso civilizador va por este trayecto: primero como un *edén bárbaro de naturaleza*

¹³⁸ Uribe Ángel, “Explotación de minas de oro”, 92-93

¹³⁹ Uribe Ángel, “Explotación de minas de oro”, 67-68

estática; segundo como un *caos que se inaugura con la entrada de los españoles y el exterminio indígena*; y tercero, como *una restauración desde las ideas modernas* que regeneran la armonía y la proyectan hacia el futuro por medio del *trabajo*. Y tendrá estas características: **1- Particular**, porque se presenta como una confluencia de factores específicos: falta de indios, naturaleza generosa, y actitudes hacia el trabajo, que no son repetibles en otras regiones del país. **2- Exclusivo**, porque a diferencia del proyecto liberal nacional (que quiere homogenizar a todos como *ciudadanos productivos*) la idea de *antioqueñidad* es una heredad, con unos límites que corresponden a los mismos tres factores de su particularidad. **3-Democrática, o no-jerárquica**, precisamente porque su particularidad y su exclusividad se plantean como factores que emanan una homogeneidad interior donde todos los *antioqueños* tienen la misma posibilidad de ser modernos y, por tanto, pueden explorar los ámbitos que ambicionen, como los comerciantes-políticos o los intelectuales-comerciantes. Tal fue el caso de Emiro Kastos que, alrededor de 1870, se retira de las letras para ejercer de comerciante y minero en el estado del Tolima.¹⁴⁰

2.3.3 EL *hombre nuevo* y la raza:

Dos maneras de narrar y dos maneras de justificar lo narrado dan como consecuencia dos formas de proyectarse hacia el futuro. De acuerdo con lo planteado en los dos apartados anteriores, las identidades bogotana-nacional y antioqueña tendrán diferentes formas de proponer el *hombre perfecto* para cumplir sus ideales modernos. En ambos casos las definiciones se pueden sintetizar desde los mismos autores: para Samper es *el hombre nuevo* que el liberalismo de la capital puede crear; mientras que para los antioqueños (Kastos y Ángel) es la *raza antioqueña*, ya creada, pero que se puede refinar por las ideas liberales. Explicaré ambas.

El *hombre nuevo* de Samper es un sujeto que: **1-** Rechaza la calidad racial de los sujetos, pues advierte que, potencialmente, todos los hombres son iguales. **2-** Entiende los ideales de la modernidad, y sus ideas sobre la libertad y el trabajo, en mayor o menor medida, y sobre estas llenas su potencial como sujeto útil para el todo social de la república, sea agricultor,

¹⁴⁰ Noticias contenidas en el prólogo hecho a su obra *Mi compadre Facundo*, por su amigo Manuel Uribe Ángel. Kastos. *Mi compadre Facundo*, 30-31

político, comerciante o escritor. 3- Ejerce y defiende su libertad y la de los demás porque entiende que entre más riqueza genere más próspero será el país. En esta síntesis el proyecto nacional federal y sus reformas queda racionalmente justificado, y la dificultad de modernizar homogéneamente sería, en teoría, responsabilidad de los individuos de las regiones, que con su propia prosperidad ayudan al conjunto de todos los estados. La educación básica general laica sería el medio por el cual crear estos *hombres nuevos* racionales y ayudarles a alcanzar su potencial de civilización, además de extirpar parte de esas *supersticiones y barbarismos* coloniales (anclados muchos de estos, para los liberales, en la institución religiosa). Por su parte, las garantías de libertad de prensa, la abolición de la esclavitud y la libertad económica serían las maneras en que se deja patente la idea moderna de la libertad absoluta para *progresar de acuerdo con la capacidad*.

En la práctica, sin embargo, esta representación del *hombre nuevo* les sirvió a las élites bogotanas como justificación de su preminencia como centro intelectual y político. Donde el resto de secciones sociales *pueden potencialmente* acceder a este poder, pero solo mientras mantengan las reglas de la jerarquía impuesta, lo que en la práctica funcionó como impedimento para que estas accedan a los estratos superiores. La representación se convierte entonces en el marco justificativo de los hijos de la vieja élite, que resimbolizan la posición de privilegio en la que nacieron bajo los paradigmas de la razón, y que bajo la premisa de estas libertades mantendrá un modelo de sociedad estática: donde todos están en el lugar que se merecen.

En el caso de *Florencio Conde*, esta localización de la jerarquía es tanto más eficiente, siendo Florencio un mulato y su padre Segundo un negro, el éxito de ambos “prueba” (en la ficción de una narración, vale la pena recordar) que todos pueden acceder a los estratos más altos de la jerarquía, incluso los que en la sociedad de castas no podían. Si al final de cuentas estos mulatos y negros no logran en la realidad mejorar su posición social, es a razón de que no son lo suficientemente modernos, y su incapacidad se convierte en una cuestión de su propia naturaleza. Queda entonces el planteamiento oximorónico de una sociedad donde la libertad individual se convierte en la cadena con la que las élites intelectuales justifican la inferioridad del resto. El *hombre nuevo* se convierte así en el sueño de una élite intelectual que quiere

cambiar su país, pero sin abandonar ni uno solo de sus privilegios, que consideran *pruebas* de su propia superioridad.

La *raza antioqueña*, se configura de una manera diferente. A pesar de que lo español y colonial se demoniza, los habitantes de estas tierras, en su lucha con la naturaleza que les proporciona el sustento, se vuelven más tenaces y trabajadores que los *blancos de otras regiones*. De acuerdo con esto, Antioquia es una región con muchos defectos *coloniales*, pero también con una gran virtud heredada de este periodo, su ética del trabajo. La intención de estos escritores no es entonces la de *crear un hombre nuevo antioqueño* sino que sus ideas para la *raza* son la de *limar y corregir* los defectos de esta. En palabras de Kastos:

Y ya que estoy discurriendo sobre el carácter de los antioqueños observaré que éstos no tienen pasiones a medias: por lo regular sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos, enérgicos. De aquí resulta que los que toman buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, a despecho de todos los obstáculos, van muy lejos. Pero también, cuando alguno se echa a rodar por la mala pendiente de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo [...] Dese al pueblo antioqueño buena educación, trabájese por reformar sus costumbres, en el sentido de darles más suavidad y cultura; procúrese para la industria un desarrollo más fraternal, menos egoísta que ofrezca a todos colocación y porvenir, y entonces la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presión para empujar estos pueblos hacia grandes y poderosos destinos.¹⁴¹

Esta cita nos muestra la intención detrás del concepto de *industria minera*, la idea de *predestinación* y de *misión* nacida de la geografía nos dan las claves para entender la jerarquía que se establece entre los pueblos civilizados. Antioquia atiende a su situación con respecto al resto de *pueblos* del mundo, en la forma de cumplir los dictados de *su ambiente específico*, las montañas. Esto implica no solo una dirección para la región, sino que además cimentará la idea, presente de ahora en adelante en el mito de la identidad, de la *riqueza económica* como prueba de *superioridad*.

A las élites mineras y comerciantes esta representación las beneficiaba enormemente, pues en la práctica ellos eran *los mejores de la raza*, y su riqueza lo *probaba*, esto les daba la

¹⁴¹ Kastos, “Mi compadre Facundo”, 62-63

legitimidad para ejercer y repartirse los cargos políticos y administrativos del nuevo estado federal de Antioquia. De manera que se convertían en los representantes *naturales* de los otros antioqueños, el *pueblo*, que eran potencialmente modernos, pero que todavía no tenían todas sus características. Entronizando de manera clara a una élite minera y comerciante, que, antes de 1845, no había tenido nunca manera de perpetuar sus privilegios en la región. Como lo menciona María Teresa Arcila:

En los escritos de pensadores, políticos y funcionarios de la segunda mitad del siglo XIX, el dominio del hombre antioqueño sobre la naturaleza encontró su mejor demostración en la creación de un entorno económico y productivo calificado como próspero y exitoso; y se difundía una visión optimista acerca de las condiciones de bienestar y progreso que experimentaba Antioquia en aquellos momentos [...] las actividades económicas y productivas aparecen como una creación “prodigiosa” y la mayor expresión de “victoria” alcanzada por el hombre antioqueño en su lucha contra una naturaleza hostil. Y se consideraba que ello se había producido gracias a la “dedicación desmesurada al trabajo” de este pueblo.¹⁴²

El sentido de *raza* en este primer periodo, entonces, no estará amarrado aun a cuestiones biológicas o de dependencias culturales, sino que será determinado por la síntesis de las dos cuestiones anteriores. Es decir, el *pueblo antioqueño* se define en tanto se aleja de lo *hispanico* y se acerca a una comunión *racional* con la naturaleza, lo que lo lleva a una explotación moderna de la minería como *prueba* de su compromiso con su destino. Las reformas políticas y económicas de la región irán entonces a *antioqueñizar* a los *antioqueños* y, para este efecto, el federalismo les da legitimidad para consolidarse políticamente, mientras que la libertad económica les permite expandirse por todo el país y probar su *superioridad desde el trabajo*. En el tema religioso, sin embargo, se alejarán del laicismo e incorporarán a la iglesia como una institución humanizadora, de manera que la educación a través de esta pudiera *limar el egoísmo de la raza*.

Las relaciones entre estas dos formas de imaginar el mundo son muy complicadas. Desde los exteriores narrativos parecen incompatibles e irreconciliables, es decir, si aceptamos a los antioqueños como unos seres con unas características estáticas (como intentan estos

¹⁴² María Teresa Arcila, *El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional*, 54

esfuerzos identitarios) la idea de que de un antioqueño pueda ser a la vez colombiano, parece imposible. Sin embargo, como quizás se ha visto en el capítulo, sus devenires están interconectados, ya que, sin las reformas de medio siglo, el mesianismo de sus intelectuales, sus ideas sobre la libertad y la creación de los estados federales la narración de Antioquia por estos intelectuales hubiera sido muy diferente. No en el sentido de que estas narraciones no se hubieran hecho o que el surgimiento de una *antioqueñidad* estuviera amarrado a ser un subordinado del movimiento intelectual liberal de Bogotá (aunque de alguna manera lo estuvo), sino porque estas representaciones sociales surgen de la interacción de todos estos elementos: modernidad, fracaso de la República, necesidad de cambios, surgimiento de los antioqueños como comerciantes y empresarios a nivel nacional. Todos ellos contribuyeron a tejer las redes intelectuales, los intercambios, las expectativas y las relaciones sociales que dieron como resultado estas maneras particulares de narrarse. Sin embargo, una vez consolidadas y sintetizadas, las identidades desde la narración tienden a desvanecer estas relaciones y solo nos dejan el relato homogéneo de una realidad *natural, autocontenida y autoengendada* (dinámica presente no solo en estas narraciones, sino de todos los textos escritos, incluido este). Este ha sido uno de los principales problemas para estudiarlas, si se analizan solo desde su contenido, y como lo mencionaba antes, lo único que se ve es lo que estos autores *quisieron decir de su tiempo*, y no todas las relaciones, fuerzas, y luchas ideológicas que participaron en su creación.

2.4 Comentarios finales:

Para cerrar, quisiera hacer un breve recorrido de estas representaciones a través de este medio siglo (1845-1880) y de mostrar cómo se relacionan con sus contextos. Mientras la idea federal central se desgasta y se mata en las guerras civiles, sin nunca llegar a cumplir los ideales de la *homogeneidad ciudadana*, en Antioquia las propuestas de la *raza* de estos intelectuales empezarán a verse como acertadas. Los mineros y los comerciantes prosperarán en el régimen federal, y el Estado de Antioquia se mantendrá al margen de las guerras civiles entre conservadores y liberales, en parte porque logra conciliar las diferencias entre estos, y en parte porque resuelve el problema de la religión y su papel en la sociedad sin tantos conflictos como en el resto del país. No obstante, la ya mencionada *guerra de las escuelas*

de 1876 cambiará la situación. Antioquia como bastión de un nuevo conservadurismo se verá devastada por este conflicto; y de esta última frustración frente al régimen federal empezarán a surgir los intelectuales conservadores de la Regeneración, muchos de ellos desertores de las filas del liberalismo radical (como Rafael Núñez, o el mismo Samper). Estos, cansados de los desastres de las guerras civiles, intentarán dar unos nuevos parámetros de representación al país, tachando la concepción liberal nacional del ciudadano homogéneo como *demasiado ideal* y tomando no poca inspiración de los éxitos (relativos) de la representación de la *raza* antioqueña. Esta nueva dinámica, junto con el nuevo contexto político, económico y social, modificará de nuevo estas identidades narrativas. El liberalismo radical nos deja la historia de una fuerza intelectual creadora que no logra totalmente sus metas (ni en Bogotá, ni en Antioquia), pero que de todas maneras con su movimiento termina por modificar el ámbito intelectual del país. Así esta nueva dirección fuera diametralmente diferente a la de sus propuestas.

Capítulo III: Modernidad y Regeneración, 1880-1910

Para 1875 el régimen liberal radical entra en decadencia. La modernización a través del sistema federal y librecambista no se logra consolidar, la educación laica, homogénea y controlada por el estado fracasa en la ya mencionada guerra de las escuelas, y el cansancio de las guerras civiles empezará a mellar la cohesión de este partido, mientras la oposición conservadora se fortalece. Esto desembocará en una situación insostenible donde ambos partidos políticos utilizarán prácticas y retóricas cada vez más radicales: por un lado, los liberales recurrirán sistemáticamente al fraude como forma de mantener el poder, situación que llegó a ser conocida como el *Sapismo* (*el que escruta elige*). Mientras que por otro los conservadores irán adquiriendo un sentido más combativo de *cruzada contra el ateísmo* frente a los liberales. Ambos puntos, desde la perspectiva conservadora, los podemos ver en Manuel Briceño, general conservador de la guerra de 1875, en su obra *Revolución 1876-1877*:

*Desde los primeros días del triunfo de la rebelión [Liberal radical], una asociación de abogados encabezada por el doctor Ramon Gómez, se había adueñado del poder judicial en Cundinamarca. Especulando con la justicia, los socios se habían enriquecido como por encanto, mientras que sus víctimas eran presa de la miseria, y muchas de ellas se veían reducidas á mendigar el pan del infortunio. El pueblo, con su instinto admirable, dio á aquella asociación infame el nombre del que era su alma y su autor, y la llamó el sapismo. [...] El sapismo reinante elabora las leyes electorales; en casi todos los distritos tiene un agente: éste es el juez, el alcalde, el gamonal ó el comisionado para inspeccionar los comicios; ante los jurados que el sapismo escoge se presentan los ciudadanos á depositar sus votos. La elección es la voluntad del pueblo, el escrutinio es la conveniencia de la asociación.*¹⁴³

Y en este punto sobre el decreto de instrucción pública de 1875:

¹⁴³ Manuel Briceño, *La revolución 1876-1877. Recuerdos para la historia* (Bogotá: Imprenta nueva, 1878), 3-4

Puesto en práctica aquel decreto, el partido liberal se convirtió en secta: arrojó de las escuelas á Dios; se dedicó á borrar de la mente de los niños las ideas religiosas que habían recibido en sus hogares, bajo el ala materna; y convirtió las escuelas en talleres de hombres sin religión, para hacer de ellos más adelante esclavos sumisos de su ambición y de sus bastardas pasiones. [...] Un alto y fanático funcionario masónico ha sido desde entonces el Director de las escuelas de Cundinamarca, y para ocupar el puesto de preceptor, necesario ha sido que los jóvenes que á esa tarea se han dedicado reciban previamente el de aprendiz de una logia masónica.¹⁴⁴

Todos estos factores se traducirán en una profunda decepción del modelo radical y su incapacidad de cumplir las *promesas modernas*: situación que se puede entender como un progresivo proceso de incapacidad de cumplir, *en el espacio de experiencia*, los valores del *horizonte de espera* (como se explicó en el capítulo I apartado 1.1.4). Esta incapacidad del gobierno federal por cumplir las expectativas de sus propias metas llevará a la élite de este periodo a una revaluación de todo su sus sistemas, gubernamentales, económicos y sociales, y con esto crearán una nueva forma de ver y representar el país y sus regiones, proceso que vendrá a ser conocido como la Regeneración.

Esta nueva forma de representar la trataré, para el caso antioqueño, en la forma como se consolida una idea de identidad total y autónoma para la región. Esto bajo la idea de una Antioquia que, en el periodo de la Regeneración, entra en procesos políticos, económicos y sociales, que la integrarán de manera más clara con los destinos del país (en lo económico y lo político); mientras que, paradójicamente, la vuelven parcialmente independiente en el ámbito intelectual. De esta manera, los intelectuales antioqueños de la Regeneración verán la necesidad, al igual que los radicales, de *cumplir la promesa independiente*, pero basándose, tanto en las nuevas dinámicas económicas de la región (cómo el café o la industria) y sus necesidades, como en las representaciones anteriores de los intelectuales como Kastos y Uribe Ángel, de los que toman las bases de sus razonamientos, pero ajustándolas a sus nuevas circunstancias. El punto de este capítulo, entonces, no será una creación dialéctica de alteridades (como la dinámica Antioquia-Bogotá del capítulo II), sino que se tratará de mostrar como las nuevas circunstancias crean una forma de representación del antioqueño

¹⁴⁴ Manuel Briceño, *La revolución 1876-1877*, 7

que se aleja, desde los textos literarios, de la comparación (aunque no desaparezca), en favor de una creación narrativa totalizante que justifica las características de la región desde factores netamente internos. Es decir, se pasa de la comparación delimitante de las obras del periodo radical, a una *prueba narrativa* de que la antioqueñidad solo surge por las condiciones de su propia *naturaleza* (geográfica y social), sin que en este Genesis interfieran elementos exteriores. La literatura, para este capítulo será entonces a lo que se quiere llegar, como muestra de la condensación de estos procesos sociales, tanto condicionados por esta, como condicionantes de estos. Es decir, un continuo de cambios donde lo escrito influye la realidad material, a la vez que esta modifica la escritura, sin que ni una ni otra se puedan considerar atadas en jerarquías causales.

El fin de este capítulo será entonces responder a la pregunta: ¿cómo se modifican y consolidan las representaciones literarias de la antioqueñidad desde el periodo anterior? Para tal efecto, estará dividido, al igual que el anterior, en tres partes: un contexto general que resume y explica los cambios económicos, políticos y sociales de este periodo; un segundo momento que busca mostrar cómo se tejen las relaciones sociales que dan paso a los nuevos intelectuales; y, finalmente, el análisis de como las obras literarias terminan por sintetizar y solidificar estas representaciones.

3.1 Antioquia en la Regeneración y el cambio de siglo:

Las elecciones de 1875 estuvieron plagadas de inconsistencias. El candidato alternativo de los liberales inconformes con las políticas estatales, Rafael Núñez (1825-1894), pierde la elección frente al candidato oficial del liberalismo radical Aquileo Parra (1825-1900), dejando patente la política *sapista* del gobierno y su endurecimiento contra cualquier crítica.¹⁴⁵ Esta situación desembocará en el constante extrañamiento de los liberales moderados que poco a poco irán tendiendo lazos a los sectores conservadores, hasta que, en las elecciones de 1880, Rafael Núñez sale victorioso como candidato al frente de una coalición entre los conservadores y liberales moderados. En su discurso para la conmemoración del 20 de julio

¹⁴⁵ Jorge Orlando Melo. “Del federalismo a la constitución de 1886.”, en *Nueva Historia de Colombia. Tomo I: Historia Política*, Cord. Álvaro Tirado Mejía, (Bogotá: Planeta, 1989), 21

de ese año se puede ver como la esperanza de un cambio en todos los aspectos del país se planteaba como necesidad urgente:

*Compatriotas! Saludemos con respeto i amor esta memorable aurora. Ella no nos encuentra, cono en otras tristes ocasiones, empeñados locamente en destruirnos i desacreditarnos, con el odio en el pecho blandiendo el arma fratricida, sino llenos de esperanza en un larga era de paz i de trabajo reparador de tantos destructores conflictos. Después de periodos de tempestad, necesarios acaso como elementos de purificación social, hemos llegado a una época de recojimiento en que todas las aspiraciones honestas se aunan en el propósito de fundar una patria justa i pacífica, digna de la consideración de los pueblos civilizados. Esta patria será la misma que nuestros padres presintieron i anunciaron al mundo [...] Emprendamos la fecunda tarea de combatir nuestras malas pasiones, porque estas son en realidad el solo obstáculo serio que se opone al desarrollo final de la grandiosa evolución que hoi conmemoramos. **Glorifiquemos así, como hombres de corazon i de conciencia ¡oh compatriotas! El recuerdo venerando de los ilustres patricios de 1810**¹⁴⁶*

Con este gobierno comienza el proceso de la Regeneración. Para poder mostrar los cambios que este fomenta en el país, y en Antioquia, llevaré el análisis a las condiciones que, tanto hacen posible este régimen, como las que se modifican a través de este, empezando primero con el cambio económico que desde 1870 empieza a modificar los intereses y necesidades de la Élite.

En el ámbito económico el café se convierte en el gran dinamizador de las relaciones económicas en el país. En 1870 este producto representaba el 20% de todas las exportaciones del país, y para el final del periodo, en 1913, esta cifra llegaba a 53%¹⁴⁷. Este crecimiento acelerado abrirá unas nuevas dinámicas económicas y comerciales, que modificarán la economía dependiente del oro del periodo anterior y las mismas necesidades de las representaciones de la Élite. Los puntos principales de este cambio se pueden resumir en cuatro:

¹⁴⁶ *Alocución de Rafael Núñez*, Bogotá 20 de Julio de 1880

¹⁴⁷ Bernardo Tovar Zambrano, “La economía colombiana 1886-1922.”, en *Nueva Historia de Colombia. Tomo V: Economía, Café e Industria*, coord. Álvaro Tirado Mejía, (Bogotá: Planeta, 1989), 11

1. Como integrador de las redes comerciales: El café se convierte, desde 1870, en el producto sobre el cual se agruparán y consolidarán las redes comerciales del país. En principio porque, a diferencia del oro, de producción y beneficios muy localizados (es decir, solo para las regiones que lo pueden producir y los centros comerciales que lo reciben), el café permitirá una producción extensiva por regiones más amplias del país.¹⁴⁸ Esta situación desembocará en una mayor necesidad de caminos y ferrocarriles, ya que la producción cafetera estaba amarrada, primero, a su peso, mucho mayor que el oro; y, segundo, a su carácter de bien perecedero, que obligaba a una movilización más eficiente y rápida, bajo la amenaza de perder todo su valor en muy poco tiempo. Este cambio en las redes comerciales y las necesidades de movilización de bienes se puede ver en una comparación de los productos (el oro y el café), sus valores y el peso sobre la infraestructura necesaria. Una onza de oro, cotizada en 1900 en 18 dólares, podía ser sacada en la mina, ser entregada al comerciante, y moverse sin mayor impedimento por todo el territorio nacional o internacional en el espacio de una bolsa, un carriel, o una maleta. En contraste, un saco de 60 kilos de café, con valor en puerto de 13 dólares para 1900, debía ser cultivado, cuidado, recolectado, llevado a los centros de despulpe y empaque, y, finalmente llevado a puerto. Esta estructura, más masiva y compleja, tuvo como efecto que las redes comerciales se ampliaran, donde las regiones involucradas en este producto se empezaron a integrar en círculos comerciales continuos y más estables (zonas de cultivos, centros comerciales y puertos de diferentes departamentos). Con el efecto complementario que estos nuevos circuitos comerciales aumentarán la importación y el consumo de bienes significativamente, pues los vapores, ferrocarriles y recuas de mulas que en un sentido iban cargadas de café, volvían cargadas de insumos para el cultivo, máquinas y otros bienes de consumo.¹⁴⁹

2. Como movilizador poblacional y factor urbanizador: Además del movimiento de los productos, la producción cafetera también propicio el movimiento de los campesinos

¹⁴⁸ Principalmente las regiones de Cundinamarca, Santander y Norte de Santander en un primer momento (hasta 1890) y posteriormente la región antioqueña (desde 1900). José Antonio Ocampo, “Los orígenes de la industria cafetera, 1830-1920.”, en *Nueva Historia de Colombia. Tomo V: Economía, Café e Industria*, de Álvaro Tirado Mejía (Bogotá: Planeta, 1989), 214

¹⁴⁹ Bernardo Tovar Zambrano, “La economía colombiana 1886-1922”, 10-12

y los trabajadores. En un primer momento, desde 1870, la movilización se ocupó de la ocupación y expansión de las fronteras no trabajadas de las regiones, como fue el caso de la colonización antioqueña del sur, que aunque no se inició como un movimiento para la producción del café, sí se adaptó rápidamente a esta producción. Además, se readaptaron tierras agrícolas de otras vocaciones para la exportación de este producto, como es el caso de las haciendas tabacaleras de Santander, o de las de añil y tabaco en Cundinamarca. Sumado a esto, el cultivo de café requería de grandes cantidades de trabajadores estacionales para las épocas de cosecha, lo que atraía a muchos campesinos de las regiones sobre los centros de esta producción. Cómo lo menciona José Antonio Ocampo, para Cundinamarca:

En 1906 se calculaba que se necesitaban unos 12.000 trabajadores residentes en las haciendas de Cundinamarca y unos 100.000 trabajadores estacionales. Ambas cifras, en particular la segunda, pueden estar exageradas. En cualquier caso el esfuerzo de movilización temporal de la fuerza de trabajo debió ser sustancial en una época en que la población conjunta de Cundinamarca y Boyacá era de algo más de un millón de habitantes¹⁵⁰

El segundo momento de este movimiento, desde 1900, es el crecimiento urbano que esta economía propiciará, donde las ciudades involucradas en estos circuitos cafeteros crecerán de una manera rápida en este periodo. Tanto porque concentran puntos clave de estos circuitos, como las trilladoras, las empaquetadoras y los puertos, como porque se empiezan a crear una serie de actividades económicas que, o son accesorias de esta producción como el de metalurgias, el sector comercial y el financiero; o son efecto de los capitales acumulados por las ganancias de esta producción, como las primeras fábricas textiles, en el caso de Medellín (fábrica textil de Bello), o las fábricas alimenticias, en el caso de Bogotá.¹⁵¹

¹⁵⁰ José Antonio Ocampo, “Los orígenes de la industria cafetera”, 219

¹⁵¹ Como ejemplo de este crecimiento se pueden ver el caso de cuatro ciudades involucradas fuertemente en este comercio en dos fechas 1870 y 1912: Medellín 29.765- 71.004, Barraquilla 11.595- 48.907, Bogotá 40.833- 121.257 y Cartagena 9.396- 36.632. Vale aclarar que el café no es el único movilizador de estos movimientos, pero que si se constituye en uno de los más importantes. Bernardo Tovar Zambrano, “La economía colombiana 1886-1922”, 18-19

3. Como modificación de las relaciones de trabajo y ocupación de la tierra: La nueva dinámica de la producción cafetera también termina por modificar las relaciones de trabajo y el uso de la tierra. En el primer caso porque incluía a miles de campesinos en una economía monetaria que, a diferencia de la agricultura de subsistencia (que de todas maneras nunca desaparece) era remunerada con dinero, lo que los llevaba a una participación mayor de estos en las transacciones monetarias, tanto para cobrar su trabajo, como para adquirir bienes. En tanto el segundo, el café causaba un uso más extensivo y continuo de la tierra, lo que como consecuencia inmediata tendrá que las relaciones de trabajo monetario se volverán permanentes y no, como lo habían sido con los otros experimentos exportadores (el tabaco, la quina y el añil) coyunturales y cíclicas. De esta forma se incluía al trabajo campesino colombiano en la economía mundial, aunque todavía de manera restringida, lo que cumplía, en parte, las esperanzas de la élite por la inclusión de Colombia en la modernidad económica.¹⁵²

4. Crecimiento del aparato burocrático y dependencia del estado de las rentas del café: Si bien el estado federal había dependido de las rentas de aduanas para cubrir sus gastos, con el advenimiento del café, y del régimen Regenerador, se da la necesidad de un flujo constante y estable de fondos para una administración que quiere centralizar todos los aspectos estatales (como se explica en el siguiente punto, el político). La economía cafetera se presenta entonces como la solución para esto, donde los impuestos de aduana, el arancel de importación (contrario a la política librecambista de los radicales), los primeros impuestos a la renta (creados en el gobierno de Reyes 1904-1909) y la regulación de la economía mediante la creación de los bancos nacionales permitirán un crecimiento de las funciones del estado imposible en el modelo anterior. También establece las condiciones reales de la posterior industrialización del país, ya que, especialmente la política arancelaria, estará guiada a la protección de los primeros experimentos industriales que empezarán a surgir desde 1880.¹⁵³

¹⁵² José Antonio Ocampo, “Los orígenes de la industria cafetera”, 230

¹⁵³ Bernardo Tovar Zambrano, “La economía colombiana 1886-1922”, 14-15

Este crecimiento y expansión de la economía en el marco de la producción cafetera no puede ser confundida, sin embargo, como un mejoramiento de situación de los campesinos o la apertura a una sociedad *democrática*. La propiedad de la tierra, el acceso al capital y las ganancias de esta producción seguirán siendo una prerrogativa de las élites económicas del país, pues, aunque se expandió significativamente la cantidad de campesinos libres propietarios en este periodo, la rentabilidad del café y la capacidad de comercializarlo y venderlo, siguió estando en manos de unos pocos. Especialmente porque estas élites podían disponer del aparato jurídico y legal para adjudicarse los baldíos para su cultivo¹⁵⁴, y del capital y experiencia acumulada desde el periodo anterior para poder llevar grandes ventas de exportación. Situación potenciada por el hecho de que en estas ventas se acumulaba la ganancia del café, ya que entre el 50% y el 70% de los réditos de este producto quedaba entre las procesadoras de las ciudades y los comercializadores, dejando solo entre el 30% y el 50% al agricultor, que era el que asumía todos los riesgos: eso si tenía la ventaja de ser propietario, y no aparcerero.¹⁵⁵ En el caso de la industrialización vemos una dinámica parecida. Las leyes librecambistas que habían beneficiado a los grandes mineros y comerciantes del periodo radical, y puesto en desventaja a los grupos artesanos de las ciudades, serán reemplazadas por unas políticas proteccionistas de aranceles a la importación. Pero esto tampoco significó una mejora sustantiva para la situación de los pequeños artesanos, ya que las nuevas dinámicas económicas mundiales hacían que estas políticas estuvieran abocadas a la protección de las nuevas industrias en el país, impulsadas por los capitales acumulados por los mineros y comerciantes del periodo anterior. Lo que en la práctica significó la absorción a estos artesanos, devastados por el librecambio, como mano de obra barata para trabajar en las fábricas. Como lo sintetiza Alberto Mayor Mora:

El sostenimiento de una clase social políticamente necesaria aunque poco numerosa: la de los empresarios industriales, se hacía a costa de las otras clases sociales. Así, los artesanos rurales y urbanos, a pesar de venir disminuyendo de 305.824 en 1870 a 190.301 en 1910,

¹⁵⁴ Fabio Sánchez, María del Pilar López-Urbe, y Antonella Fazio. "Land conflicts, property rights, and the rise of the export economy in Colombia, 1850-1925." *The journal of economic history*, Vol. 70 (No. 2), 2010: 378-399.

¹⁵⁵ José Antonio Ocampo, "Los orígenes de la industria cafetera", 230

continuaban siendo la industria numéricamente más importante; pero no recibía ningún apoyo oficial. ¹⁵⁶

En el caso antioqueño la transición del mercado librecambista a la producción cafetera y los inicios de la industrialización presentó dificultades para la Élite regional, pero se hizo relativamente rápido. En un principio, para 1880, estuvieron en contra de las políticas estatales que restringían la importación ya que mermaba sus ganancias en el comercio, a la que dedicaban gran parte de su capital. Esta resistencia se vino a consolidar en la facción del *conservadurismo histórico*, que se opuso, entre otros puntos, a las reformas fiscales de los *nacionalistas* (el partido de Núñez en coalición con los conservadores de Miguel Antonio Caro). La inquietud de esta facción se concentrará, además de las ya mencionadas reformas arancelarias, en la fundación del banco nacional (1880) que monopolizaba la impresión de moneda y hacía su circulación forzosa, prerrogativa, en el periodo del librecambio, de los bancos privados y las casas comerciales, muchos de los cuales estaban en manos antioqueñas. Esto significó un abrupto cambio en la independencia económica de las élites antioqueñas, que con la posesión del oro se habían consolidado en casi un monopolio financiero en el país, y que se verán, con el nuevo régimen, controladas y limitadas en sus transacciones por el gobierno central.¹⁵⁷ El punto de quiebre de este malestar financiero de los antioqueños será la Guerra de los Mil Días (1889-1902), donde el gobierno central utilizará el banco nacional para imprimir moneda sin respaldo como forma de financiar la guerra, y que culminará en el golpe de estado que los *conservadores históricos* dan al gobierno central de José María Sanclemente, en 1900.¹⁵⁸

Después de la guerra, y reorganizado el gobierno conservador, las élites antioqueñas consolidarán sus inversiones de acuerdo con el enfoque de la economía exportadora del país. De esta manera, entrarán a hacer parte de la economía del café de una manera mucho más clara: para 1890 Antioquia producía solo el 2.3% del café del país, pero para 1913, los

¹⁵⁶Alberto Mora Mayor. "Historia de la industria colombiana. 1886-1930.", en *Nueva Historia de Colombia. Tomo V: Economía, Café e Industria*, de Álvaro Tirado Mejía, (Bogotá: Planeta, 1989), 319

¹⁵⁷ Jorge Orlando Melo, "Del federalismo a la constitución de 1886", 33

¹⁵⁸ Carlos Eduardo Jaramillo Castillo, "Antecedentes generales de la Guerra de los Mil Días.", en *Nueva Historia de Colombia. Tomo I: Historia Política*, coord.. Álvaro Tirado Mejía, (Bogotá: Planeta, 1989), 83

departamentos de Antioquia y Caldas (divididos por las reformas de Reyes en 1905) producirán cerca del 36% de todo el café que exportaba Colombia.¹⁵⁹ Este crecimiento tan acelerado se explica de dos maneras: primero, las élites antioqueñas ven en el café, después de la guerra, una forma estable y segura de invertir sus capitales y asegurarse las ganancias, no solo en el cultivo y la creación de haciendas, sino, en su tratamiento y comercialización con las trilladoras y las empaquetadoras que empiezan a surgir en Medellín desde 1900. Segundo, porque la experiencia minera, con sus retos técnicos y financieros, hicieron que la élite antioqueña estuviera en mejor posición para consolidar las redes comerciales y el tratamiento del café con una tecnificación que a la larga dará paso a la industrialización, que se expande por la región, desde 1910, de manera exponencial. Así, por ejemplo, la ferrería de Amagá, fundada en 1865, sobrevive el cambio de producción aprovechando su experiencia en la creación de instrumentos para la minera (picas, palas, y demás utensilios) y utilizando esta capacidad técnica en la producción del café, pasando desde 1900 a producir despulpadoras manuales para que los pequeños productores de café pudieran vender el café sin la cascará.¹⁶⁰ Esto no significa que la minería se abandonará en la región, sino que las élites antioqueñas empezarán a diversificar su producción y su riesgo. De manera que, aunque, la minería deja de ser la actividad principal, no dejará de ser tanto una actividad económica de importancia significativa para la élite, como un *hito representacional* desde la cual la antioqueñidad se narra (situación que no ha cambiado mucho hasta nuestros días).

En el ámbito político este periodo se puede considerar uno de los más inestables y violentos de toda nuestra historia. No solo porque ocupa el espacio de la Guerra de los Mil Días (1899-1902), el conflicto más grande de la historia colombiana donde cerca de 125.000 personas perdieron la vida, sino además porque representa el fin de las dinámicas: los enfrentamientos y la radicalización de los partidos políticos del siglo XIX. Vale la pena aclarar que este *fin*, no significa que se alcanza la armonía y el orden en el país, sino que, al igual que con la dinámica económica del café, y unida a esta, se modifican las relaciones políticas y sociales de las élites, lo que a su vez alterará las representaciones que las élites hacen de sí misma y

¹⁵⁹ José Antonio Ocampo, “Los orígenes de la industria cafetera”, 214

¹⁶⁰ Alberto Mayor Mora, “Historia de la industria colombiana”, 315

su posición en el país. Por su extensión y complejidad, aquí solo se mencionarán los tres puntos más importantes, y la manera cómo cambian y se consolidan en los dos periodos mediados por la Guerra de los Mil Días (1880-1889 y 1902-1910):

1. Centralización: Como forma de acabar *con el caos del federalismo*, la Regeneración se propone una centralización masiva que dé al gobierno central la capacidad de actuar como rector de los destinos económicas, educativos y militares de la nación colombiana. Este proyecto de acaparar y centralizar el poder se da en dos fases: en un primer momento, con la proclamación de la constitución de 1886 por el gobierno de Rafael Núñez se centraliza el poder ejecutivo, derogando la capacidad de los estados federales para nombrar y elegir gobernadores, alcaldes y demás funcionarios ejecutivos, cuyos nombramientos quedan en cabeza del presidente, además, se establece el periodo presidencial de dos años a cinco. La autonomía, entonces, del gobierno federal se demoniza como muestra del caos y la anarquía del periodo que se cierra, al que el régimen Regenerador opone el orden y la libertad, como los contrapesos para corregir esta desviación histórica. Como lo menciona Miguel Antonio Caro, arquitecto ideológico de la reforma, en medio de los debates de la asamblea constituyente de 1885:

*Es, señor presidente, la condenación solemne que vamos a hacer, con los labios y con el corazón, de la vida revolucionaria, de todo principio generador del desorden. Acaso no ha habido una nación más sistemáticamente anarquizada que Colombia bajo el régimen de la constitución de Rionegro. Aquel código impío y absurdo, después de negar la suprema autoridad divina, pulverizó la soberanía nacional, creando tres soberanos absolutos, la nación, la provincia, el individuo [...] De aquí que los depositarios de la autoridad se hayan declarado muchas veces enemigos de la sociedad; que los que en principio condenan las revoluciones, se hayan lanzado a ellas; y que, con la confusión de las nociones de lo justo y lo injusto, haya sobrevenido el caos. La proclamación soberanía nacional es la primera muestra de la resurrección de este cuerpo que se llama patria [...] la nación es una, y una es la autoridad.*¹⁶¹

¹⁶¹ Miguel Antonio Caro, “Los fundamentos constitucionales y políticos del estado”, en *Antología del pensamiento político colombiano*, ed. Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Talleres gráficos del banco de la república, 1970), 156-157

El segundo momento trata de las leyes y reformas de Rafael Reyes, que se enfocarán en consolidar la centralización acabando con los grandes estados que habían sido dominados y llevados por sus élites regionales a las constantes luchas civiles del siglo XIX. Para este efecto, la ley 17 de 1905 deshace las grandes provincias en departamentos más pequeños, como el caso de la separación entre Antioquia y Caldas, y de los ocho departamentos en que se parte el territorio del estado del Cauca. También para este efecto, las reformas militares del gobierno de Reyes intentan quitar la prerrogativa de la guerra a caudillos y gamonales regionales, instaurando un ejército regular a cargo del ejecutivo y un monopolio estatal de las armas, con el que se desarma, hasta cierto punto, a las milicias y guerrillas regionales.

2. Resolver el problema bipartidista: Desde los inicios de la hegemonía radical (1845) los partidos se habían excluido unos a otros de los gobiernos. Las alianzas partidistas se plateaban en situaciones contingentes y bien pronto se deshacían, y al final, el partido reinante en cada estado, o en el gobierno central, dictaba quién y cómo se gobernaba dentro de su jurisdicción. Esta situación, sin embargo, se acelerará en el inicio de la Regeneración. Desde 1886 a 1899 hubo una serie de enfrentamientos entre liberales y conservadores que llevarán al progresivo deterioro de las relaciones políticas y sociales entre las élites. De esta polémica surgirá el partido *nacionalista* en cabeza de Núñez para las elecciones de 1880, aglutinando a sectores liberales y conservadores cansados y decepcionados del enfrentamiento. La armonía, sin embargo, no durará mucho, y ante los ataques de un liberalismo mucho más combativo, que se configurará en el *liberalismo belicista* (en cabeza de Rafael Uribe Uribe, 1859-1914), el gobierno de Núñez se volverá también más intransigente, aliándose, al final, con el ala más dura del conservadurismo, encabezada por Miguel Antonio Caro. A su vez, el sector menos dogmático de los conservadores, terminará por organizarse bajo la idea de evitar el conflicto, y recibirá el nombre de *conservadurismo histórico*. Esta vorágine política terminará en una insostenible guerra ideológica que llevará a la Guerra de los Mil Días, sin que las dos

alas conciliadoras de los partidos, los *liberales pacifistas* y *conservadores históricos*, puedan hacer nada por evitarla. Como lo sintetiza Jorge Orlando Melo:

*El gobierno [Nacionalista en cabeza de Caro] y el liberalismo acabaron entrando en un círculo vicioso que favorecía a los duros de cada grupo. Las actividades del sector belicista se convertían en motivo de represión del gobierno, que veía en ellas las pruebas de que el liberalismo era un partido subversivo, y si aceptaba la constitución era para ganar tiempo; las persecuciones del gobierno servían a los liberales militaristas para mostrar como la política de buscar concesiones políticas tropezaría inevitablemente con la intransigencia del gobierno o con la represión.*¹⁶²

El intermedio de la guerra, entre 1899 y 1902, su devastación y sus consecuencias, de las cuales las más patentes fueron: la pérdida de Panamá y la devastación física y fiscal del país, harán patente la necesidad de una conciliación política entre los cabecillas de los partidos. Los gobiernos posteriores a la guerra se darán a esta tarea para asegurar una paz que evitará la exclusión del partido no hegemónico. El primer paso hacia esta meta lo da el gobierno de Rafael Reyes (1904-1909), que incluye en su gabinete principalmente a los *liberales pacifistas* y a los *conservadores históricos*, basado en la idea de recuperar el gobierno en cabeza de ambos partidos. Finalmente, esta paz política entre liberales y conservadores, se consolida en las reformas constitucionales de 1910, planteadas por el gobierno de Reyes a su salida de la presidencia, donde se asegura al partido no hegemónico una cantidad minoritaria de sillas en el legislativo.¹⁶³

3. El gobierno moderno: Otra aparente consecuencia de la guerra fue el cansancio sobre las áridas discusiones ideológicas y partidistas, sobre la manera de *modernizar* el país. Discusiones que, en la mayoría de los casos, solo resultaban en la nominación de leyes irrealizables para la situación del país (como ejemplo se puede ver el capítulo II apartado 2.1 y el alcance de la ley educativa de 1870), y en la constante decepción del

¹⁶² Jorge Orlando Melo, “La constitución de 1886.” en *Nueva Historia de Colombia. Tomo I: Historia Política, de Álvaro Tirado Mejía*, (Bogotá: Planeta, 1989), 61

¹⁶³ Vélez Ramírez, Humberto. “Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo (1904-1909).”, en *Nueva Historia de Colombia. Tomo I: Historia Política*, coord. Álvaro Tirado Mejía, (Bogotá: Planeta, 1989), 221

sistema de gobierno. Al igual que con la integración de los liberales en el gobierno, la presidencia de Reyes también implementa los primeros intentos por establecer un gobierno que se separe de la política y se concentre en ser un administrador eficiente, esfuerzo sintetizado en su lema: *Menos política, más administración*. Así, este gobierno dará preferencia a las técnicas de gobierno moderno que se derivan del esfuerzo por educar en lo técnico (tema que se tratará más adelante) y que preferencia la acción gubernamental derivada de un análisis cuantitativo sobre la realidad del país, y no como una discusión de sus principios o ideas. El más significativo de estos proyectos por una *administración racional* de este gobierno fue la creación del banco central en 1905. Este determinaba una política fiscal basada en el monopolio de impresión de la nación, al igual que el banco nacional del periodo de Núñez, pero que basaba su regulación adoptando el patrón oro como respaldo a la moneda impresa, además de incluir a inversionistas privados en su junta de accionistas para evitar, en parte, la oposición de los sectores más fuertes de las élites económicas, como fue el caso del banco nacional de Núñez y su política de impresión desregulada.¹⁶⁴

Como recapitulación de estos apartados vale la pena aclarar que este contexto que se narra como *progreso* sobre el periodo anterior (del radicalismo), se hace así para efectos de contraste. Quedan muchos pormenores por fuera, y aunque se puede valorar el gobierno de Reyes como positivo para la situación del país después de la guerra, no se debe olvidar que este no está absuelto de contradicciones y problemas. Después de todo, el mismo Reyes adoptó también en su gobierno, *abierto a los partidos*, prácticas demagógicas constantes, como la legislación por decreto como forma de evitar la discusión en el congreso, o el uso sistemático del destierro para sus opositores políticos. Las reformas constitucionales de 1910, mencionadas anteriormente, se darán después de su renuncia precisamente para contrarrestar el poder absoluto de la figura del presidente, y las características cada vez más dictatoriales que, desde Núñez, estos ejercían.¹⁶⁵ Una segunda advertencia sobre el *progreso* reflejado en

¹⁶⁴ Humberto Vélez Ramírez, “Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo”, 206

¹⁶⁵ En este punto no deja de ser irónico que la crítica que aplicaban los radicales para justificar el federalismo venga a caracterizar al régimen Regenerador cincuenta años después, como un poder presidencial desmesurado que deriva en la demagogia (Ver cita de *Florentino Gonzales*, capítulo II, apartado 2.1)

estos apartados es que, aunque en efecto desde el inicio del siglo XX las luchas entre los partidos serán menos frecuentes, esto no significó que la paz reinara en el país. De la mano del poder dictatorial de Reyes, y de los pactos constitucionales entre estos dos partidos, se inaugurará en la nación una *paz de curso legal y obligatorio*. Esto como una imposición desde las élites políticas que irá a excluir de la política a todos los sectores que para este periodo emergen con necesidad de ser representados (como los obreros, o las comunidades políticas campesinas) y que al final los confinará a actuar en la ilegalidad, dando a estos nuevos conflictos una dimensión diferente del siglo XIX, dinámica que se extendería hasta nuestros días.

En la política antioqueña, la dinámica se complica aún más. Sumada a la inquietud económica el gobierno de Núñez, y el posterior de Caro, su política agresiva, y sus persecuciones del liberalismo, serán vistas por las élites antioqueñas como una interferencia negativa para el normal conducto de sus negocios en la minería y el comercio. Para este periodo (1880-1899), entonces, la élite política antioqueña se agrupará, casi toda, bajo la coalición de los *conservadores históricos* y los *liberales pacifistas* que ven en los avances de los guerreristas la dinámica fratricida que ellos durante el periodo federal han tratado de evitar. De esta forma, el espacio político antioqueño será uno de los pocos lugares en el país que se convierten en refugio para los liberales, siendo la única región, por ejemplo, que, durante el régimen de Núñez y Caro nombrará un representante liberal para el congreso: Manuel Uribe Uribe para el periodo de 1884, y otra vez en 1896.

Al estallar la Guerra de los Mil Días los antioqueños se quedarán al margen de esta, pero esto no impedirá que líderes del el liberalismo y el conservadurismo vayan a participar a otras regiones, como el mencionado Manuel Uribe Uribe o Maximiliano Grillo por los liberales, o Pedro Nel Ospina y Carlos E Restrepo por el bando conservador. La guerra que se expande por el país tendrá entonces a Antioquia como un centro que exporta tanto combatientes como dinero para financiarla, mientras en sus fronteras se evita el combate y se conducen sus negocios con cierta normalidad. Actitud que Maximiliano Grillo muestra en las conversaciones de varios antioqueños liberales sobre la inminente guerra, en su obra *Emociones de la guerra* (1903):

*Ustedes conocen mi manera de pensar en estos asuntos: soy por temperamento enemigo de la violencia, cuánto más de la guerra que es la violencia elevada al cubo; vivo en sosiego alejado de las trifulcas de la política; pero sí comprendo la desesperación de los pueblos que sufren el yugo de un régimen de gobierno que va consumiendo el bienestar y la vida del país como el gusano que no da tregua á su voracidad y al cabo se consume á sí mismo. **Vivo tranquilo en mi cafetal, si es que puede existir la paz para quien está en espera de que la ola que todo lo arrasa llegue gasta su retiro y lo sumerja. Yo no he anhelado la guerra para barrer esto... Le tengo como pereza; como miedo á lo desconocido; los males de la discordia civil me espantan del mismo modo que la operación al paciente, mas no hare nada por contener la borrasca.***¹⁶⁶

Esta actitud de territorio partidariamente conciliador lo mantendrá la región hacia el periodo siguiente, cuando al fin de la guerra y el advenimiento del gobierno de Reyes, los antioqueños empiecen las dinámicas de la expansión del café y su posterior industrialización. Esto de la mano de los gobiernos posteriores, pues a pesar de que la región pierde su independencia federal y se disminuye su control sobre el oro, el café y la industria, la nueva situación les permitirá acceder a los cargos gubernamentales como *expertos* en temas de comercio y producción, valorados por esta misma capacidad de administrar sin tener en cuenta las diferencias políticas. Como un ejemplo, en la fundación del banco central de Reyes en 1905, la junta de accionistas estaba liderada por el comerciante antioqueño José María Sierra (apodado Pepe Sierra).¹⁶⁷ En este periodo se dará entonces la transición de una élite antioqueña con absoluta independencia en lo económica y lo político, pero dependiente en lo intelectual con el centro del país, a una élite amarrada en lo económico y político a los destinos nacionales, pero que adquiere, cada vez más, la capacidad de nombrarse intelectualmente de manera independiente. Lo que nos lleva al siguiente punto de este contexto, la educación.

Al igual que con los otros aspectos que hemos visto hasta este punto, la educación entra en crisis desde 1876. De la mano de las crisis económicas y las guerras civiles que azotarán al

¹⁶⁶ Maximiliano Grillo, *Emociones de la guerra: Apuntes tomados durante la campaña norte en la guerra civil de tres años*. (Bogotá: Imprenta la Luz, 1903), 29-30

¹⁶⁷ Humberto Vélez Ramírez, “Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo”, 206

país, y que generalmente usaban los centros educativos como cuarteles y a sus estudiantes como reclutas, el número de estudiantes y de instituciones se reduce de 79.123 y 1.646, respectivamente, en 1876, a 71.500 y 1.395 en 1880. Cifra significativa si se tiene en cuenta el lento, pero progresivo, avance que la cobertura educativa había tenido desde mediados del siglo XIX (22.000 estudiantes para 1850).¹⁶⁸ Con el advenimiento de la Regeneración la recuperación de la educación se empezará otra vez de manera lenta, tanto por los problemas financieros del gobierno en medio de la crisis exportadora, como porque uno de los problemas constantes de esta fue, y sigue siendo, los pocos fondos que los gobiernos le asignaban. Dos elementos serán entonces determinantes para la educación en esta época, el primero abarca la ley 106 de 1880 y la constitución de 1886. La primera porque decretaba la capacidad del estado para controlar las universidades de manera directa en tanto los contenidos educativos; y la segunda, porque determinaba un nuevo modelo de educación pública básica, que mantiene la idea, del periodo Radical, de ser gratuita, pero sin ser obligatoria. Estos puntos en concordancia con el pensamiento conservador de dejar a los padres la elección sobre la educación de sus hijos, y sobre el control ideológico de la educación estatal para evitar el *masonismo* en las escuelas, del que tanto habían acusado al régimen Radical.

El segundo elemento que determina la educación para este primer periodo de la Regeneración es la firma, en 1887 del concordato con el Vaticano. Este se puede considerar como una conclusión *lógica* de la vocación cristiana de este régimen, y su constitución de 1886, que en el prefacio reza: *En nombre de Dios, fuente suprema de la autoridad*. El concordato además de consolidar la religión católica como hegemónica en el país, determinará las bases de una educación en manos de las misiones católicas, como complemento necesario a la educación pública, y no obligatoria, del estado. Como menciona Renán Silva:

La justificación doctrinaria de este principio [el de no obligatoriedad] [...] tiene que ver con la concepción que la Regeneración propuso sobre las relaciones entre el Estado y el individuo en el plano de la iniciativa individual. Aunque el estado está investido de funciones económicas

¹⁶⁸ Renán Silva. “La educación en Colombia. 1880-1930.” En *Nueva Historia de Colombia. Tomo IV: Educación, ciencias, la mujer, vida diaria*, coord. Álvaro Tirado Mejía, (Bogotá: Planeta, 1989): 66

*y políticas que exigen su intervención en la vida social [...] no puede impedir la libre competencia generalizando la educación obligatoria y, aún menos, obligando a las familias a que envíen a sus hijos a las escuelas estatales. La educación debe ser obra tan sólo de los particulares, limitándose el Estado a actuar allí donde no llega o no se interesa por llegar la iniciativa privada.*¹⁶⁹

El Concordato será entonces la manera en que el gobierno manifiesta, tanto su incapacidad presupuestaria, como su política de relaciones bajo la iniciativa individual; donde la institución de la iglesia católica vendría a ser el organismo que, por la *naturaleza* católica del país, estaría llamado a llenar voluntario del estado. Esta situación abrirá un periodo donde las misiones y hermandades católicas entrarán al país de una manera mucho más fuerte que los periodos anteriores, tanto a educar a las familias de las élites, con las escuelas secundarias privadas o la educación para señoritas; como para llenar las necesidades educativas de las pobres, urbanos o rurales, de una manera específica para cada contexto. De esta manera, a las ciudades vendrán la creación, en cabeza de órdenes religiosas, de escuelas de artes oficios, reformatorios juveniles, o escuelas de obreros, mientras que en el campo el esfuerzo se concentrará en una nueva ola de misioneros para la catequización de indígenas y comunidades alejadas, mientras la educación de campesinos, en las escuelas del estado, se limitaba solo a una versión corta de la citadina (3 años comparado con 6 años en las ciudades) y una pobre cobertura. Todo esto coherente con el pensamiento Regenerador, donde la garantía del orden social se daba en una educación diferenciada de clases que reprodujera estas diferencias, y en la aceptación de que, para algunas clases sociales, como los campesinos, era necesaria la doctrina católica mas no una educación formal, pensamiento que recuerda las propuestas educativas de Mariano Ospina en 1846 (Ver capítulo II, apartado 2.1).

En la transición de la Guerra de los Mil Días y a la entrada del siglo XX esta situación se acrecentará. El control ideológico de las instituciones será ya no solo desde los contenidos, sino que además se expandirá para llegar hasta el nombramiento y remoción de profesores. Dinámica que se consolida en la conformación de las *juntas de inspección municipal* en 1903,

¹⁶⁹ Renán Silva, “La educación en Colombia”, 67

donde el alcalde, el presidente del consejo municipal y el párroco se encargaban de vigilar la escuela.¹⁷⁰ En el caso de la educación a cargo de comunidades religiosas, esta experimenta un crecimiento y monopolización que llegará hasta 1930, especializándose cada vez en la educación de carácter industrial de las ciudades, bajo la idea de crear *obreros y trabajadores* útiles para las pequeñas industrias que surgen en el país, lo que nos lleva al caso de la educación y la religión en Antioquia.

En esta región, más que en otras, la religión y la educación traían una historia interconectada que se remonta al golpe de Pedro Justo Berrio en 1864. En este punto las élites antioqueñas aplicaron las libertades federales para instaurar unos programas educativos con base en la religión católica que se expandieron por toda la región y por sus zonas de colonización en este periodo. Como testimonio de este programa, y de la coherencia que mantuvo durante casi todo el régimen Radical, a la llegada del siglo XX Antioquia era la región con mayor alfabetismo del país: 40% de alfabetizados comparados con la media nacional de 20%, en 1912. Esta situación se dio porque, al paso del régimen Regenerador, los cambios educativos desde el concordato y la constitución, que en otras regiones significaron la reestructuración desde la educación Radical, en Antioquia se convirtieron en un refuerzo para la educación de carácter conservador que las élites habían impulsado desde 1864, sumando además la ventaja significativa de que la región se excluyó de la Guerra de los Mil Días, que en otras regiones devastará, una vez más, el aparato educativo.

El periodo de la Regeneración en Antioquia expandirá, entonces, estas dinámicas que se venían implementando desde 1864. Sin embargo, el soporte financiero, la necesidad de una producción cafetera en constante crecimiento, y el advenimiento de la industrialización, harán que esta expansión pase de una nominación de *deseos* de la élite por una educación práctica, a la consecución de esas metas en el ámbito material. Es decir, si bien la idea de educar bajo los preceptos religiosos a los antioqueños para que fueran útiles a la región ya estaba bien establecida (recordemos la insistencia de Kastos y Uribe Ángel en *limar las características de la raza*, en: capítulo II, apartado 2.3), las élites del periodo radical no tenían ni los medios materiales, ni las demandas necesarias para llevarla a cabo de manera masiva.

¹⁷⁰ Renán Silva, “La educación en Colombia”, 78

En tanto los medios, desde 1880, y especialmente después de la Guerra de los Mil Días, estos se concretarán en la capacidad financiera de las élites mineras, que se multiplica con sus inversiones en el café y su comercialización, lo que abrirá la posibilidad de invertir en programas educativos mucho más masivos. Situación que, aunque se ve atajada por la centralización de la Regeneración, que les quita a esta Élite mucho de su control presupuestario dentro de la región, se posibilita desde la *educación privada* de la constitución de 1886, que permitirá, desde la inversión privada, definir la forma que toma la educación y las necesidades que *naturalmente* debe suplir para la región. En tanto las demandas, la producción cafetera y sus actividades derivadas anclarán la necesidad creciente de un estrato social cada vez más tecnificado en actividades prácticas, esto en la forma de técnicos de máquinas para las trilladoras y empaquetadoras, de operarios para el ferrocarril, y de administradores y capataces cada vez más capacitados para llevar el trabajo tanto de las minas como de las haciendas cafeteras. Esta dinámica hizo que no solo la educación práctica fuera deseable para la Élite regional, sino que el ánimo de incluirse en estos nuevos oficios se expandió por otros estratos de la sociedad antioqueña, que los veían como una forma de mejoramiento social, real y accesible, venciendo, parcialmente, la apatía generalizada que había tenido el proyecto de la educación práctica en el periodo Radical, donde los mineros y campesinos, libres y pobres veían poca o ninguna utilidad en que sus hijos estudiaran en medio de una economía poco integrada y dispersa como la de la pequeña minería. Como lo menciona Frank Safford:

*El éxito de una comunidad en el establecimiento de la educación primaria dependía no sólo de la consecución del dinero necesario para sostener las escuelas y los maestros, sino también del hecho de contar con un pueblo que percibiera alguna razón válida para asistir a esas escuelas. Como es de suponer, las áreas donde predominaban las aristocracias más altivas y existían las economías más estancadas tuvieron poco éxito en el desarrollo de una educación primaria, mientras que las regiones de desarrollo más tardío, más igualitarias, lograron realizar su propósito educativo con menor dificultad y mejores resultados.*¹⁷¹

¹⁷¹ Frank Safford, *El ideal de lo práctico*, 53

El caso de la *Escuela de Artes y Oficios de Medellín*, que trabajo desde el artículo de Juliana Álvarez Olivares, *La Escuela de Artes y Oficios de Medellín y la profesionalización de los artesanos. 1869-1901*, permite ver estos cambios de manera más clara. En 1871, el gobierno de Pedro Justo Berrío crea en Medellín la *Escuela de Artes y Oficios*, como una adaptación del decreto de instrucción pública del gobierno radical, pero que incluía la educación moral de los estudiantes. En este primer periodo, la escuela, se encargará, principalmente, de regularizar una dinámica preexistente, la del artesanado urbano de la creciente ciudad de Medellín, de manera que sirva como control social de una clase que se expande con la dinámica minera y comercial, pero sobre la cual la Élite no tiene un control tan directo, como si lo posee sobre los pequeños mineros y los campesinos. La instrucción moral y la enseñanza de la doctrina se convierten, entonces, en dinámicas de control para incluir esta clase en el proyecto de la representación moderna de la antioqueñidad. En la práctica la *Escuela* funcionó como una extensión de las élites mineras y comerciantes, que, aunque incluía una matrícula gratuita, terminará por volverse un taller de grandes proporciones, con financiación estatal, que competía de manera desigual con los artesanos que no podían, o no se interesaban, en entrar a este. En un segundo periodo, para 1892, la *Escuela* entra en decadencia por una baja asistencia y por las pugnas por el presupuesto de la ciudad entre su utilidad y la de las otras dos grandes instituciones de la región, *la Escuela de Minas y la Universidad de Antioquia*. Pugna marcada por prevalencia de un tipo de trabajo: o el del artesanado independiente y tradicional de la región, o el de la fabricación mecanizada a cargo de los ingenieros de las otras instituciones. El proceso de industrialización impulsará definitivamente esta última, y, con un intermedio entre 1899-1901 en el que se convierte en un taller militar para ayudar el esfuerzo conservador en la Guerra de los Mil Días, se cierra definitivamente en 1901 para fundar la nueva *escuela de Artes y Mecánica*. Obedeciendo este cambio a las nuevas necesidades de una nueva élite económica, que ya no se interesa por controlar ideológicamente un artesanado independiente, sino por crear y reproducir un

trabajador industrial sobre el que pueden ejercer todo el control, tanto ideológico, como material.¹⁷²

En tanto la educación de las élites, surgen desde esta época con fuerza la *Universidad de Antioquia* (1871) y la *Escuela Nacional de Minas* (1887). La tarea de ambos planteles, pero especialmente el segundo, será la de crear una clase de ingeniero/ administrador moderno, de manera que pueda construir y reorganizar el café, la naciente industria y la minería. La fundación de esta escuela cumplirá, por fin, el *ideal práctico* que se imaginó Mariano Ospina Rodríguez para el país, y serán sus hijos, Pedro Nel Ospina (fundador de la primera fábrica moderna de textiles en Colombia, *textiles de Bello*) y Tulio Ospina (fundador de la mencionada *Escuela de Minas*, y su director en varias ocasiones). Estos, desde la administración racional, y con una formación de ingenieros en Estados Unidos, llevarán las riendas de la economía citadina con el impulso a las industrias y se expandirán, además, por el campo antioqueño, reestructurando tanto el café como la minería. Todo esto desde un *laicismo político* que se aleja, en apariencia, de las afiliaciones partidistas, prefiriendo un acercamiento pragmático y una aplicación *útil* (en el sentido de producir más rápido) del conocimiento, y que de alguna manera rompe con los tradicionales estudios de la jurisprudencia y las letras que habían predominado en la educación de élites en el periodo anterior. Sin embargo, será con la ayuda de la institución católica, de las misiones y comunidades que en esta época empiezan a llegar a la región, desde donde estas representaciones de modernidad *útil y práctica* se permearán a todo el pueblo antioqueño. Esta cooperación entre ingenieros y sacerdotes se convertirá en uno de los grandes determinantes del éxito y coherencia de la representación de Antioquia para la época, por lo que pasó a la última sección de este contexto, la expansión de la iglesia en Antioquia.¹⁷³

La expansión de la iglesia antioqueña, desde el periodo anterior (Ver capítulo II: apartado 2.1) se acelera también en la Regeneración. Antioquia empieza a producir cada vez más sacerdotes desde su propia población, y la extracción de estos se moverá en este periodo,

¹⁷² Juliana Álvarez Olivares. “La Escuela de Artes y Oficios de Medellín y la profesionalización de los artesanos. 1869-1901”, en *Historia y Sociedad*, N.26 (enero-junio 2014): 99-119

¹⁷³ Alberto Mora Mayor, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*.

desde los centros coloniales de las élites (como Santa Fe de Antioquia, Marinilla y Santa Rosa) hacia las regiones económicamente más activas (como Medellín, Rionegro o Manizales). Este cambio en el origen del clero antioqueño significará, además, un movimiento articulador del proyecto modernizador de la Élite: las posiciones de importancia en la iglesia serán acaparadas por los hijos de esta, que se concentraban en las mayores ciudades (diócesis de Medellín-1873, y Manizales-1900), mientras que los sacerdotes de extracción más humilde serán marginados a las fronteras como Remedios, Zaragoza o Cáceres en el nordeste, Betulia, Urao o Salgar en el suroeste, o al Urabá antioqueño y la frontera con el Chocó, en el occidente.¹⁷⁴ La riqueza de la región también se traducirá en la construcción de templos, y para el periodo de la Regeneración, empezará un fervor por la ampliación y construcción de grandes iglesias por toda la región, como lo fueron los proyectos de la *catedral metropolitana de Medellín* (cuyo proyecto se reinicia en 1887), la iglesia *de Nuestra Señora de la Merced* en Yarumal (iniciada desde 1866) o las reformas más tardías a los templos de Jardín (1912) y Andes (1922).

La expansión del aparato institucional eclesiástico significó, además, un crecimiento importante en la presencia de las órdenes religiosas, las asociaciones devotas y las sociedades benéficas en la región (181 para 1910),¹⁷⁵ como muestra del desarrollo de esta relación simbiótica que se tejía entre la élite y la institución católica. Por un lado, aquella impulsaba la expansión de estas instituciones, con fondos, donando casas para su funcionamiento, con miembros, o con sus servicios (como maestros, abogados o contadores). Mientras que estas instituciones cumplían la función de propagar y mantener una ética y ritmos de trabajo modernos necesarios en la consolidación del proyecto cafetero e industrial. Este vínculo se reforzaba además en el trabajo *filantrópico* de estas sociedades que intentaban crear unas relaciones *armoniosas* entre los patronos y los trabajadores. Como lo menciona Antonio J. Mejía, presidente de la fundación San Vicente de Paul en Medellín para 1897, la actividad de esta fundación creaba un vínculo:

¹⁷⁴ Luis Javier Ortiz Mesa. “Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra, Antioquia, 1870-1880”, en *Anuario de Historia Regional y de las fronteras* Vol.15 (octubre 2010): 176-179

¹⁷⁵ Patricia Londoño, *Religión, cultura y sociedad*, 192

*poderoso entre el rico y el pobre, y haciendo el bien sirve a todos; al pobre porque le alivia las dolencias del alma y el cuerpo, le ilustra, le proporciona ocupación, le infunde cariño por el trabajo y le enseña a amar a los acomodados que indirectamente le socorren; a éstos porque [...] desprendiéndose de una pequeña cuota para satisfacer necesidades ajenas, se hacen acreedores a la recompensa ofrecida a los que practican la caridad y con el recuerdo frecuente de las desdichas de otros, se acostumbran a cuidar con cautela el manejo de la inestable fortuna*¹⁷⁶

La sociedad San Vicente de Paúl se puede considerar un excelente ejemplo de esta dinámica. Iniciada con fondos de algunos ricos comerciantes y cafeteros en 1887, y apoyada desde el principio por Mariano Ospina Rodríguez, la sociedad se dedicaba a la *caridad católica* con miras a prevenir la *vagancia y la pereza* de las clases bajas de la ciudad. Sus miembros participaban activamente dando clases en los programas de esta institución, como Tulio Ospina y Pedro Nel Ospina, ingenieros capacitando trabajadores, o Carlos E. Restrepo, posteriormente presidente de Colombia para el periodo 1910-1914; o bien, donando fondos para las obras de caridad. Sus beneficiarios, por su parte, se constituían en *huérfanos, delincuentes, presidiarios, artesanos, obreros industriales, estudiantes y ancianos*. Todo esto con miras a crear una *ética del trabajo industrial*, que mantuviera y reprodujera al trabajador, y de evitar el *caos socialista* que estas élites empezaban a ver en los países industriales europeos. Creando una armonía (real pero exagerada) entre trabajador y patrono con lo que Carlos E. Restrepo denominaba la *Limosna preventiva*, y de la cual deriva, en gran parte, el éxito industrial de las élites de la región, marcado este por la capacidad de articular coherentemente los valores de la religión, el trabajo y la producción industrial en la imaginación popular. Proyecto de una modernidad *exclusiva de la antioqueñidad*, donde todos son *iguales en potencia*, pero los *mejores antioqueños* (es decir la élite) lideran este como epítomes de *religiosidad*, por su labor en las sociedades benéficas, y *de trabajo*, por su

¹⁷⁶ Sociedad San Vicente de Paúl de Medellín. “Primer decenio de su fundación. Reseña histórica. Discurso en los exámenes de los talleres de la sociedad” Citado en Patricia Londoño Vega, “Religión, cultura y sociedad”, 204

oficio como administradores/ingenieros promotores de la industria moderna y el progreso de la región (como veíamos en el capítulo II: apartado 2.3) ¹⁷⁷

La situación de Antioquia para el periodo de 1880-1910 será entonces muy paradójica. En tanto lo económico, se expandirá de manera exponencial con el café y la industria a la vez que pierde la independencia económica del periodo anterior, ante un gobierno que regula más y una producción atada de manera más clara a los vaivenes de un mercado nacional y mundial. En lo político la región pierde la independencia que tan productiva le había sido en el periodo federal y se ve fragmentada en dos departamentos, pero, a cambio, el proyecto Regenerador, sobre todo en el segundo periodo desde el gobierno de Reyes, permitirá una mayor participación e influencia de las élites antioqueñas en el gobierno nacional, tanto como ministros, congresistas o presidentes (Carlos E. Restrepo 1910-1914, Marco Fidel Suarez 1918-1921 y Pedro Nel Ospina 1922-1926). En el ámbito cultural e intelectual Antioquia, en contraste, logra una independencia parcial de Bogotá, donde la educación, el acceso a la oferta cultural (bibliotecas, teatros y sociedades científicas) se verán impulsados por una élite que empezará a crear un mercado propio de representaciones sociales. Y, aunque esta mantiene un contacto constante con las élites del centro del país (por sus vinculaciones políticas y económicas), se desplegará material y narrativamente solo dentro de las fronteras antioqueñas, como mito de *partenogénesis* de una *antioqueñidad* que se empieza a asentar como *realidad* probada por el avance económico y social de la región, y que termina por borrar y suplantar los procesos sociales interconectados que le dieron nacimiento y sobre los que se modifica. Esto nos da paso al siguiente apartado, la manera en que se configura este mercado (narrativamente cerrado) de élites intelectuales y sus representaciones.

3.2 Los intelectuales y la Antioqueñidad “solitaria”:

A partir de estas relaciones políticas, económicas y sociales de las élites, este apartado estará dedicado a explicar la manera como se modifican y surgen, en Antioquia, unos intelectuales preocupados por representar y plasmar en sus obras una nueva forma de *antioqueñidad*. Anclada esta en el cambio modernizador, el periodo dará paso a una serie de modificaciones

¹⁷⁷ Patricia Londoño, *Religión, cultura y sociedad*, 203-205

en los intelectuales, que, de la mano de una nueva generación de élites, emplazarán sobre las representaciones del periodo anterior nuevos sentidos para explicar y justificar la situación de estas, en medio del café y la industrialización. Sobre esta relación constante entre representaciones y realidad, y su permanente modificación en el análisis histórico, Koselleck menciona:

Ni la concepción lingüística alcanza a representar lo sucedido o lo que realmente fue ni nada sucede sin que su elaboración lingüística lo modifique. La historia social o historia de la sociedad y la historia conceptual se encuentran en una tensión condicionada por la materia histórica que hace que ambas remitan una a otra sin que esa reciprocidad pueda ser superada en algún momento. Lo que se hace no se plasma en palabras hasta el día siguiente, y lo que se dice se convierte en un hecho en el momento en que se libera de uno [...] Es una característica del tiempo histórico la constante reproducción de la tensión entre la sociedad y su transformación y acondicionamiento y la elaboración lingüística. Toda historia se alimenta de esta tensión. Las relaciones sociales, los conflictos y sus soluciones así como sus cambiantes requisitos nunca son idénticos a las articulaciones lingüísticas, mediante las sociedades actúan, se comprenden e interpretan a sí mismas, se modifican y adquieren una forma nueva.

178

De acuerdo con este pensamiento, el proceso de modificación de los intelectuales y sus relaciones con la sociedad de la que surgen se verán marcadas, para el periodo de 1880-1910, por varias condiciones que permitirán y justificarán la narración de una *antioqueñidad total y solitaria*. La primera de estas condiciones es la modificación del *viaje*. Si bien en el periodo anterior este era el tránsito hacia a la capital que daba a los intelectuales regionales el contacto con la modernidad bogotana y europea, en este nueva Antioquia la expansión del aparato educativo y de la oferta cultural, marcada por un incremento importante de libros disponibles y con la creación de bibliotecas¹⁷⁹ (posibilitado este crecimiento por las redes de transporte

¹⁷⁸ Reinhart Koselleck, *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. (Madrid: Editorial Trotta, 2012), 12-13

¹⁷⁹ Como muestra de esta expansión, Luis Javier Ortiz menciona que para el periodo de 1850 a 1910, se crean en Antioquia “46 bibliotecas públicas; 45 agrupaciones literarias, morales y materiales; 44 clubes sociales; 41 sociedades de temperancia; 38 academias musicales, bandas y orquestas de música culta; 35 tertulias, círculos literarios y teatrales; 20 sociedades académicas y científicas, y 13 sociedades cívicas.” Luis Javier Ortiz, “Obispos, clérigos y fieles”, 172

del café), hará que este *viaje* al centro del país sea cada vez más innecesario, aunque no desaparezca, como lo veremos más adelante. En reemplazo, el viaje del intelectual en formación para este periodo será diferente, nacerán, como casi toda la población antioqueña, en los pequeños pueblos mineros o cafeteros del campo, en donde recibirán, favorecidos por los proyectos educativos regionales desde 1870, una educación primaria relativamente buena.¹⁸⁰ Tales son los casos, por ejemplo, de los autores trabajados en este capítulo: Tomás Carrasquilla, nacido en Santo Domingo en 1858 (pueblo minero), y Francisco Antonio Escobar (conocido por su seudónimo, Efe Gómez), nacido en Fredonia en 1873 (pueblo cafetero). Desde estas primeras letras, su viaje será el movimiento hacia la capital del estado/departamento, donde recibirán la educación formal en las instituciones superiores de esta ciudad, las mencionadas *Universidad de Antioquia* y la *Escuela de Minas*. La elección de estas instituciones, por encima de las de la capital, está dada, además de los costos y la facilidad, por la preferencia de sus padres, mineros y cafeteros, por una educación alejada del laicismo político de la capital en el periodo final de los Radicales, y más acorde con la versión religiosa/práctica de los antioqueños. Como lo menciona Carrasquilla en su novela *Frutos de mi tierra* (1897), en la decisión de una madre antioqueña, residente en el Cauca, de mandar a estudiar a su hijo a Medellín:

*Como aquel [hijo] no depuntara por el lado de los negocios y haciendas, y deseando la madre que fuera hombre de letras, determinó que hiciese estudios formales y graduara de doctor en cualquier facultad. Demasiado ortodoxa, no quiso mandarlo á Bogotá, porque decía ella-esos colegios de por allá, aunque católicos en su actual enseñanza, merced á la Regeneración, estaban contagiados de la herejía roja que por tantos años cundió en ellos, y que para desinfectarlos era menester echarlos abajo desde sus cimientos y construirlos de nuevo. Por esto y por amor patrio, pues la señora era antioqueña, prefirió, por la de Popayán, la Universidad de Medellín, donde según sus cuentas, no podía ser mucho el contagio, habiendo sido de pocos años el dominio herético.*¹⁸¹

¹⁸⁰ “Buena” como se ha visto, en relación con la media del país, pues de todas maneras los proyectos educativos en los pueblos estaban en manos de unos maestros mal pagados que muchas veces vivían de la caridad de los padres de los estudiantes y de los demás vecinos del pueblo. Como lo narra Carrasquilla en su cuento *Dimitas Arias* (1897), basado en su propia experiencia con su maestro de primeras letras en Santo Domingo, como el autor admite en su *autobiografía*. Tomás Carrasquilla, *Cuentos* (Medellín: Editorial Bedout, 1956), XVII

¹⁸¹ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra* (Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1897), 84-85

A la ciudad llegan muy jóvenes, Carrasquilla tenía 15 años cuando entró en la *Universidad de Antioquia* en 1873¹⁸², y Efe Gómez termina su bachillerato en el colegio de Antioquia de donde pasa a la *Escuela de Minas*; y en esta conocerán y se relacionarán con las élites económicas, políticas e intelectuales de Antioquia de finales del periodo radical, como Manuel Uribe Ángel, cofundador de la *Universidad de Antioquia* y profesor de esta institución durante muchos años. Estos maestros los impregnan de las representaciones de una modernidad específicamente antioqueña: del trabajo, la religión y la *raza*, que se relaciona de manera directa, por medio de las bibliotecas, con la modernidad europea. Es decir, si en el periodo anterior los autores antioqueños pasaban por el filtro Antioquia-Bogotá-Europa, tanto por las discusiones como por la disponibilidad de los libros, en este periodo la expansión del aparato cultural antioqueño, y el ejercicio docente de los intelectuales como Uribe Ángel, le permite a estos jóvenes, de manera parcial, establecer las relaciones de representación entre Antioquia-Europa y, cada vez más, Estados Unidos, ya que recordemos que, por ejemplo, los ingenieros Pedro Nel y Tulio Ospina son formados en este último. De esta manera, estos intelectuales en formación empezarán a participar de una red de publicaciones y proyectos de modernización de la mano de las nuevas élites económicas y políticas que crearán el café y la industria, hijos de los periodistas, políticos, mineros y comerciantes del periodo Radical.

De este primer viaje, *del campo antioqueño a la ciudad antioqueña*, surgirá el siguiente movimiento: *de la ciudad al campo antioqueño*. Los intelectuales, dotados de este sentido de *modernidad antioqueña*, irán entonces de nuevo al campo, y sobre este se derramarán en una descripción que intenta conciliar lo que ven, y habían visto (desde su infancia antes de ir a la ciudad), con lo que han aprendido sobre esta *tierra, su raza y su modernidad*. Al igual que las expediciones surgidas bajo la influencia del *Systema Naturae* de Carlos Linneo, estos intelectuales volverán al campo con la necesidad de retratar, clasificar, develar y finalmente, *mostrar*, esta *naturaleza antioqueña* (del hombre y la geografía como uno). Como lo menciona Pedro Nel Ospina en el prólogo a la novela de Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*:

¹⁸² Álvaro Pineda, *Tomas Carrasquilla. Vida y creación*, 31

[Carrasquilla] *Quien, retirado hace algunos años á Santo Domingo, villa asentada como un nido de águilas en lo alto de nuestro quebrado territorio, hacia el Nordeste, en el riñón mismo de las sierras y cordilleras antioqueñas, lleva vida apacible de estudio y observación, en clima sano y agradable; libre de toda preocupación ó cuidado que pudiera desviarle de sus aficiones y meditaciones; en esta dichosa mediocridad de fortuna- en la cual, teniendo todo lo necesario, se carece de las tentaciones de la ambición- que es la atmósfera más propicia para el trabajo de la inteligencia; célibe; sano de cuerpo y de alma y rodeado de afectuoso ambiente: condiciones todas las más adecuadas para estudiar, pensar y escribir.*¹⁸³

En este pensamiento de Ospina podemos ver una racionalización muy clara sobre el asunto. Santo Domingo, por su posición *central* y su *clima sano* es el estereotipo de la geografía antioqueña, Carrasquilla, hijo de Santo Domingo, es la encarnación de esta antioqueñidad, con sus cualidades de *trabajo, frugalidad y falta de excesos* (que, recordemos, era una de las más grandes advertencias de los intelectuales del periodo radical sobre la *raza antioqueña*, ver capítulo II, apartado 2.3), *celibato y familia como salud del alma*. Siendo pues Carrasquilla el antioqueño por excelencia, se puede dar el lujo de mirar, como el águila, desde el pueblo más antioqueño, la *antioqueñidad*. Se abre entonces el razonamiento de que de esta emanación de la Antioquia imaginaria solo puede crear retratos *veraces* sobre esta, con la tautología implícita de un objeto que se describe, objetivamente, a sí mismo.

De esta manera los intelectuales como Carrasquilla y Efe Gómez quedan validados por la nueva élite como los abanderados de la comprensión de la *esencia antioqueña*, relación simbiótica que los beneficia. Desde este momento, en la nueva Antioquia que se moderniza a fuerza de Café e industria, desaparece, en gran parte, el papel del antioqueño de élite polifacético (que puede ser médico, sociólogo, periodista y político, como Uribe Ángel o Emiro Kastos) y en su reemplazo surgirá el imperio del trabajador práctico, sea como director de una empresa, administrador estatal (de la política como ciencia cuantitativa) o el trabajador científico/poético. Nuevos roles intelectuales cuya función es la descripción de su medio para favorecer la expansión de la modernidad antioqueña, y sus líderes, mostrando en

¹⁸³ Pedro Nel Ospina, prólogo a *Frutos de mi tierra*, de Tomás Carrasquilla, (Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1897), IV

sus obras los errores y fallos *intrínsecos a la antioqueñidad*, y la forma de corregirlos. Como continua Ospina sobre la función y veracidad de la obra de Carrasquilla:

*Novela de costumbres en que para ligar la serie de cuadros que la forman hay apenas la trama suficiente-por cierto de poco valor en sí misma, sin que esto aminore el de aquéllos, - quien la lea con cuidado, sobre todo si por acaso topó antes con los originales [características retratadas], hallará que el autor logró esta vez lo que es el más alto desiderátum en el género: reproducir con absoluta verdad los tipos y escenas que quiso retratar ó copiar en su libro. Si eso logró y si lo hizo en estilo correcto y con lenguaje tan castizo como lo permitía la clase de obra encomendada a este instrumento, la parte del artista esta bien desempeñada. Pretender buscar en una serie de cuadros de costumbres trascendalismos y doctrina, sería insigne simpleza.*¹⁸⁴

Se trasciende entonces la obra del literato/periodista/político del periodo anterior, y esta da paso a las *realidades* (narrativas) que los autores antioqueños, *crean y reproducen* en sus obras. Atrás quedan las razones para explicar las narraciones de estos, que solo pervivirán en los prólogos y en los posteriores *análisis y críticas literarias*. La obra del autor antioqueño, validada, financiada y promovida por sus relaciones en la Élite regional se convierte en una totalidad *veraz* que sustituye lo que describe. Sin que en esta *veracidad* se fundamente con motivos, datos, genealogías, o análisis históricos, que, aunque no desaparecen del todo, quedan en la mera mención pasajera, como datos conocidos y probados sobre los que no se ha de ahondar.

Esta *normalidad* de los rasgos de la *antioqueñidad*, que permite a los autores *mostrarlos* sin explicarlos, se posibilita, además, en la existencia de un público, por fuera del eminentemente intelectual, que reconozca y comparta el sentido de los postulados de los autores radicales. En los círculos intelectuales, en las tertulias, en las aulas de clase y hasta en las sociedades benéficas, entonces, los conceptos de autores como Kastos y Ángel se volverán tan regulares que, a fuerza de repetición, se convierten en una *verdad obvia, evidente por sí misma, documentada* (es decir válida en escritura científica). La regularidad entre estas discusiones y su expansión será la razón por la cual estos autores no necesitan sino mencionarla de manera

¹⁸⁴ Pedro Nel Ospina, prólogo a *Frutos de mi tierra*, XIII

casual, ya que los lectores de sus obras, en un principio sus amigos y compañeros en la élite y posteriormente toda la sociedad (en parte porque estas obras ayudan a perpetuar estos sentidos), están inducidos en los sentidos *veraces* y *científicos* de estas. La *normalidad* entonces que adquieren estas descripciones no se puede entender como *retratos evidentes de Antioquia*, o como *emanaciones de la geografía que habla por los autores*, sino que su génesis está en una dinámica de representaciones en proceso que involucran a toda la sociedad, y sus particulares relaciones de poder. Como lo menciona Henri Lefebvre:

*El modo de existencia de las representaciones solo se concibe tomando en cuenta las condiciones de existencia de tal o cual grupo, pueblo o clase. Proceden de una coyuntura o conjunción de fuerzas en una estructura social en que existen grupos, castas, clases, pero se dirigen a toda la sociedad; representan la figura, la imagen que un grupo (o casta, clase) da de sí, unas veces para los demás, otras para sí, sin que una cosa excluya la otra. Los dominados [...] no tienen más remedio que aceptar las imágenes impuestas por los dominantes y reproducirlas interiorizándolas, no sin desviarlas según la fuerza de la protesta y enderezarlas contra quienes la producen. Los dominantes acentúan ciertos rasgos naturales (particularidades del sexo en las mujeres, del cuerpo o del comportamiento en las etnias subordinadas), los convierten en una definición de carácter “definitivo”. Así se logra, sin “mentir” particularmente, una imagen que perpetua la dominación. Lo que está en juego no es única y simplemente económico; las finalidades y los intereses se disimulan; si aparecen en su verdad, fracasan. Las representaciones amplifican, desplazan, trasponen ciertas “realidades”. Forman parte de una estrategia “inconsciente”. Nacen como símbolos en lo imaginario y se fortalecen volviéndose corrientes, casi instituidas.*¹⁸⁵

El sentido, entonces, de *realidad* de las obras se configurará en un *desiderátum*, como menciona Ospina, en el sentido en que condesan todas las aspiraciones sociales de una Élite que modifica el proyecto de sus padres para llegar al cumplimiento de la modernidad antioqueña en la industrialización y el café, liderada y controlada por ellos, y que como tal justificará, exagerará y promocionará las obras que para tal efecto hagan patente *lo natural* de este liderazgo. Lo que a su vez permite a estos intelectuales un lugar social de aprecio y valor por su trabajo útil, incluso aunque no puedan vivir de este: Carrasquilla, por ejemplo,

¹⁸⁵ Henri Lefebvre, *La presencia y la ausencia*, 66

tenía el apoyo y la financiación incondicional de su abuelo, un rico minero de Santo Domingo, y en la última parte de su vida, se verá obligado, al acabarse la fortuna, a ejercer trabajos de periodista para subsistir (sobre todo en crítica literaria y de cine). Efe Gómez, por otro lado, se vale de su trabajo de ingeniero de minas para financiarse, mientras escribe y publica en periódicos sus obras; su única novela, publicada de manera póstuma (*Mi gente*, 1937), fue financiada por Luis Ospina Vásquez, hijo de Pedro Nel Ospina, como lo menciona en el prólogo de esta.¹⁸⁶

De esta narración *veraz y completa*, surgirán dos alteridades como fronteras de lo *antioqueño*. La primera de estas dinámicas, y cómo continuación del *viaje al campo* de estos intelectuales es la representación de la colonización como *prueba de superioridad y de su frontera*. Para ambos efectos las élites antioqueñas harán una diferenciación importante, entre lo que se considera una extensión de Antioquia, que se expande por sus hijos, y lo que se empieza a considerar una *colonización de tierras bárbaras*. En el primer caso, como extensión de Antioquia, dominará la mente de los intelectuales la expansión hacia el sur del proceso social de la colonización de Caldas (1850-1930). Este evento se narrará como una extensión de las características antioqueñas del trabajo, la geografía y las costumbres (religiosas, morales y familiares) de manera que se muestre triunfante una *antioqueñidad* capaz de expandirse, desde su trabajo superior, por nuevas regiones, doblegando la naturaleza. Como lo muestra Efe Gómez en la narración de un hombre que retorna a su pueblo después de haber ayudado en su juventud a fundarlo:

Javier resistiase a creer sus ojos. Hacia veinte años, cuando dejara su pueblo, muerta ella, eso no era más que un pardo grupo de cabañas: en las dehesas, en donde apenas comenzaba a brotar la grama nueva, tendidos aún los troncos carbonizados de la selva; rozas en donde parpadeaba el maíz seco; campos recién quemados en que entre el suelo negro por el fuego, brotaba, como estrellas verdes, el maizal naciente; y allá... a la distancia... tas, tas... tas, tas... tas, tas... el ruido de las hachas alejando lentamente, incesantemente el linde de la selva primitiva que por todas partes circundaba el horizonte... y a cada instante... brúm!... un árbol que venía a tierra con estruendo... Y allá arriba, sin rayos, el sol rojo y redondo por el humo

¹⁸⁶ Efe Gómez, *Mi gente* (Colombia: Universidad Nacional de Colombia, 2007) 11-14

*de las quemas. Y ver lo que encontraba en cambio: una ciudad nuevo y flameante, de calles rectas reborbollantes de vida, de carrozas, de bullicio; bordeadas de jardines, de palacios, de bazares; y derramada por doquiera, multitud cosmopolita, fauna nueva, del todo para él desconocida.*¹⁸⁷

La colonización antioqueña, como se puede ver desde la cita, será entonces narrada como un hito de la vocación de *la raza antioqueña* para *civilizar* los lugares donde llega, como una *prueba irrefutable* de su superioridad, que no contenta con dominar el territorio de donde surge, se extiende por los desiertos (entendidos estos desde el concepto de Humboldt, es decir *desiertos de civilización*, ver Capítulo II, apartado 2.3) y los doblega con sus hachas, con su industria y con su trabajo.

La segunda cara de la colonización, para estas narraciones, es la expansión que hace Antioquia hacia las *zonas malsanas y bárbaras*. Siguiendo el mismo razonamiento causal, por medio del cual, la geografía antioqueña, salubre y difícil, engendra hombres sanos y trabajadores (para que afronten la dificultad), los ingenieros, comerciantes, poetas y religiosos antioqueños que en esta época se trasladan por sus territorios comenzarán a establecer los límites donde comienza lo *no-antioqueño, lo otro, lo incivilizado*. La más evidente de estas fronteras, y frente a la cual la *antioqueñidad* se narra orgullosa, es la de las selvas, húmedas y cálidas, del Urabá y el Choco. Como se puede ver en el relato de Efe Gómez de sus experiencias como ingeniero por estas regiones:

-Pues en las selvas del Chocó- iba diciendo yo- que son las que conozco más, hay un personaje que lo llena todo, que él lo subordina todo: el silencio. Los ríos se deslizan en silencio; vuelan las garzas en silencio blanco, ondeado, lento; el cielo lácteo se disuelve en lluvia silenciosa... Ve uno el silencio: es un personaje alto, inmenso, fluido, tácito, el índice en los labios. Cae una hoja seca; salta de entre la onda tersa un pez para atrapar una mosca; se levanta de una canoa que atraca, el ruido ronco de los remos al ser arrojados al sonoro fondo... y él, el Silencio, tiende la mano cóncava y apaga el ruido apenas iniciado, que se extingue súbito, sin ecos. Al menos eso me parecía a mí, cuando tendido en mi hamaca, de lo alto de alguna de las

¹⁸⁷ Efe Gómez, *Retorno. Tomo II obras completas*. (Medellín: Editorial Bedout, 1944), 13

*casas erigidas a lo largo de la orilla, adonde se asciende por graderías cavadas por la corriente del río su en su correr de siglos, miraba...y callaba.*¹⁸⁸

Esta frontera en que reina el *silencio*, como contraposición a la actividad del hombre antioqueño, no se verá solo marcada por la poesía y el *retrato* del artista (aunque este sea parte fundamental en su reproducción y delimitación) sino que además se traducirá en una exclusión sistemática de zonas enteras de la geografía antioqueña, y de sus habitantes, de este proyecto de modernidad planteado por las élites. Así, mientras los ingenieros *civilizan* la producción minera del Urabá y el Chocó y los misioneros religiosos antioqueños llegarán también a *civilizar* su moral y sus formas, los proyectos educativos, económicos e industriales se alejan de estas, por no hacer parte, ni su geografía, ni sus habitantes, de las zonas en las que la *antioqueñidad se puede reproducir exitosamente*, como en las zonas de colonización del sur. El vínculo que se creará, entonces, entre una Antioquia y esta zona de *desierto civilizatorio*, será el de la dominación irrestricta, justificada desde la afirmación, de que, por ser razas inferiores, hijas del clima mal sano, deben ser *guiadas* por ellos para que puedan, por lo menos, alcanzar un grado de *civilización parcial*.

Esta dinámica consolidará una representación de *antioqueñidad* que se *prueba* en ambas expansiones: *prueba* en el éxito económico y social de la expansión del sur (exagerado y reproducido constantemente por los intelectuales) que es superior porque se puede expandir y reproducir; y *prueba*, además, que donde no se puede reproducir, puede dominar, como el contraste necesario que una identidad necesita para proclamarse afirmativa, un *otro* demonizado que sirve de reflejo para asumir la propia superioridad (Ver capítulo I, apartado 1.1.5). Esto sin olvidar la ironía de que, de por sí, la *antioqueñidad* se configura en una identidad subalterna del mundo moderno, donde la expectativa siempre estará marcada por la aspiración de llegar a *ser* como el europeo, o el estadounidense, convirtiéndose esta dinámica en una subalternización de Europa a Antioquia, donde el subalterno crea un colonizado más para probar su validez (parcial) de Antioquia al Chocó. Ambigüedad e ironía

¹⁸⁸ Efe Gómez, *Mi gente*, 11

que estos autores alcanzan a representar muy bien, ya que, en todo caso, como dice Efe Gómez:

*esto es Antioquia, es la Patria que se expande irresistible. ¡Paso a ella! Son sus hijos, los audaces descendientes de la raza más audaz del universo, modelados en siglos de aislamiento, sobre el dorso de nuestras soberbias cordilleras. Antioquia son sus hijos, es su raza. Antioquia será Colombia entera, como la ya olvidada, tesonera Prusia, es hoy Germania Imperial y victoriosa. ¡Viva Antioquia!*¹⁸⁹

O sea, *la raza antioqueña es la más tenaz del universo colombiano*, tanto así, que hasta un poquito se parece a la tesonera Prusia, en el marco de Alemania y Europa. Reconociendo tanto la subalternidad de Antioquia frente a Prusia, como su expectativa de vincularse al mundo europeo desde la constante representación y emulación. Esta posición de la *antioqueñidad* asumida dentro del marco colombiano, y sus relaciones imaginarias con Europa, nos lleva al último punto del trayecto de estos intelectuales.

La última frontera, y fruto de un nuevo viaje, serán las formas alternativas de modernidades, percibidas por los intelectuales, que coexisten en el territorio colombiano para esta época. Para este periodo la relación de las élites antioqueñas con la república se convertirá en un viaje de Antioquia hacía el exterior, bien hacia otras regiones del país, con sus propias versiones de identidad, o bien hacía el ámbito internacional, como Estados Unidos o Europa. Siguiendo la lógica de la monografía, la relación que analizaré aquí será la que se establece entre los intelectuales antioqueños y su representación de Bogotá, y los *bogotanos*. Como veíamos en el contexto de este capítulo, la pérdida de su independencia política y económica en el Regeneración se ve acompañada, en Antioquia, por una mayor participación de los antioqueños en la política y economía nacional. Esta relación, sin embargo, se dará, desde las representaciones como *un viaje al exterior*, donde los antioqueños se considerarán de manera cada vez más regular, diferentes *por naturaleza* a los otros colombianos. De esta manera, a pesar de que el político, empresario, o comerciante antioqueño pueda pensar, dirigir, o ejercer en *pro* de una idea de país común, la relación nunca se romperá de que, por

¹⁸⁹ Efe Gómez, “Un Zaratustra maicero” [1908], en *Palabra Viva* N. 18. (Medellín: Universidad nacional, 2011), 115.

fuera de las fronteras antioqueñas estará la *otredad*. Esta relación de *antioqueñidad* se puede ver, en el marco de la Guerra de los Mil Días, en la carta que el general liberal Rafael Uribe Uribe le deja a su *compatriota* conservador Pedro Nel Ospina, cuando este último lo persigue como su enemigo por la región de la Guajira, en 1900:

Conveniencias de guerra me aconsejan cederte a Corozal. Ahí te lo dejo con sus fiebres, su hambre y su aspecto antipático. Como la cesión es voluntaria y hasta gratuita, no vayas a escribir sobre ella un parte muy grandilocuente y tonitruante. No hay que tartarinizar. [...] He cuidado de los heridos y enfermos conservadores de que me hice cargo por la capitulación, mejor que si hubieran sido liberales. Puede que algunos se quejen, por lo descontentadizos, pero tengo atestaciones de ellos mismos que comprueban mi buen manejo. No hago mérito de ello sino para exigirte la reciprocidad. Aquí y en Sincelejo quedan algunos de los míos, incapacitados para seguirme: te los recomiendo, en la seguridad de que los dejo bajo la protección de un caballero y de un cristiano. A propósito: me complace tenerte por contrincante. Entre los dos no perderemos esfuerzo por civilizar la guerra. [...] Está de más decir que los prisioneros que nos hagamos serán bien tratados. No te dejes aconsejar de los sectarios rabiosos. Estamos guerreando en tierra que no es precisamente la nuestra, y donde debemos procurar dejar un buen recuerdo, no casándonos con las rencillas lugareñas. Somos padres de familia, vamos tirando ya para viejos, y tenemos reputación que cuidar; otros tantos motivos para tratar de distinguimos del vulgo de los perseguidores fanáticos. En cuanto a mí, jamás la condición de conservador o de adversario me ha impedido ver detrás la de colombiano, es decir, la de compatriota. En cuanto a relaciones entre los dos, quedan por mi parte establecidas para todo objeto útil o de interés común. No en vano habremos sido condiscípulos y amigos de toda la vida; y aunque tendría yo derecho a guardarte rencor por querellas de juventud en que te excediste, los años han dejado caer sobre ellas capas sucesivas de ceniza fría. Celebraré que tengas buenas noticias de Carolina y tus muchachos. ¡Feliz tú, que puedes comunicarte con ellos! En catorce meses de campaña, apenas he sabido tres veces de casa. Te saluda tu condiscípulo y amigo, Rafael Uribe Uribe.¹⁹⁰

En esta se puede ver patente esta tensión: entre los proyectos políticos nacionales que involucran a estas élites en bandos diferentes, entre colombianos conservadores y liberales,

¹⁹⁰ Rafael Uribe Uribe, *Documentos militares y políticos. Tomo IV* (Medellín: Imprenta departamental, 1982), 231-232

y, por otro lado, el vínculo que los une como amigos y *paisanos*. Si bien Uribe Uribe hace referencia al marco común del compatriota *colombiano*, en esta se carta se puede ver como la relación de amistad y fraternidad de ambos no viene de este vínculo (un tanto frío y vago en la carta) sino más bien desde la simpatía de *compatriotas en tierras extranjeras*, que para consuelo de su exilio retornan a pensar en su tierra, en sus familias, y en los recuerdos de una juventud común. La *antioqueñidad*, entonces, exhala en esta carta como una relación desgraciada entre los que son enemigos en el extranjero (en la Guajira) pero que dentro de las fronteras de su *patria* siguen siendo amigos, quizás hasta sus hijos asisten al mismo colegio mientras estos dos se persiguen en países extranjeros. Recurriendo Uribe Uribe a la lógica de una *antioqueñidad* asumida, donde las diferencias partidistas no son importantes (Ver apartado 3.1)

Al igual que con las élites políticas y económicas, los intelectuales también harán este viaje al exterior, aunque cada vez menos regular, y menos necesario. El contacto con el mundo bogotano lo harán, al igual que como definen lo *antioqueño*, asumido con la naturalidad de los prejuicios establecidos desde el periodo radical. Es decir, así como estos intelectuales ven, y buscan, en el campo antioqueño las representaciones de los autores anteriores, en su viaje a Bogotá verán confirmado, tanto lo que los autores bogotanos vienen diciendo sobre sí mismo, como en las obras de Samper, como los prejuicios que los antioqueños tienen sobre estos.

El ejemplo de Carrasquilla muestra cómo se desarrolla este viaje. En su vida, este autor efectuó solo dos viajes a la capital, el primero en 1895-96 lo hizo para imprimir y comercializar su primera novela *Frutos de mi tierra*, financiada esta impresión por su abuelo, y ante la falta de grandes imprentas en Medellín que tuvieran la capacidad de hacer libros (pues aquí se limitaban a periódicos y revistas pequeñas); el segundo, y ante la necesidad de dinero después de agotada la herencia, lo haría de 1914-1918 para ocupar un trabajo que le ofreciera, en el ministerio de obras públicas, su amigo Rafael Uribe Uribe.¹⁹¹ En las cartas de ambos viajes, además de sus obras, se hará patente, tanto la incomodidad de Carrasquilla frente a lo *extraño de la bogotanidad*, como los contrastes que esta presenta, de manera

¹⁹¹ Álvaro Pineda, *Tomás Carrasquilla, vida y obra*, 71 y 151

natural, con la *antioqueñidad*. Ambigüedad constante entre la admiración y el desprecio, y regular en las construcciones del *otro* de una identidad (Ver capítulo I, apartado 1.1.3). Cómo escribe a su familia en las cartas de su primer viaje, en 1895:

[...] *No sé cómo componérmelas para hablarles del tal Bogotá, sin decirles mentira: si les digo que me ha gustado, miento; y miento también si les digo lo contrario. Lo mejor será decir, aunque parezca un contrasentido, que me ha chocado y agradado a la vez. Trataré de explicarme: Bogotá es la ciudad de los contrastes y las de las contradicciones; parece un rebrujo de cosas lindas, nuevas y preciosas, y de vejeces, basuras y porquerías. Hay pedazos que en qué le parece a uno que es Europa en donde está, y hay otros que son como cosa de “Guanteros” o “El niguateral”. No los comparo con “El chispero” o con “El alto”, porque, si bien son más feos, tienen ese no sé qué animado y pintoresco de los barrios de las ciudades. [...] Sobre todo este laberinto de colores domina la nota triste del negro, pues hombres y mujeres visten, en un ochenta por ciento, de este color. [...] Me han presentado mucho a mucha gente y he ido a algunas casas. Formales y francos me han parecido casi todos; pero la finura y la civilización, tan decantadas, no son para deslumbrar. Una uñita más insinuantas que en Antioquia: ¡eso es todo! [...] Ahora, por si acaso les agradare el humo, les diré que la novela [Frutos de mi tierra] ha conseguido mejor atmósfera que en Antioquia: los pocos que la han leído la ponen en los cuernos de la luna [...] Ha habido quien me espete en mi propia cara que “apenas Pereda escribe así”. Y decir Pereda aquí es como decir la Santísima Trinidad, porque en Bogotá adoran a este autor con exclusión de los otros. Es gente de partido hasta en la literatura.* ¹⁹²

Desde las primeras líneas, y teniendo en cuenta la selección de apartados que se hace de esta extensa correspondencia, se puede ver como Carrasquilla tanto se sorprende como se desilusiona de las impresiones que le causa Bogotá y sus habitantes. Al igual que los intelectuales del periodo radical, este verá una modernidad incompleta en la capital (Capítulo II, apartado 2.2), pero esta percepción estará además mediada por las preconcepciones que sobre la ciudad ya han hecho sus propios intelectuales bogotanos, como las obras del mismo José María Samper, o *Las apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1867) de Rufino José Cuervo.

¹⁹² Tomás Carrasquilla, *Obras completas* (Madrid: Ediciones y publicaciones españolas, 1952), 2067-2074

De esta manera, Carrasquilla hará el contraste constante sobre las *naturalezas antioqueña y bogotana*, sin nunca dirimirse totalmente por el desprecio o el halago, aunque claramente prefiera la primera, entre los puntos a los que más recurre están: **1- La asumida cultura**, donde los antioqueños serían simples o ingenuos en sus relaciones, y los bogotanos serían cultos o pretensiosos. En la versión positiva de esta diferencia (simples/cultos) la superioridad bogotana en teatros, librerías y ofertas culturales sería obvia, mientras que en su versión negativa (ingenuos/prentensiosos) el bogotano es un cosmopolita que se hunde en una vida de pretensiones, juego y vicios que lo consume, de la que el antioqueño, en su ingenuidad, estaría librado. **2- La religiosidad**, donde los antioqueños serían simplones o devotos, y los bogotanos grandilocuentes o irreligiosos. De manera que en la primera (simplones/grandilocuentes) Carrasquilla ve en las grandes procesiones y lo rico de los adornos de las iglesias una superioridad de Bogotá en el ornato del culto, mientras que para la segunda (devotos/irreligiosos), y que estaría atada al *partidismo político de lo bogotano* (como generador de caos social), lo desordenado e *impropio* de la población para la moral y el comportamiento en los eventos religiosos los haría poco menos que herejes, frente a una religiosidad antioqueña que se ejerce desde la conciencia y devoción. Como le describe a su hermana una semana santa en Bogotá, en su segundo viaje (1915):

*La procesión del Viernes Santo es la cosa grande, tremenda y ponderada [...] Va Su ilustrísima con todo el Capítulo y ño presidente con todos sus ministros, y el ejército con sus bandas. Pero con el bochinche y la irreverencia no resulta ni imponente, ni ordenado ni solemne. [...] Por la noche es Bogotá una bacanal, en nombre y memoria de Nuestro señor Jesucristo. Es una perra universal; y, como el trago de aquí tiene la pelea encima y el chiste hondo, no se oyen sino pescozones, “totes”, bastonazos, paraguazos y estropicios por cafées [sic.] cantinas y calles. [...] ¡Ya te podrás suponer los actos de piedad que y devoción habrán de practicar con estos ritos! [Sobre el día del Corpus] La procesión se dañó porque el señor soltó el diluvio para que no lo sacaran a estas calles irreverentes y profanadoras, donde hervía la gente con todos los horrores de la vanidad y el lujo...*¹⁹³

¹⁹³ Tomás Carrasquilla, *Obras completas*, 2095-2098

3- El trabajo, donde los antioqueños pueden ser obsesivos o buenos trabajadores, y los bogotanos relajados o perezosos. Desde la carta de 1895 se pueden ver ambas posiciones, la oferta cultural de Bogotá, sus tiendas y sus cafés, permiten asumir una vida más tranquila y con más distensión, imposible en una Antioquia obsesionada con el trabajo y que poco descansa; mientras que, en la versión negativa, Bogotá sería el lugar de la pereza, el trámite de influencias partidistas y la inoperancia, y Antioquia la del trabajo honesto y productivo.

4- La geografía y el medio, esta se daría como la Antioquia de difícil geografía y escasez o la de los paisajes vivos y la actividad, frente a la sabana de Bogotá, de la abundancia o la monotonía gris. En la primera (escasez/ abundancia) Carrasquilla se impresionará de la abundancia de comida que produce la sabana y lo barato de esta, comparada con la carestía antioqueña y su geografía quebrada y difícil de cultivar; mientras que para la segunda (actividad/monotonía) este autor se aburrirá en el frío gris de la sabana donde todos sus habitantes visten de negro, como una eterna monotonía lluviosa que le hace añorar los paisajes antioqueños con su movimiento y sus colores.

Desde estos cuatro puntos Carrasquilla delimita una frontera con la versión alternativa de una identidad moderna coexistente con la antioqueña, la bogotana, y lo que es aún más, esta frontera termina por *probar*, entre el sarcasmo y el elogio, que si tanto lo *bogotano*, con sus costumbres, su historia, su geografía y su gente, es una *naturaleza ineludible*, lo *antioqueño*, desde la diferencia, también lo es. Ya que por medio de este pensamiento dialectico de las comparaciones, las diferencias entre *antioqueñidad* y *bogotanidad* se asumen como pruebas reales de la existencia, precisamente porque tienen un *otro naturalizado* que, como no es igual a ellas, lo valida.

Como recapitulación del apartado, la *antioqueñidad* se cerrará en sí mismo y podrá representarse *solitaria* en las obras de estos intelectuales, precisamente porque cumple unas condiciones sociales específicas. Primero, porque se retoman y readaptan unas representaciones del periodo anterior, que le dan *validez científica* a estos relatos y permiten unos interlocutores y lectores de estos que entienden los *sentidos de estas representaciones*, *sin necesidad de explicaciones* (las otras élites que han leído los escritos de los escritores del periodo radical). Segundo, porque la configuración de la *antioqueñidad narrativa* va a

acompañada de la creación de una frontera interior, primero de un *antioqueño inferior* (el campesino y el minero pobre) que se debe guiar, y segundo de un *otro bárbaro* (el Urabá y el Chocó) sobre la que se puede mostrar como superior y dominarla, tanto desde lo material como lo narrativo, como prueba de esta superioridad. Y tercero, porque, comparándose con otras identidades modernas cercanas (*la bogotanidad*) las diferencias entre ambas hacen que la *naturaleza de sus postulados* se vea doblemente probada, porque *es*, y porque hay otros que *son* de manera diferente. Desde esta identidad asumida, solitaria y naturalizada, paso entonces a analizar la manera como, desde las obras de estos autores, esta se despliega y se proyecta de manera narrativa *total*, y el peso que estas narraciones han tenido sobre nosotros.

3.3 La antioqueñidad en la literatura:

Como conclusión de esta monografía trataré en este apartado de mostrar cómo este recorrido de las representaciones de Antioquia, por los antioqueños, se plasma en las obras de los dos autores escogidos para este capítulo, Tomás Carrasquilla y Efe Gómez. De esta manera, intentaré, más que mostrar los hitos por medio de los cuales justifican su narración como en el capítulo II, de analizar las obras de manera que sea evidente como estas representaciones se consolidan desde unas narraciones herméticas y cerradas, como testimonio de una *antioqueñidad* evidente tanto para estos escritores, como para sus lectores.

La primera de estas obras, y preminente para esta monografía, es *Frutos de mi tierra* (1897) de Tomás Carrasquilla, considerada para la sociedad antioqueña, hasta nuestros días, como la primera novela eminentemente antioqueña. La obra narra la historia de una *antioqueñidad* con la posibilidad de encarnarse de dos maneras diferentes, una positiva y otra negativa, narrada en dos historias conectadas solo por su coexistencia en la ciudad de Medellín. La primera de estas narraciones cuenta la historia de la familia Álvarez de la mano, principalmente, de sus dos hermanos, Agustín y Filomena. Estos, hijos de la pobre viuda Mónica Seferino, empiezan a trabajar desde muy temprana edad en la pulpería que la madre, a fuerza de su trabajo y de la necesidad de mantener a sus siete hijos, monta con un préstamo. Mientras el negocio crece, Agustín empieza a destacar como un trabajador concienzudo e incansable. La tragedia comienza cuando su madre les compra, como gasto de vanidad, un

traje nuevo y suntuoso a todos para que vistan los domingos en la misa, ante el cual Agustín caerá en el delirio narcisista que marcará su vida:

*Al contemplarse tan peripuesto, digo, se dio cuenta de la dignidad, de la grandeza del varón. Con la mugre y los remiendos cayó la venda. ¿Cómo había vivido él diez y siete años con aquellos andrajos? ¿Pensaría su madre que eso iba á ser para los domingos solamente? Eso sí que nó! Vestirse siempre muy bien, como él se merecía [...] Había de ser Augusto el Narciso de los Alzates, y éste fue el primer preludio.*¹⁹⁴

Agustín, con renovada vanidad, hace que se madre le monte un negocio aparte del suyo, y junto con su hermana Filomena, se encargarán de la comida de la pulpería. El negocio crece, y de esta manera se configura la simbiosis entre ambos hermanos: Agustín trata con los clientes y las ventas, mientras Filomena se mueve en la trastienda con las cuentas, las compras y la administración del negocio. Llega la guerra civil de 1860 de la revolución radical, y con esta el carácter *neutral político antioqueño* les da a los hermanos Alzate la oportunidad de expandir su negocio:

*La revolución del 60,- “la guerra grande”, - los cogió ya establecidos; y aquello, tan aciago para el país, fue la suerte, el río revuelto para los nuevos empresarios: los patojos de la blusa y la caranga dejaban sus raciones en la pulpería, en cambio de comestibles y bebestibles. Y como los Alzates eran el paño de lágrimas para todos con su abastecida tienda, y como jamás se metieron en honduras de opinión política, ni güelfos ni gibelinos tuvieron que ver con ellos, como no fuera para comprarles. Con tal guerra se pusieron las botas [...] pues á Filomena se le ocurrió dar los dineros sobre prendas... y los tiene usted de prestamistas. Con todos los tronados y cesantes que las guerras dejan, la coyuntura para la prendería fue como buscada con vela.*¹⁹⁵

De este momento en adelante los Alzates se convertirán en prenderos y financistas de la ciudad de Medellín, y en su frenética búsqueda por la riqueza, empezarán un abuso y atropello egoísta de todas las personas a su alrededor. Las primeras víctimas serán los miembros de su familia: a la muerte de su madre se robarán la herencia de las dos hermanas

¹⁹⁴ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 21

¹⁹⁵ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 29

restantes (Nieves y Mina), ante la ausencia de la otra hermana sobreviviente, Juanita, que se casa con un militar y se establece en Bogotá. Roban también a las hermanas de la herencia de su padrino, el comerciante Juancho, amigo de Mónica la madre y protector de las huérfanas Nieves y Mina. Y, finalmente, con engaños y triquiñuelas, venden la casa de su madre, de propiedad de los cuatro, para comprar una nueva en la que solo son propietarios Agustín y Filomena, condenando a sus hermanas a la servidumbre y los abusos que estos les proporcionan. El narcicismo de los hermanos Alzate alcanza en este punto su máximo esplendor, ya que su riqueza, fruto de su *ingenio mercantil* los validaba:

Agustín siempre se había estimado mucho, pero de esta época en adelante el amor á sí propio fue creciendo, como crece en velocidad la piedra que cae; y tras este sentimiento le vino el de su grandeza. Aquí fue ello! Figuráos un mortal gozando los éxtasis del yo, en una plenitud que humanamente no tiene con que compararse; figuráos un ser sin dependencia de nada ni de nadie, que mira al mundo y á sus habitantes como cosa de muñequitos de plomo; figuráos una ráfaga de viento individual que á toda hora entona trisagios, hosannas y santus, en alabanza de Agosto Alzate; figuráos todo esto, y tendréis idea de las que con respecto á si mismo pasaban por el cerebro de este señor, si fue que tuvo cerebro. Cuando la propia satisfacción, ó el recreo en las prendas personales, encuentra al desarrollarse alguna luz intelectual, algún sentimiento elevado, suele no presentarse tan al desnudo, y, á las veces, suele hasta velarse con cendales de fingida modestia. Entonces esa jactancia es moneda corriente; tan corriente, que corre y correrá como ha corrido siempre. En Agosto no había nada de esto. Tampoco era su corazón urna de filigranas, como no fueran las de las joyas empeñadas.¹⁹⁶

Como crece en velocidad la piedra que cae, entonces, la narración de Carrasquilla irá, desde este éxtasis narcisista, a la caída de los hermanos Alzate. El drama se dirimirá desde esta expansión de su propia *Hybris antioqueña* (como una encarnación negativa de esta *naturaleza*), Agustín caerá en el constante abuso a sus conciudadanos, basándose en la seguridad de que su individualidad y su riqueza son evidencia de su valor superior frente al resto de la sociedad medellinense; lo que al final lo llevará al enfrentamiento con sus vecinos, la familia Palma, por trasgresiones exageradas e imaginadas por Agustín contra su *dignidad* y su *amor propio*. Este enfrentamiento terminará cuando un miembro de los Palmas, cansado

¹⁹⁶ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 57-58

de los abusos y los acosos de Augusto, lo embosca en la calle y le propina una paliza con su látigo. Herido su cuerpo y su orgullo Agustín entra en una crisis narcisista que lo consumirá el resto de la narración, encerrado en el delirio de no poder entender cómo puede atropellar la vida a la persona más valiosa de la ciudad. En este delirio seguirá ejerciendo el desprecio a todos sus compañeros mortales, no menos a las sirvientas negras que en su exilio en el campo le sirven junto a su hermana Nieves, y que Carrasquilla retrata como unas cohabitantes *extrañas de la ciudad*, insalubres, mal hablados y entrometidos:

*La intrusa negra, al ver aquellos extremos, [La ira de Agustín contra los vecinos en su exilio] se plantifica delante del afligido señor, se estriega las narices con el dorso de la mano, sorbe á toda gana, y dice: -¡Pero, mi amito Agustín, por la virgen!.. Sumercé sí!: ¡Tanté ponese á confundirse por los dichos dese taita!... Y no ve que jué á buscale cambamba? ¡Un blanco como sumercé... ise á enredar con esa gentualla! Nó, mi amo: los negros semos negros y los blancos son blancos; los negros en la cocina, los blancos en la tarima...*¹⁹⁷

La otra caída, la de su hermana Filomena, será diferente. No tan vanidosa como este, pragmática en los negocios, avara y cerrada a cualquier sentimiento de compasión o amor, caerá cuando, entrando en la vejez, se sienta sola y sin compañía. Al momento en que Agustín se retira del mundo en su crisis, llega a la vida de los Alzates un personaje que será la perdición de Filomena, Cesar Pinto, el hijo de la hermana (Juanita) residente en Bogotá. César es un híbrido entre la avaricia de los Alzates y su crianza *refinada* adquirida en la alta sociedad bogotana:

Tiene César gesto muy animado; accionar elegante y expresivo; arrisca las narices y los labios con mucha monada; sabe hacer ojitos, ya tristonos, ya regocijados; a más de muy bogotano en el acento, es de suyo timbrado de vos, sandunguero, reidor, y nada sangripesado. Con tan buenas partas, y otras que luégo enumeraremos, se cree él una sirena con pantalones, como quien dice. [...] No faltaban antioqueños de paso en la populosa capital; y, como los viese, el joven Pinto se les metía por el ojo de una guja, en són del paisanaje con su madre, les servía de cicerone, los acompañaba en el paseo al Tequendama, los presentaba en varias casas, y los pobres maiceros pagaban tributo al César, y muy agradecidos quedaban de sus favores. Sin

¹⁹⁷ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 334

*que esto quiera decir que sean nuestros paisanos los más abiertos de bolsa, ni los más blandos de entrañas, sino los más novicios, debido á que en Antioquia, sin que falte la gorra, que en todas partes se usa, todavía se desconoce la caballeresca industria del Sable [...] [Con estos atributos] César tenía que ser rico, muy rico; pero fulminantemente, sin la fatiga del trabajo, sin la vulgaridad de las economías. Nadie más apto que él para la opulencia: si se sentía rico por sus gustos refinados, por sus encumbradas aspiraciones; rico por temperamento. La riqueza era su vocación.*¹⁹⁸

El desprecio al trabajo, como vicio de una alta sociedad aristocrática bogotana refinada, y la avaricia desmesurada del antioqueño se juntan en César para hacerlo un demonio con lo peor de ambos mundos. Filomena, ante el refinamiento de su sobrino, y su trato amable desconocido por los *simplones antioqueños*, caerá enamorado de este. César verá en el amor de su tía la oportunidad de ser rico sin esfuerzo, y seguirá su juego hasta al matrimonio. El fin llegara cuando, mudada a Bogotá la pareja después de vender todas las propiedades de Medellín, César huya con el botín, dejando a Filomena, la prestamista avara, ingeniosa y trabajadora, en una melancolía que inmediatamente la lleva a la tumba.

La segunda historia narra el drama amoroso entre Pepa Escandón y Martín Gala, este último el migrante caucano que viene a estudiar a Medellín por órdenes de su madre. Esta parte de la obra, entremezclada con la historia de los Alzates, es comparativamente mucho más corta, y se enfoca en mostrar más el desarrollo de una *antioqueñidad positiva*, como contraste necesario de la *antioqueñidad negativa* de los Alzates. La narración empieza con el primer encuentro entre ambos personajes, Martín, un joven universitario dedicado a una vida cosmopolita de gastos suntuosos, clubes y fiestas de cuenta de la fortuna de su madre, y Pepa Escandón, una muchacha de una buena familia de comerciantes medellinenses, más viva e ingeniosa que bella. En este primer encuentro Martín sale humillado por Pepa en una escena callejera un domingo, y él orgulloso universitario, para él cual la vida social es todo, jura vengarse de la Pepa, y para tal efecto decide enamorarla para poder romperle el corazón después. Martín y Pepa se ensalzan entonces en un drama en el que lentamente la actividad frenética y errática de esta (como una *naturaleza de trabajo antioqueño* mal enfocada) y el

¹⁹⁸ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 216-223

cosmopolitismo sin compromiso, y *cachaco* (de vida social solo con gasto y sin trabajo) de aquel, los llevarán lentamente a enamorarse. El drama se resuelve cuando Martín abandona su *cachachismo* estéril y cae enfermo de gravedad después de ser rechazado por Pepa, lo que causa que esta pierda su locura de actividad inconsecuente y se reconcilie con Martín, mientras su historia se cierra con el matrimonio.

Lo relevante de la historia para esta monografía, más que la narración en sí, es que, así como en los Alzates se muestra el exceso de una *naturaleza antioqueña corrupta*, con la avaricia desmedida y la individualidad fratricida (ambas advertencias claras en obras anteriores como la de Kastos), la historia que se cuenta alrededor de la familia Escandón, de Pepa y su padre, es una de las potencialidades positivas de esta misma *naturaleza antioqueña*. Así, esta narración es importante en la obra de Carrasquilla, precisamente porque contrasta la crítica y la burla de Alzates al mostrar el lado *bueno* de esta *identidad asumida*. De esta manera, las características de Pepa, por ejemplo, son la antítesis de las de Filomena:

Pepa era la cuarta hija de don Pacho Escandón y la mayor de las solteras. De niña fue tan callejera, turbulenta y potrancona que todos pronosticaron que iría á ser una apocada, una mosca muerta. Tales vaticinios marraron, y solo las Hermanas de la Caridad, en cuyo colegio estuvo tres años, pudieron, con todos sus halagos y requilorios, domesticarla un tanto y darle punto de señorita distinguida, aunque no en el grado que ellas quisieran [...] ¡Que actividad la de esta criatura! Ni aun en sus recreos se estaba ociosa; pero eso sí, todo era según le venía el capricho, sin fijarse en si la tarea urgía ó nó, si convenía ó dejaba de convenir. [...] Para Pepa, una persona pobre, especialmente si era de buena familia, tenía algo de ungida. Su burla á los trapos que no estuvieran al tanto de su buen gusto, tan temida entre las ricas, nunca jamás la tuvo para ridiculizar, bien fuese apayasado, traje alguno que denunciase pobreza; y con un ¡pobrecita! Que le salía del alma, tenía para escudar los pobre guiñapos [...] [A pesar de sus buenas relaciones en sociedad] No por ello dejaba de frecuentar los sacramentos ni de rezar mucho, particularmente á San José, á quien dedicaba comuniones y ponía no pocas velas y flores. En su propio cuarto le acompañaba uno de lienzo [...] Esta efigie, que no el santo, había de sacar á Pepa de todo apuro: Que la sociedad de San Vicente de Paúl no daba un

*socorro gordo para alguna familia menesterosa; que la del Sagrado Corazón le retiró los seis reales á la Menganita [...] en todo caso vela al cuadro.*¹⁹⁹

Pepa se convierte en lo que una mujer antioqueña rica debe ser para tener una posición valiosa en la sociedad antioqueña, y que, en comparación, es todo lo que le falta a Filomena. Primero, desde un trabajo incansable que, aunque no muy enfocado por su juventud, se termina por consolidar en uno útil para la sociedad. Segundo, un amor a la pobreza, como síntesis de una *reciprocidad entre los antioqueños* ricos y pobres, que contrasta con el individualismo antisocial de los Alzates. Y, finalmente, tercero, la actividad religiosa como una forma de enfocar este trabajo, desde la religión, para ayudar a los pobres desde las sociedades benéficas, y no depredarlos con los préstamos y empeños de la prendería de Filomena. El cuadro de estos contrastes se completa con la descripción, de Pacho Escandón, padre de Pepa, y antítesis de Agustín:

*“Es más sucia que la boca de Pacho Escandón,” suelen decir en Medellín para ponderar la porquería de alguna cosa. Y en verdad que la comparación viene á tales casos; pues por la boca de don Pacho (que de buen hoyo goce) salían á todas horas atrocidades enormes [...] [Sin embargo] Este desaseo, estas torceduras, como lo prueba el rasgo de la penitencia, no eran sino exteriores, brotes acaso de un carácter burdo é inculto; pero por dentro era don Pacho la limpieza misma, la propia rectitud. Timorato á carta cabal, cumplía escrupulosamente con los preceptos de la Madre Iglesia, y socorría al pobre sin ostentación y por amor de Dios. Riquísimo, á fuerza de atinado y constante trabajo y de una honradez que rayaba en necesidad, se vio don Pacho, en la época á que nos referimos, en muy prestigiosa posición social y financiera. Desde muy temprano principió la carrera del comercio, manifestando para ello tan buenas aptitudes que, á pesar del poco brillo de su familia, logró casarse, mozo aún, con doña Bárbara Campero, que, allá por sus verdes años, era dama muy de pro, no sólo por los caudales que iba á heredar, sino también por lo empingorotada de su prosapia; pues era nada menos que Campero de la Calle*²⁰⁰

Desde el trabajo, una religiosidad que se asume desde la caridad, y una honradez inquebrantable, Pacho Escandón se convierte en el modelo del antioqueño que encarna su

¹⁹⁹ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 100-106

²⁰⁰ Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, 268-270

naturaleza determinante de manera positiva. Así, mal hablado por falta de una *cultura* (que Carrasquilla asume muchas veces como pretensión, como el caso de César el bogotano/antioqueño) pero sin maldad; generoso con los pobres y buen cristiano; blanco por la unión con una familia de buen apellido; y, finalmente, un hombre que hace su fortuna por medio del trabajo, por sus propios méritos, pero sin que este trabajo se convierta en un narcisismo desproporcionado y destructivo como el de Agustín.

El contraste entre estas dos partes de la obra de Carrasquilla sirve entonces para crear una ficción que suplanta la realidad, con la suficiente ambigüedad en las tensiones entre lo positivo y lo negativo (el trabajo entre el individualismo y lo social/cristiano) como para velar su construcción artificial y pasar por el *desiderátum de la descripción de lo antioqueño*, como mencionara Ospina en la introducción de la obra, de un objeto evidente por sí mismo. Como una identidad que tiene unas dinámicas pedagógicas específicas y naturales, sobre las cuales la élite debe ejercer cómo reguladora (controlando el trabajo, la religión y la caridad) de manera que los antioqueños pobres no se vuelvan todos unos Agustines o unas Filomenas, ambiciosos, descarriados e individualistas.

Así como Carrasquilla se despliega sobre la *antioqueñidad desde su descripción del campo a la ciudad* (como unas características que *naturales del campo*, se encarnan en la ciudad), Efe Gómez, el otro autor de este capítulo, se volcará sobre uno de los hitos más importantes de la *antioqueñidad* y la narrará, de la *ciudad al campo*, de manera también naturalizada. Este hito es la minería, y las obras de este autor irán a mostrar como el *trabajo antioqueño*, que las élites comerciales e industriales proponen en las aulas de las universidades, nace en este oficio, como crisol primigenio que combina la geografía y el *carácter* antioqueño como prueba de su *naturaleza innegable*. Analizaré entonces dos cuentos cortos de este autor, que al igual que la novela de Carrasquilla, contienen el sentido pedagógico, y fatídico, de una identidad en la cual se puede *ser* de manera positiva o negativa, pero de la que no se puede escapar.

El primero de estos *En las minas* (1897) cuenta la historia de un joven ingeniero en formación que consigue su primer trabajo en esta profesión. En el viaje a la mina se encuentra con Manuel Dávila, el director de esta, y con el cual despliega sus recién adquiridos

conocimientos universitarios, ante lo cual el viejo Manuel muestra su amable incredulidad por lo irreal de las ideas del verde ingeniero:

Porque él [Manuel] venía a encontrarme, pues yo iba a las minas de que él era director. En ese tiempo estudiaba yo Geología y perecíame por una muestra de roca o por descender a un socavón. [...] -¡Este es el río que tiene oro! Me dijo Manuel. - ¿Y no lo han dragado? Pregúntele aprovechando la ocasión de mi ciencia fresca. -¿Dragado ¡ah! si, las dragas. Aquí estuvieron los muleros y pusieron una imprenta de eso. Pero esas químicas extranjeras no salen por aquí. ¡Yo que conozco este río! Hace más de cuarenta años que lo trabajo. ¡Y lo matrero que es! Mire: allí se me ahogó un compañero.²⁰¹

Hospedado en la casa del viejo Manuel conocerá a su sobrina, Camila, y al novio de esta Toñejo, ambos trabajadores de la mina. Al día siguiente de arribar lo llevan a conocer el pueblo, y en este encontrará el autor la clave para la narración de una *antioqueñidad primigenia* desde el trabajo minero:

Dos hileras de ranchos de paja que formaban un callejón ancho y larguísimo. El cual hervía en ese día de fiesta con la multitud de los buscadores de oro corrido de las riberas del río y los peones de las vetas que derrochaban allí sus ganancias con esa magnificencia incomparable de los mineros de la raza. Atestiguaba ese derroche la multitud de prenderías que prosperaban allí por todas partes. Lugares, a donde terminada la bacanal, acudían abatidos y llenos de remordimiento a dejar hasta la camisa. Un detalle triste: A muchos de esos zánganos usureros he visto después convertidos en padres de la patria: en cambio, de los luchadores denodados contra el obstáculo, no ha flotado ninguno.²⁰²

Dos versiones de un pueblo antioqueño aparecen entonces en este punto de la narración, que al igual que con Carrasquilla, contienen una versión positiva y otra negativa: la positiva es la del *trabajo denodado contra el obstáculo* del minero; mientras que la negativa es la *usura parasitaria* del prestamista o prendero. Partiendo de estas dos naturalezas posibles de la *antioqueñidad* se desarrollará el drama de la obra. En medio del bullicio y el movimiento del pueblo conocerá el joven ingeniero a Ambrosio, un joven, como él, de Medellín, conocedor

²⁰¹ Efe Gómez, “En las minas” [1897], en *Palabra Viva* N. 18. (Medellín: Universidad nacional, 2011), 78-81

²⁰² Efe Gómez, “En las minas”, 82-83

de todos los círculos sociales de la alta sociedad, y de carácter despreocupado y pretensioso. Ambrosio comienza a cortejar a Camila, la sobrina de Manuel, y Toñejo, iracundo por las desvergüenzas de Ambrosio contra su novia, se tiene que contener, pues como le explica al ingeniero después de que vuelven a casa:

-Ya ve Ud. mi situación, me decía al poco rato. A ese Ambrosio lo adulan todos aquí porque le temen. La principal accionista de la mina, una vieja solterona, es su tía, y dicen que lo mimaba y hace cuanto a él se le antoja. Así es que él manda aquí en jefe: el inspector, los comisarios, todos están bajo sus órdenes; pues él ha hecho creer que muy pronto, en muriéndose la tía, cosa que él da por hecha, será la mina suya. El pobre D. Manuel no tiene más que la superintendencia de los trabajos; pero la intriga él la maneja: a él pide ocupación todo perdido que llega del cañón, generalmente tahúres y holgazanes, y hace perder todo empleado que no le cae en gracia. [...] – Y lo peor de todo es que ha dado en andar enamorado de Camila. Y como era natural, todos aquí lo apoyan en sus pretensiones. Hasta la familia. Hasta una tía de Camila.²⁰³

Desde este punto Toñejo se desespera en su frustración, ya que, según su pensamiento, los que tienen plata y poder, los habitantes de la ciudad pueden hacer lo que quieran con los habitantes del campo. Para ilustrar esta situación le cuenta la historia de su padre, un trabajador honrado como él, que, reclutado para la guerra por el gobierno, vuelve después de un año sin sueldo y lleno de vicios. De este punto en adelante abandona el trabajo, se dedica a beber y a jugar, y termina asesinando a un hombre en una rencilla de tragos, lo que lo lleva al presidio y la muerte. Las palabras de Toñejo, y su desesperación ante la arbitrariedad del poder de Ambrosio (rico y bien conectado), *despiertan* en el joven ingeniero (como revelación narrativa lógica) la importancia de una medida en los comportamientos de los ricos:

Entonces comprendí toda la enorme tristeza de la condición de esas pobres gentes del campo, que son las que mueren en las revoluciones, que las que pueblan los presidios, expoliadas por rúbulas sin principios, afrentadas en su honor, en sus aficciones más caras por el ansia miserable de goces de esas gentes sin fe, manufacturas más o menos despreciables de lo que

²⁰³ Efe Gómez, “En las minas”, 86-87

*ha dado en llamarse nuestra civilización, incapaces de sentir el amor verdadero y sus tristezas augustas.*²⁰⁴

El drama se resuelve cuando, un día después en la mina, Toñejo lleno de ira y frustración ante los abusos de Ambrosio, detone una barra de dinamita en medio del socavón, estando ambos solos. Toñejo y Ambrosio mueren, dejando a Camila, y al ingeniero que presencia el retiro de los cuerpos mutilados, en la tristeza y la decepción. Este cuento, por su desenlace fatídico, se presenta como la advertencia pedagógica contra un ejercicio arbitrario de los privilegios del rico sobre el pobre, y, en concordancia con la dinámica de una *limosna preventiva* y *de la caridad cristiana* de las fundaciones religiosas y los centros educativos (como vimos en el apartado 3.1) obliga a las élites regionales a comportarse de manera correspondiente con el pobre. De manera que, al trabajo incansable del minero antioqueño, el ingeniero, el dueño, y en general los ricos, deben responder con una medida en el ejercicio de sus privilegios, sin caer en la tentación de *explotar* de manera absoluta a los pobres. Esta enseñanza se plasma en la figura del *trabajo antioqueño negativo*, tanto de Ambrosio como heredero ocioso y parasitario, como de los prestamistas y usureros sin corazón. El cuento, entonces, es una advertencia tanto de *compasión cristiana* con los *antioqueños menores*, como de evitar que estos pobres se vean explotados de manera tan evidente que recurran a la inmolación o la revolución, como Toñejo; temor constante de las élites como veíamos en las actas de la sociedad San Vicente de Paul.

Además de su función pedagógica, este también contiene una génesis naturalmente asumida del porqué de esta diferencia entre los ricos y los pobres. Para Efe Gómez el trabajo minero se convierte en el crisol de la *raza antioqueña*, como una suma de las características del mestizaje que se disgregaría por las circunstancias históricas en dos clases: por un lado, una clase rica que se crea a sí misma a través del trabajo, y que termina de evolucionar en la ciudad donde adquiere el sentido de *progreso y civilización* (como capacidad no solo de trabajar incansablemente, sino de trabajar con *propósito de guiar su sociedad a la modernidad*); mientras que por el otro, la clase pobre, encerrada en su dinámica *natural* de trabajo irracional, no es capaz de guiar esta actividad por sí sola, y se aferra a sus *arcaísmos*

²⁰⁴ Efe Gómez, “En las minas”, 88-89

milenarios que se mantienen y reproducen en el campo; su trabajo, entonces, debe ser guiado, de uno *salvaje*, a un proyecto racional encabezado por los ricos, que, al ser de la misma *raza*, solo *son los primeros entre iguales*. Desde esta enseñanza de reciprocidad y diferencia entre los *antioqueños* pobres y ricos, como partes necesarias que deben trabajar (y reproducirse) en armonía por la *modernidad antioqueña* (desde el trabajo físico los primeros, y desde el liderazgo y lo intelectual los segundos), paso al segundo cuento de este autor, que desarrolla el sentido que tiene este *liderazgo moral e intelectual* de los ricos (encarnados en la figura del ingeniero) y la forma como esta *antioqueñidad jerárquica* se relaciona con sus fronteras bárbaras (en el Chocó).

Un Zarathustra maicero (1908) cuenta la historia del viaje de dos ingenieros por las selvas del Chocó en busca de nuevas minas. En medio de la selva, mientras se preparan para la prospección del día siguiente, llega por el río una pareja de negros, que el narrador describe de manera exótica:

*Qué espectáculo, siempre nuevo, para nosotros, los nacidos sobre las cimas de los Andes, el de estos habitantes de los valles, el de estos negros, desnudos, firmes, erguidos como dioses de bronce sobre los pedestales zozobrados de sus frágiles piraguas. Avanzan. Se acerca. Me incorporo a mirarlos. Son un negro y su hembra. Él en la proa, en la popa ella. [...] Había anochecido. Atareada en el fogón vi a la negra que viera hace poco remando en la canoa. De un extremo a otro del salón del tambo, el negro, su compañero, había colgado su hamaca y chupaba la pipa, reclinado. Son bien confianzudos estos negros, pensé. Pero luego recordé que estábamos en el desierto y que tanto derecho tenían ellos como nosotros.*²⁰⁵

Mientras comparten el tambo con los negros en el desierto de las selvas chocoanas, los ingenieros conocen a otro personaje: un antioqueño de buena pinta que viene al Chocó en busca de fortuna, Pacho Cárdenas, y que reconoce al narrador (presumiblemente el mismo Efe Gómez, pues nunca se aclara el nombre de este) por haber trabajado con este en las minas de Sonsón. Este personaje les cuenta que ha venido al Chocó para instalar máquinas y enseñar a los negros antes retratados, a los que se refiere como *los primos*, la manera más eficiente de explotar su mina de oro. Todo esto atribuyéndose Pacho el título de ingeniero sin serlo,

²⁰⁵ Efe Gómez, “Zarathustra maicero”, 95-97

mentira que no se atreve a contradecir el narrador, pues, aunque sabe que Cárdenas no ha estudiado, reconoce el valor de su conocimiento práctico, e incluso, de la farsa de este personaje ante los negros:

*-Uno (dijo señalándose). Dos (y señalo a D. Luis). Tres (y me señaló a mí). (Y volviéndose a sus negros) ¡Tres, tres ingenieros! Se va a acabar el oro en este Chocó. Luego, inclinándose, me dijo en voz baja: Lo malo es que para sacar oro lo que se necesitan no son ingenieros. - ¿Qué, pues? Preguntéle. – Oro, me contestó en tono de cómico misterioso. Desde ese instante comprendí que no tenía derecho para desengañar a los negros en lo que a sus conocimientos en ingeniería respectaba, comprendí que era más ingeniero que nosotros, que varias veces ¡ay! Habíamos gastado dineros y energías tratando de extraer oro de donde no lo había.*²⁰⁶

Los tres antioqueños se sientan entonces a discutir sobre su región, lo que anima al compañero del narrador, el ingeniero Aguilar, a dar una perorata extensa sobre la familia como el centro del *genio antioqueño*, de su trabajo y de su pujanza. Este menciona que la prueba de esta pujanza está en la actividad de los colonizadores del sur, que hasta en las regiones más alejadas desmontan, trabajan y reproducen la *antioqueñidad*, a lo que Cárdenas, el autonombrado ingeniero, le acusa su falta de realidad y del desconocimiento de la dura vida del *antioqueño pobre*. Aguilar termina la jornada explicándole a este que hasta esta actitud de contradecir y quejarse hace parte de la *antioqueñidad*, pues la misión de esta es:

*Como a las alturas, en donde ponen las águilas sus nidos, no llega jamás el ruido de la vida intensa que aquí en los valles ardientes levantan las especies en su lucha tenaz; como a esas alturas, diáfanas y frías, no llegan jamás en su vuelo los insectos, ni ascienden miasmas, ni se deslizan las serpientes, a las alturas morales en donde cuelga su hogar el antioqueño, tampoco llega nada de los odios, de las canallerías, de las abdicaciones, de las vergüenzas, del lodo amasado con sangre, con lágrimas y honras en donde chapucean los que abajo se agitan batallando. Desciende, sí, él, cada día, como el águila a los valles, a luchar brazo a brazo con la vida, allí donde la vida hierve, y descende alegre, vivificado con los puros aires de sus cimas, y por eso parece decidor, cruel. El hogar es para él lo que el aire puro para el buzo, lo que para el asceta la oración.*²⁰⁷

²⁰⁶ Efe Gómez, “Zarathustra maicero”, 98

²⁰⁷ Efe Gómez, “Zarathustra maicero”, 103

Aguilar le *enseña* a Cárdenas, entonces, que, desde la familia, el clima saludable de los *andes* (únicos lugares por donde el antioqueño se reproduce) y su trabajo, el antioqueño puede dominar a las tierras bajas y malsanas plagadas de vicios, pues su residencia temporal en las selvas permite traer al desierto la civilización, así sea solo un poco. Asegurando el antioqueño la virtud con la promesa de regresar a sus cimas para volver a sentirse completo y rejuvenecido. En medio de estas discusiones aparecen los indios, que el narrador, *mira, ve y describe* con el mismo exotismo de los negros:

*Bañados por los reflejos del fogón, tendidos a su vera, desnudos sobre el desnudo suelo, los indios sostenían estruendosos diálogos. Cuánta énfasis, qué riqueza de entonaciones, de fonéticos matices se ven obligados a gastar estos hijos del desierto para poder expresar en su pobre idioma las más sencillas concepciones. Ahora tiene la palabra Baribú. Cómo su frase se modula, se asorda, se levanta, se espacia [...] nadie pulsó jamás gama tan rica de sonidos, de ritmos, de cesuras como ese pobre indio, ¿y qué podrá decir?.....Cuanto más que el ñame de la comida estaba crudo y lo tiene flatulento, que el tercio le hizo una peladura sobre el riñón izquierdo.*²⁰⁸

Desde estos otros, *hijos del desierto*, tan extraños y tan simples, el autor continúa con la jornada, que lleva a Cárdenas a cuestionar sus decisiones de trashumante y a querer volver a su tierra a fundar familia, como se lo recomendara Aguilar con su discursos. El encuentro se termina y todos parten al día siguiente: Cárdenas con *los primos* para la mina, los ingenieros a recorrer la selva en busca de oro. Estos últimos se desgastan en la selva durante muchos días con sus guías indígenas, y terminan su viaje ante la decepción de solo encontrar pirita, sin dar con el oro. Retornan el camino, y se encuentran de nuevo con Cárdenas, quien les brinda su hospitalidad, ya que:

*¿a qué negarlo? habíamos tomado ley, resolvió estar a nuestra mira para llevarnos a su casa y obsequiarnos. ¿Por ventura los antioqueños no somos todos como hermanos fuera de nuestra tierra, aun aquellos mismos que en Antioquia ni se tratan ni se quieren? Cuánto más nosotros, que se podía decir, éramos colegas.*²⁰⁹

²⁰⁸ Efe Gómez, “Zarathustra maicero”, 104

²⁰⁹ Efe Gómez, “Zarathustra maicero”, 112

De esta lógica de *hermandad antioqueña en el extranjero*, Cárdenas les cuenta de su actividad en la mina desde que él la dirige, todo se ha organizado, se extrae oro de manera *racional*, y él, como recomendara el ingeniero Aguilar, se ha casado. No ha sido con su novia *antioqueña*, ni retornando a su pueblo, sino con la esposa negra del *Primo*, el anterior dueño de la mina, que Cárdenas desplaza después de imponerse a la fuerza sobre este, y ante la abnegación de los familiares de este que se doblegan al nuevo macho alfa sin dudar. El cuento se cierra con un perplejo Aguilar que mira la pareja del *antioqueño* y *la negra*, y se pregunta cómo ha podido malinterpretar la intención de sus palabras el pobre Cárdenas (de la fundación de una familia *antioqueña, en las montañas*):

—No sé qué pensar de todo esto, dice, mirándolos mi amigo. Y sin embargo ¿quién sería capaz de sostener que este valiente no merece su fortuna? Y después de breve pausa: En todo caso, esto es Antioquia, es la Patria que se expande irresistible. ¡Paso a ella! Son sus hijos, los audaces descendientes de la raza más audaz del universo, modelados en siglos de aislamiento, sobre el dorso de nuestras soberbias cordilleras. Antioquia son sus hijos, es su raza. Antioquia será Colombia entera, como la ya olvidada, tesonera Prusia, es hoy Germania Imperial y victoriosa. ¡Viva Antioquia!²¹⁰

La pedagogía en este cuento esta dado desde dos puntos: el primero trata de la naturalización de las diferencias entre los *antioqueños* y los habitantes *barbaros de sus fronteras*; mientras que el segundo *muestra*, desde el desarrollo de la narración el papel del ingeniero en la jerarquía de la *identidad antioqueña*. Este debe estar marcado por la guía moral y racional de la civilización, pues el antioqueño de extracción pobre, como Cárdenas, a pesar de su valor y de su tenacidad, no es capaz de *comprender totalmente el proyecto moderno*. Como lo *dramatiza* el cuento, la idea de civilizar desde la colonización y la familia antioqueña (la montaña civilizada que viaja temporalmente a los valles cálidos) la interpreta Cárdenas como tomarse la mina por la fuerza y establecerse de manera permanente con su esposa negra en las selvas malsanas del Chocó. La jerarquía entonces queda bien establecida, entre el papel del ingeniero (como representante, en el campo, de la clase rica de la ciudad) que debe guiar el trabajo del pobre antioqueño (para que no tergiversar ni malinterprete), mientras que por

²¹⁰ Efe Gómez, “Zarathustra maicero”, 115

otro lado domina de manera total a negros e indios (pues estos no tienen posibilidad de civilización en su geografía, como *hijos del desierto*).

3.4 Comentarios finales:

Ambos autores ayudarán a perpetuar una idea específica de *Antioqueñidad* que se desarrollara desde varias características, tanto de las obras, como de su recepción. La primera de estas, y que los vincula directamente con el pensamiento de los radicales, es el sentido del tiempo y el inicio de la narración. En *Frutos de mi tierra* y en los cuentos de Efe Gómez el tiempo de la narración comienza con una naturalización estática de las condiciones de Antioquia en el periodo de 1845 a 1880, sin que estas se expliquen o profundicen. De esta forma, *Frutos de mi tierra*, comienza con la apertura antioqueña del comercio basado en el oro, de la que tanto los Álzates como los Escandón generan su fortuna; de una religiosidad interiorizada como modernizante, basadas en las sociedades *filantrópicas*; y de una geografía asumida como factor determinante del trabajo y del *progreso*. Los cuentos de Efe Gómez, por otro lado, comienzan con un trabajo determinado por la minería, que se considera como actividad milenaria y vocación *natural* del antioqueño; y por una idea ética del valor social desde el éxito financiero, que se desarrolla como prueba de lo *democrático* de la antioqueñidad. Estas cinco circunstancias son sumamente anacrónicas, pues tanto la religiosidad y la filantropía, el auge comercial y su prestigio social, la apertura económica y el trabajo minero, son condiciones extrapoladas del pensamiento del periodo radical, y que los autores como Gómez o Carrasquilla usan precisamente porque para el periodo de la regeneración estas circunstancias económicas, políticas y sociales se empiezan a modificar radicalmente. Esto les permite crear la ficción de *plasmear un pasado milenario que está en proceso de desaparición*, algunas veces visto como un cambio positivo, y otras como negativo, pero que siempre se trata narrativamente como una dinámica de cambio y movimiento que permite *explicar y justificar* los cambios que el proceso del café y la industria operan sobre los antioqueños. No deja de ser irónico entonces, que, para el final de este periodo, el pensamiento radical jugará para estos autores el papel del pasado *estático* que el tiempo de estas obras dinamiza (como lo fuera la *colonia* para el periodo anterior), y que desde estas representaciones cada vez más totales y menos explícitas, las condiciones de la

Antioquia de 1845 serán eternizadas en la identidad como *nuestro legado milenario*, así estas no tengan, para 1910, más de 65 años.

El segundo punto que oculta las circunstancias de creación de estas narraciones es el papel de la ambigüedad. Esta se asume como una tensión entre valores positivos y negativos, entre el trabajo asocial, parasitario e individualista y el trabajo constructivo, religioso (filantrópico) y ético, que ayudan a crear un efecto de realidad objetiva que distrae por fuera de las condiciones históricas de estas narraciones. Es decir, establecida la ambigüedad de *describir* Antioquia, y a los antioqueños, como buenos y malos, les permite a estas obras plantear además las maneras en que esta ambigüedad se puede dirimir. De manera que no solo interpretan el pasado (que vuelven estático), describen el presente (cómo el cambio dinamizador operado por su generación), sino que además se despliegan sobre el futuro, como una advertencia que condiciona todos los futuros posibles a la lógica de sus textos. O sea, como se plantea en el capítulo I (apartado 1.1.4) el control que se ejerce desde estas representaciones está atado, para la Antioquia de inicios del siglo XX, a que nadie puede apoyar un proyecto diferente al control pedagógico de los antioqueños pobres y a la dominación irrestricta de los *bárbaros* no-antioqueños (indios y negros en este caso), en cabeza ambas responsabilidades de la élite regional. Ir en contra de este proyecto significa ser un anarquista, un agitador o un paria social, ya que las obras, como las de Carrasquilla y Gómez, *prueban* desde el drama los desastres que ocurren cuando las enseñanzas de la ficción no se llevan a cabo. Habrá revoluciones de obreros y mineros cuando el rico sea *demasiado egoísta*, como en el caso de Ambrosio y Toñejo; crearemos una sociedad disfuncional y destructiva si todos somos igual de avaros y narcisistas como Augusto; o retrocederemos en el proyecto moderno si dejamos el liderazgo de este en otras manos que no sean las de los ingenieros de la élite, como es la enseñanza de Cárdenas.

El último punto es el papel que empezará a jugar la crítica en la reproducción y perpetuación de estas ficciones. Esta dinámica, aunque extra-textual, se convertirá en fundamental para este proceso de fijación de la identidad antioqueña. Con la expansión del aparato cultural, la crítica literaria se volverá cada vez más común, primero en la prensa y después en publicaciones especializadas. Ella se expandirá a principios del siglo XX como una forma de

agregar una nueva capa de *objetividad* a las obras creadas por estos literatos. Esta segunda naturalización cumple el papel de hacer invisible el objeto cultural conocido como *naturaleza antioqueña* de sus orígenes subjetivos y contingentes, como una manera de desdibujar, aún más, sus autores y su contexto. Convirtiéndose en una herramienta, que ya no trata sobre la experiencia particular frente a una realidad (cómo la descripción asumida *objetiva* de los autores como Carrasquilla) sino que toma las obras de los autores de manera descontextualizada para crear un canon literario que de las bases para una tradición. Como lo menciona Raymond Williams:

La “crítica” adquirió una gran importancia nueva y efectiva, ya que se había convertido en el único medio de validar esta categoría selectiva y especializada. Consistía en una discriminación de las obras auténticamente “grandes” o “principales”, con la consecuente categorización de obras “menores” y una efectiva exclusión de las obras “malas” o “insignificantes”, a la vez que [propiciaba] una comunicación y una realización prácticas de los “principales” valores.²¹¹

La crítica entonces servirá de refuerzo al proyecto modernizador en cabeza de la élite, ya que opera una separación de las obras en las categorías arriba mencionadas, de manera que se pueda controlar y censurar la escritura sobre lo *antioqueño*. Se pasa entonces de **la literatura**, como acto de escribir y leer lo escrito, a una selección de autores muy cerrada con una visión común sobre los valores que la crítica (y la élite a la que se vincula) quiere postular. De esta manera la **literatura antioqueña**, no será ya todo lo escrito en y sobre Antioquia, sino más bien una categoría con vida propia, regulada a través de una selección de los críticos; y a cargo, esta regulación, de las mismas redes intelectuales en las que están inmersos los autores de las obras. El caso del texto *La novela en Colombia* (1908) es significativo de este primer momento de la crítica literaria. Su autor, Roberto Cortázar, justifica la literatura antioqueña desde las mismas razones que esta da para desarrollar la *antioqueñidad*:

Raro parece, y ha sido apuntado más de una vez, que el pueblo antioqueño, consagrado por la naturaleza estéril de su suelo al trabajo penoso, y dedicado al comercio y á la minería, se haya formado una literatura propia que se distingue de la de las demás secciones de la

²¹¹ Raymond Williams, *Marxismo y Literatura*, 66

*República.[...] Como causas que expliquen el porqué de la producción y la pronta difusión de las novelas que allí se publican, suelen apuntarse, entre otras muchas, el vigor de aquella raza privilegiada, la tranquilidad política como resultante de la, por lo general, buena administración de los negocios públicos en Antioquia, lo cual permite dedicarse á las faenas literarias; y también que siendo aquel uno de los Departamentos cuyos habitantes son más acomodados y previsores, todos tienen, en mayor ó menor escala, un modo de vivir independiente que les deja tiempo para dedicarse á las tareas del espíritu, al desarrollo de las facultades intelectuales.*²¹²

El análisis de la literatura se convierte, entonces, en el último paso para que estas representaciones literarias se cierren en un círculo perfecto. Es porque los críticos literarios juzgan las obras literarias a partir de los mismos tipos, prejuicios y concepciones que la obra usa para justificar la *antioqueñidad*. De esta manera, para Cortázar la literatura antioqueña es una consecuencia de: “*el trabajo minero incansable, la dificultad contra la naturaleza y la laxitud política*”. La crítica se convierte entonces en la justificación de una *naturaleza antioqueña* (las montañas) que se expresa por sus hijos (los autores antioqueños) y que solo se puede analizar por lo que esta misma dice (lo que hace el crítico tenga que volver a esa *naturaleza asumida*). Enredada y tautológica, esta dinámica entre naturaleza, creación artística y crítica creará las condiciones perfectas para una perpetuación (aunque con cambios) de la identidad antioqueña que llega hasta nuestros días. Sobre la que plasmamos nuestras expectativas sociales, y a través de la cual seguimos ejerciendo violencias: con base en prejuicios raciales (de naturalezas en conflicto, como lo pensara Efe Gómez con el Chocó) o de desprecio al campo y los campesinos (con un paternalismo digno de Carrasquilla, de los que no pueden *dominar su naturaleza y deben ser guiados*). Mientras que, por otro lado, seguimos sufriendo, a través de esta representación de la *naturaleza antioqueña*, de la necesidad de cumplir con las nuevas expectativas de modernidad estadounidense (y en menor medida europea) ya que, a pesar de todos sus cambios, nuestra *naturaleza asumida y perpetuada* sigue estando atada a unas dinámicas irreales de tener que *ser* como el estadounidense o europeo, con la frustración permanente de nunca poder llegar a cumplirlas.

²¹² Roberto Cortázar, *La novela en Colombia* (Bogotá: Imprenta eléctrica, 1908), 65-66

Conclusiones:

Para cerrar este texto, quiero presentar tres conclusiones que intentan abarcar tanto el problema específico de la identidad en Antioquia como los problemas teóricos emanados de este tipo de estudio, es decir, como una manera de cerrar y sintetizar los aspectos más relevantes del tema en general y de mi texto en particular. En primer lugar, los estudios sobre la identidad deben tener en cuenta que este tipo de procesos sociales están en constante reconstrucción y cambio. En el caso de la identidad antioqueña, para el periodo estudiado (1845-1910), vimos que la identidad transitó dos etapas de cambio y resignificación:

1. Con la concepción de los autores radicales, de 1845 a 1880, donde se conceptualizará el *ser antioqueño* desde dos dinámicas: la definición interior de Antioquia como un territorio marcado por una geografía e historia determinante que se condensan en la

idea de un trabajo minero como *predestinación natural*; y la comparación de esta determinación con otras formas diferentes de *ser modernos*, como la versión bogotana- nacional de esta. La narración de esta identidad dará como resultado una élite minera y comerciante que se adjudica, para este periodo, la exclusiva capacidad de guiar los destinos políticos, económicos y sociales de la región en su búsqueda de acercarse a una *modernidad europea* imaginada.

2. En la etapa de la Regeneración, de 1880 a 1910, vimos cómo las nuevas condiciones, tanto locales como globales, obligan a los autores de este periodo a modificar las concepciones del periodo anterior, pero sin dejar de usarlas, para configurar una concepción de la identidad antioqueña que se justifica desde su propia excepcionalidad como mito de partenogénesis. Desde esta narración se vendrá a justificar la preeminencia de una élite cafetera e industrial sobre toda la sociedad antioqueña, con base en su calidad de *ser los mejores exponentes de la antioqueñidad* donde su riqueza “prueba” esta superioridad para guiar los destinos de la región.

Sin embargo, el periodo que abarca este texto y las etapas que conceptualiza no se puede confundir con una totalidad que agota el estudio identitario en Antioquia, ni como una temporalidad que asume alguna forma de preeminencia por encima de los periodos anteriores al estudiado, es decir en el sentido de proponer “lo más relevante para el estudio de la identidad”. El estudio inicia, se desarrolla y termina en un marco de tiempo delimitado por las mismas limitaciones de los instrumentos narrativos, y como tal fue necesario escoger principios como la época del cambio radical, y finales como el inicio de la industrialización en el periodo Regenerador. El sentido de totalidad, entonces, que se puede inferir en este texto no es sino una consecuencia del instrumento, y no se debe confundir con una intención de fijar o determinar un proceso social, que, por definición, es dinámico e indeterminado.

De acuerdo con esto, la segunda conclusión tiene que ver con las fuentes del texto y su uso. En este texto estas se usan como una ventana al pasado que nos permite observar una forma específica de las cosmogonías totalizantes que se crean a través de estas obras literarias y que se pueden sintetizar como racionalizaciones que entrelazan tres espacios:

1. Con el pasado, porque lo tratan como un lugar de partida de la narración, donde todo se mantiene en su sitio y nada tiene movimiento. Como se vio en el *eterno oscurantismo* con el que tratan al periodo colonial Emiro Kastos y Manuel Uribe Ángel, o la *eterna naturaleza del trabajo minero antioqueño* de la que parten Carrasquilla y Efe Gómez.
2. Con el presente, como una manera de introducir el cambio que dinamiza la historia y que da justificación y desarrollo a la narración, efectivamente dando la impresión de que el objeto absolutamente inmóvil del pasado se mueve solo por la voluntad de su propio presente. Como se puede apreciar en la manera en que Kastos y Uribe Ángel operan su crítica al estado deplorable de la minería en la Antioquia, anterior a ellos, y se llenan de orgullo de los cambios que esta sufre en su generación. O bien, en Carrasquilla y Efe Gómez con las odas, y advertencias, a la industria y a la tecnología que empiezan a revolucionar la sociedad de su generación y son capaces de cambiar los ritmos *naturales* de la *minería milenaria del campo*.
3. Con el futuro, como una forma en que, sumadas la inmovilidad del pasado y el dinamismo del presente, se fija una meta de futuro, es decir como un cambio que se deshace de todo movimiento, una utopía. Esto se puede ver en la voluntad de autores como Kastos y Uribe Ángel por *restaurar la vocación minera* de la sociedad antioqueña, que aseguran es la única forma de alcanzar el progreso; o con las advertencias y proyecciones que Carrasquilla y Efe Gómez hacen de sus sociedades recientemente industrializadas, donde si no se cuida el balance de las relaciones entre ricos y pobres el progreso de las maquinas se puede traducir en distopía de revoluciones y anarquía. La capacidad de este futuro no solo abarca esta síntesis entre pasado y presente, sino que tiene, además, la posibilidad de funcionar como una *ley natural* para los lectores de los textos, ya que la misma construcción hermética del texto obliga a que si se aceptan sus postulados iniciales, sus conclusiones son “obvias”. Es decir, para todos los lectores contemporáneos a los autores, es *lógico* que si no se adopta la minería para la región, o si se trasgreden las reglas entre ricos y pobres, el progreso y la prosperidad de la región no se consolidará.

Estos espacios, tiempos narrativos, y autores, sin embargo, tampoco agotan las fuentes del tema de la identidad antioqueña. Lo que este texto intenta hacer, y de acuerdo con la anterior conclusión, no es crear una totalidad comprensiva del tema, sino aportar interpretaciones desde nuevas perspectivas. Así, el estudio de la identidad en Antioquia conserva grandes espacios no estudiados, y que con diferentes fuentes abrirán nuevas perspectivas sobre su estudio, como lo puede ser estudiarla desde los hábitos de consumo cambiantes para el periodo de finales del siglo XIX, por ejemplo apoyado en el archivo del ferrocarril de Antioquia; o un estudio de la identidad en el periodo final de la colonia y la revolución independiente, donde se opera el cambio radical de los antioqueños percibidos como habitantes de un territorio marginal y sin importancia, a la preeminencia económica que vendrán a tener a mediados del siglo XIX (situación en la que este texto inicia, pero que no desarrolla). El punto es que, sin tener pretensiones de nombrar *la verdadera fuente* para el estudio del tema identitario se abre la posibilidad de explorarlo desde diferentes perspectivas, que sin duda alguna aumentarían tanto nuestra comprensión de nuestro pasado en general, como de nuestros problemas en el presente en particular. Incluso con el fatalismo de nunca poder arreglarlos del todo, lo que nos lleva a la tercera, y última, conclusión.

Esta es que la narración genera una cárcel discursiva que termina por suplantar el objeto que describe. Esto quiere decir que la “verdad” de los postulados que se hacen en cualquier texto emana de una autoridad extra-textual compartida por los lectores, y tiene como consecuencia la revalidación de paradigmas, y violencias derivadas de estos, que ni el mismo autor puede prever. Estas *reglas de juego*, como las llamamos en el marco teórico, se pueden ver en el tema auspiciadas por el afán de “reproducir la ciencia europea en Antioquia”, y toman diferentes formas dependiendo del periodo:

1. En el periodo radical, con autores como Emiro Kastos y Uribe Ángel son la liberación del *oscurantismo colonial* por medio de una ciencia europea moderna, y que llegan como adaptaciones de los postulados de los geólogos, los médicos y los economistas que estos autores leen para generar su imperativo regional, el de la minería como **único futuro posible**. Esto empezará con la larga construcción de la violencia recíproca del otro: de los antioqueños hacia los *otros*, por no ser blancos

(como los indios y negros de la región), por no ser trabajadores (como los blancos de *otras partes* como Bogotá); y de los *otros* hacia los antioqueños, por burdos e incivilizados, o porque su avaricia los vuelve inhumanos y antisociales, en el imaginario de la época, ser judío.

2. En el periodo de la Regeneración, con Carrasquilla y Efe Gómez, la autoridad de la ciencia varía con los procesos industriales europeos y, sobre todo, con los norteamericanos, lo que obligará a la adopción de nuevos paradigmas. Se quiere producir mejor y más rápido, y para esto se despliega un pensamiento que tiene predilección en lo práctico (inmediatamente aplicable) y lo cuantitativo (absolutamente medible). El médico, geólogo y periodista como Uribe Ángel se ve reemplazado por Efe-Gómez, el ingeniero-costumbrista, que posee la capacidad de medir con certeza la realidad y retratarla con absoluta veracidad. Consecuencias de este giro paradigmático serán la aplicación del carácter *excepcional del antioqueño*, ya no solo a los *otros* de las fronteras de la identidad, sino a la misma división interna de la antioqueñidad, donde desde el mito del *hombre que se crea a sí mismo* se determinará a las élites industriales como los únicos posibles líderes hacia el progreso. La violencia que deriva de este proceso es obvia, los trabajadores de las fábricas y los campesinos que no cumplen estos requisitos de *excepcionalidad*, se verán excluidos de los espacios políticos, sociales y económicos, dando una reproducción constante a los privilegios familiares de estos industriales y cafeteros antioqueños desde el oxímoron de que son hombres que *se hacen solos*.

La intención del autor, entonces, se pierde cuando el texto se amarra a los argumentos de autoridad necesarios para ser válido socialmente. El futuro que describieran estos autores no se llega a cumplir, y de la implantación de las lógicas absolutas de la ciencia no terminará naciendo sino la violencia y su constante justificación: porque es de otro color, porque no es como yo, porque es una cultura irracional, etc. En el caso de esta monografía, se debe hacer la misma aclaración, reiterada en este punto por tercera vez, de que esta no quiere suplantar el objeto que retrata, aunque así lo parezca su narración desde un “punto fijo” a unas “conclusiones lógicas”.

Mucho me temo que, a pesar del esfuerzo por hacer evidente su artificialidad, en este texto también abran justificaciones a violencias que yo no puedo evitar reproducir, y que quizá serán “obvias” para los futuros historiadores que estudien nuestra sociedad. La principal de estas trampas narrativas en esta monografía, y quizás la única patentemente visible para mí, es la de mi propia justificación de la *excepcionalidad antioqueña*, que en este texto se narra como un historia del triunfo parcial de la *modernidad* en la región, como se puede ver en las estadísticas sobre la educación (superior en porcentajes al resto de la república); en las relaciones de riqueza frente al resto del país (con los antioqueños que monopolizan el oro y se benefician de él); con las relaciones más “humanas” de explotación que se establecen entre la Élite y los pobres; o con la reiteración del pragmatismo político de los antioqueños, que logran una convivencia entre liberales y conservadores.

Quizás estas inclinaciones “subjetivas” nazcan de una esperanza innata, inculcada en mi por la cultura, el tiempo y el lugar en que he nacido, aunque no natural o biológica, de querer ser *excepcional*, de soñar con un futuro utópico para los que junto a mi habitan las montañas de esta tierra. Sea la razón que fuera para la innata subjetividad de este texto, lo preocupante del caso es que a medida en que fui estudiando y leyendo a los autores de este texto, sus intenciones se parecieron cada vez más a las mías, de mejorar el presente de sus contemporáneos; intenciones que, sin embargo, se fueron trasmutando en violencias a medida que los textos se convirtieron en verdades absolutas. Quisiera creer que la duda sobre la autoridad del texto puede ayudar a crear una sociedad más consciente de lo efímero de sus verdades, lo que quizás conlleve una menor reproducción de las representaciones más violentas y peligrosas. Hasta que esto ocurra, si acaso ocurre, tendremos que aprender no solo del pasado y las violencias que heredamos de ellos, sino además de sus intenciones, pues como Kastos, Uribe Ángel, Carrasquilla o Efe Gómez nos podemos encontrar en el futuro juzgados como actores consientes de una violencia que no queríamos reproducir.

Fuentes primarias:

- Briceño, Manuel. *La revolución 1876-1877. Recuerdos para la historia*. Bogotá: Imprenta nueva, 1878.
- Caro, José Eusebio. «Sobre los principios generales de la organización que conviene adoptar en la nueva constitución.» En *Antología del pensamiento político colombiano*, de Jaime Jaramillo Uribe, 87-112. Bogotá: Talleres gráficos del banco de la república, 1970.
- Caro, Miguel Antonio. «Los fundamentos constitucionales y políticos del estado.» En *Antología del pensamiento político colombiano*, de Jaime Jaramillo Uribe. Bogotá: Talleres gráficos del banco de la república, 1970.
- Carrasquilla, Tomás. *Cuentos*. Medellín: Bedout, 1956.
- . *Frutos de mi tierra*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1876.
- . *Obras completas*. Madrid: Ediciones y publicaciones españolas, 1952.
- Castro, Néstor. *Otra vez Antioquia*. Bogotá: Imprenta constitucional, 1864.
- El antioqueño constitucional*. «Editorial.» 25 de Octubre de 1846.
- Cortázar, Roberto, *La novela en Colombia*. Bogotá: Imprenta eléctrica, 1908.
- Gobierno Estados Unidos de Colombia. «Decreto orgánico de instrucción pública.» Bogotá, Noviembre 1 de 1870.
- Gómez, Efe. «En las minas (1897).» *Palabra Viva (No.18)*, 2011: 77-93.
- . *Mi gente*. Colombia: Universidad nacional de Colombia, 2007.
- . *Retorno. Tomo II: Obras completas*. Medellín: Bedout, 1944.
- . «Un Zaratuza Maicero (1908).» *Palabra Viva (No. 18)*, 2011: 94-115.
- Gonzales, Florentino. *Escritos políticos, jurídicos y económicos*. Bogotá: ICC, 1981.

Grillo, Maximiliano. *Emociones de la guerra. Apuntes tomados durante la campaña del norte en la guerra civil de tres años*. Bogotá: Imprenta la Luz, 1903.

Issacs, Jorge. *María*. México: Caracas: Ed. Ex Libris, 1988.

Kastos, Emiro. *Mi compadre Facundo y otros cuadros*. Bogotá: Minerva, 1937.

Kastos, Emiro, Manuel Uribe Ángel, y Camilo Echeverri. *Estudios sobre la minería antioqueña en 1856*. Medellín: Colección rescates, editorial universidad EAFIT, 2007 (1857).

Núñez, Rafael. «Alocución del 20 de Julio .» Bogotá, 1880.

Restrepo, José Manuel. «Sobre la geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reyno de Granada.» *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 5 de Marzo de 1809.

Samper, José María. *Ensayo sobre las revoluciones y la condición social de las repúblicas colombianas. Con un apéndice sobre la orografía y la población de la confederación granadina*. París: Imprenta de E. Thunot y C., 1861.

—. *Florencio Conde*. Bogotá: Imprenta Echavarría hermanos, 1875.

Von Humboldt, Alexander. *viaje a las regiones equinociales del nuevo continente*. París: Casa de Rosa, Calle Chartres, 1826.

Fuentes secundarias:

Abad Londoño, Isabel. *Conformación de la esfera pública en Antioquia*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2010.

Adorno, Theodor, y Max Horkheimer. *La dialectica de la ilustración*. Valladolid: Simancas, 1998.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de cultura económica, 1993.

- Arcila Estrada, Maria Teresa. «El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia.» *Historia Crítica No. 32*, 2006: 38-66.
- Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Universidad de los andes, 2007.
- Brew, Roger. *El desarrollo económico de Antioquia hasta la independencia*. Bogotá: Publicaciones Banco de la república, 1977.
- Butler, Judith. *vida precaria, el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Castro Gómez, Santiago. *La Hybris del punto cero*. Bogotá: Universidad Javeriana, 2007.
- Castro Gómez, Santiago. «Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la "invención del otro".» *CLACSO: La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, 2000: 145-161.
- Chakrabarty, Dipesh. *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*. Barcelona: Tesquets, 2008.
- Colmenares, German. *Convenciones contra la cultura*. Medellín: La carreta editores, 2008.
- Debray, Régis. *Transmitir*. Buenos Aires: Manantial, 1997.
- Derrida, Jacques. *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires: Manantial, 1997.
- Elias, Norbert. «¿Cómo pueden las utopías científicas y literarias influir sobre el mundo?» En *Figuraciones en proceso*, de Norbert Elias. Bogotá: Editorial fundación social, 1998.
- Escobar Villegas, Juan Camilo. *Progresar y Civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Editorial EAFIT, 2009.
- Fanon, Franz. *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de cultura económica, 1983.
- Foucault, Michel. *¿Qué es un autor?* Buenos Aires: elsemanario.com.ar, 2005.

- . «El orden del discurso.» Buenos Aires: Tusquets editores, 1992.
- Giménez, Gilberto. «La cultura como identidad y la identidad como cultura.» 24 de 05 de 2015. <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. México: Grijalbo, 1967.
- . *Literatura y vida nacional*. Buenos Aires: Lautaro, 1961.
- Hall, Stuart. «Introducción: ¿quién necesita «identidad»?» En *Cuestiones de identidad*, de Stuart Hall y Paul du Gay, 13-39. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003.
- Hering Torres, Max. «Color, pureza, raza: La calidad de los sujetos coloniales.» En *La cuestión colonial*, de Heraclio Bonilla, 451-469. Bogotá: Universidad nacional de Colombia, 2011.
- Hobsbawn, Eric, y Terrance (Editores) Ranger. *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica Barcelona, 2002.
- Huizinga, Johan. *Homo ludens*. España: Alianza editorial, 2012.
- Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo. «Antecedentes generales de la guerra de los Mil Días.» En *Nueva Historia de Colombia. Tomo I: Historia Política*, de Álvaro Tirado Mejía, 65-88. Bogotá: Planeta, 1989.
- Jaramillo Uribe, Jaime. «Visión sintética de la tarea investigativa desarrollada sobre la región antioqueña.» En *Memoria del simposio. Los estudios regionales en Colombia: El caso de Antioquia*, 1-40. Medellín: FAES, 1982.
- Kosselleck, Reinhart. *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta, 2012.
- Lefebvre, Henri. *El materialismo dialéctico*. Buenos Aires: Ed. La pléyade, SF.
- Lefebvre, Henri. *La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones*. México: Fondo de cultura económica, 2006.

- Londoño Vega, Patricia. *Religión, Cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia 1850-1930*. Bogotá: Fondo de cultura económica, 2004.
- Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta- Agostini, 1985.
- . *Ensayos sobre política y cultura*. Barcelona: Planeta- Agostini, 1986.
- Mayor Mora, Alberto. *Ética, trabajo y productivada en Antioquia: Una interpretación sociológica sobre la influencia de la escuela nacional de minas en la vida, costumbres e industrialización regionales*. Colombia: Tercer mundo editores, 1989.
- . «Historia de la industria colombiana. 1886-1930.» En *Nueva Historia de Colombia. Tomo V: Economía, Café e Industria*, de Álvaro Tirado Mejía, 313-332. Bogotá: Planeta, 1989.
- Mejía Arango, Lazaro. *Los radicales. Historia política del radicalismo del siglo XIX*. Bogotá: Universidad externado de Colombia, 2007.
- Melo, Jorge Orlando. «Carrasquilla, novelista crítico sin críticos.» www.jorgeorlandomelo.com. 29 de 04 de 2008. <http://www.jorgeorlandomelo.com/carrasquillacriticos.htm>.
- . «De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores .» En *Nueva Historia de Coolombia. Tomo I: Historia Política*, de Álvaro Tirado Mejía, 215-242. Bogotá: Planeta, 1989.
- . «Del federalismo a la constitución de 1886.» En *Nueva Historia de Coolombia. Tomo I: Historia Política*, de Álvaro Tirado Mejía, 17-42. Bogotá: Planeta, 1989.
- . «La constitución de 1886.» En *Nueva Historia de Coolombia. Tomo I: Historia Política*, de Álvaro Tirado Mejía, 43-64. Bogotá: Planeta, 1989.
- . «Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización.» *Seminario internacional sobre teorías culturales y estudios de comunicación en América Latina*. Bogotá: Universidad nacional, julio 1997.
- Mesa, Luis Javier Ortiz. «Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra, Antioquia, 1870-1880.» *Anuario de Historia Regional y de las fronteras (Vol. 15)*, octubre 2010: 167-190.

- Molano, Olga Lucía. «Identidad cultural, un concepto que evoluciona.» *Opera* (Universidad Externado de Colombia) No.7 (Mayo 2008): 69-84.
- Ocampo Gaviria, José Antonio. «Los orígenes de la industria cafetera, 1830-1920.» En *Nueva Historia de Colombia. Tomo V: Economía, Café e Industria*, de Álvaro Tirado Mejía, 213-232. Bogotá: Planeta, 1989.
- Olivares, Juliana Álvarez. «La escuela de Artes y Oficios de Medellín y la profesionalización de los artesanos.» *Historia y sociedad* (No.26), enero-junio 2014: 99-119.
- Parsons, James H. «Exploración y descubrimiento en geografía.» Editado por Grupo Geolat. *Geografía en español*, nº 2 (2010).
- Partha, Chatterjee. *La nación en tiempo heterogéneo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Pineda Botero, Álvaro. *Tómas Carrasquilla: Vida, creación e identidad antioqueña*. Medellín: universidad de Antioquia, 2016.
- Poveda Ramos, Gabriel. «Minas y mineros de Antioquia .» En *Memoria del simposio. Los estudios regionales en Colombia: El caso de Antioquia*, 41-84. Medellín : FAES, 1982.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales*. México: Fondo de cultura económica, 2010.
- Ricoeur, Paul. *La lectura del tiempo pasado*. Madrid: Arrecife, 1998.
- Safford, Frank. *El ideal de lo práctico*. Bogotá: El Ancora, 1989.
- Safford, Frank. «Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano. Un examen crítico de las tesis de Everett Hagen.» *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 1965: 49-70.
- Said, Edward. *Orientalismo*. Bogotá: Penguin Random House, 2014.
- Sánchez, Fabio, María del Pilar López-Uirbe, y Antonella Fazio. «Land conflicts, property rights, and the rise of the export economy in Colombia, 1850-1920.» *The journal of economic history* Vol. 70 (No.2), 2010: 378-399.

- Silva, Renán. «La educación en Colombia. 1880-1930.» En *Nueva Historia de Colombia. Tomo IV: Educación, ciencias, la mujer, vida diaria*, de Álvaro Tirado Mejía, 61-86. Bogotá: Planeta, 1989.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá: El Ancora, 2001.
- Tovar Zambrano, Bernardo. «La economía colombiana 1886-1922.» En *Nueva Historia de Colombia. Tomo V: Economía, Café e Industria*, de Álvaro Tirado Mejía, 9-50. Bogotá: Planeta, 1989.
- Twinam, Ann. *Mineros, comerciantes y labradores. Las raíces del espíritu empresarial en Antioquia. 1763-1810*. Medellín: Fondo rotario de publicaciones FAES, 1982.
- Vélez Ramírez, Humberto. «Rafael Reyes: Quinquenio, régimen político y capitalismo (1904-1909).» En *Nueva Historia de Colombia. Tomo I: Historia Política*, de Álvaro Tirado Mejía, 187-214. Bogotá: Planeta, 1989.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Argentina: Paídos, 2001.
- . *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ed. Península, 2000.